

LAS ENREDADAS PERSECUCIONES DEL SEÑOR ALEXANDER Y LA SEÑORA ISABELLA



ROSALINE ELOWEN

LAS ENREDADAS
PERSECUCIONES DEL SEÑOR
ALEXANDER Y LA SEÑORA
ISABELLA

Copyright © 2024 Rosaline Elowen
All rights reserved.

CAPÍTULO 1

La señora Isabella se acomodó en su lugar favorito bajo el enorme castaño en los extensos terrenos de la finca campestre de su familia. Abrió el libro que la había absorbido últimamente, sus páginas llenas de relatos de mujeres aventureras que desafiaban las normas de la sociedad. El sol de media tarde salpicaba el pergamino con intrincados patrones de luz y sombra, proyectando un aura etérea sobre la escena. Mientras leía, sus ojos verdes esmeralda, un contraste llamativo contra su cabello castaño oscuro, brillaban con vida e inteligencia. Las palabras en las páginas reflejaban su propio deseo secreto: el deseo de una vida diferente a la que se esperaba de ella.

A sus 26 años, ya se la consideraba una solterona según los estándares de la sociedad londinense, pero Isabella no albergaba ni arrepentimiento ni resentimiento. Amaba su vida en el campo, donde era libre para deambular, sin las ataduras de las convenciones de la alta sociedad. Sus días estaban llenos de largos paseos en la naturaleza, cuidando a sus queridos animales y, por supuesto, perdiéndose en el mundo de los libros.

Sus hermanas menores, Cecily y Margaret, ambas en sus veintes, eran un marcado contraste con Isabella. Anticipaban con ansias el día en que se casarían y debutarían en la sociedad, soñando con grandes bailes y pretendientes. Pero Isabella no quería nada de eso. Veía poco atractivo en las interminables rondas de conversación educada, la falsa adulación o las reglas rígidas que acompañaban a un matrimonio tradicional.

Hoy era un día típico de verano en el campo, el cielo de un azul brillante adornado con nubes blancas esponjosas. Una brisa suave agitaba las hojas del castaño, haciendo que la luz del sol jugara un cautivador juego de escondite. Isabella inhaló el aire fresco, cerrando los ojos, mientras dejaba que la serenidad de su entorno la envolviera. Aquí estaba en paz, y se preguntaba por qué debería buscar algo más.

“Isabella, te arruinarás la vista leyendo con esta luz,” reprendió una voz, rompiendo la tranquilidad. Cecily se acercó, con una sombrilla en la mano, vestida con un vestido rosa pálido. Cecily era siempre la imagen de una dama perfecta, elegante y encantadora, ansiosa por asumir el papel que la sociedad le había asignado.

Isabella rió, cerrando su libro. “Solo tú te preocuparías por algo así, Cecily. Ven, únete a mí.” Golpeó el parche de hierba junto a ella, invitando a su hermana a compartir su momento de soledad.

Cecily se acomodó junto a su hermana, con una pequeña arruga en el rostro. “Me preocupo porque te quiero, Bella. La temporada está sobre nosotros, y sin embargo, no muestras ningún interés. Sabes que mamá se inquieta por ti, ¿no?”

“Lo sé,” respondió Isabella suavemente, su corazón se estremeció al pensar en causar angustia a su madre. “Pero no puedo fingir ser algo que no soy, Cecily. No me someteré a las restricciones de la sociedad, atándome en un matrimonio sin amor por el bien de la decencia.”

La comprensión suavizó los rasgos de Cecily. Extendió la mano, apretando la de Isabella, un reconocimiento silencioso de la situación de su hermana. En ese momento, Isabella sintió el peso de sus elecciones. No era solo una mujer buscando su propio camino, era una hija, una hermana y un miembro de la alta sociedad, y sus elecciones inevitablemente afectarían a quienes la rodeaban.

Pero a pesar de la incertidumbre, Isabella se aferraba a su determinación, su espíritu no se dejaba intimidar por las normas sociales. Ella era la señora Isabella, la solterona poco convencional del campo. Mientras miraba el vasto cielo azul, se atrevió a soñar, se atrevió a esperar un futuro que ofreciera más que un matrimonio predecible y una vida doméstica.

Por ahora, disfrutaría de sus días bajo el castaño, acompañada de sus amados libros y la cálida brisa de verano. Este era su mundo, y no lo cambiaría por nada. ... Cuando Cecily se fue a prepararse para un viaje a Londres, Isabella se encontró sola una vez más bajo el castaño, su guardián silencioso. La brisa había aumentado un poco, las hojas susurraban sobre ella como si contaran secretos ancestrales. Con un suave suspiro, se recostó contra el tronco del árbol y volvió a abrir su libro, re-immergiéndose en un mundo de exploradores atrevidos y heroínas astutas.

Solo habían pasado unos minutos antes de que los inconfundibles sonidos de cascos resonaran por el tranquilo jardín. Sobresaltada, Isabella levantó la vista de su libro, su corazón latiendo con fuerza mientras entrecerraba los ojos para mirar a lo lejos. Una figura solitaria emergió del sendero arbolado que conducía a la finca: un hombre, montado en un magnífico semental negro. Su rostro estaba oscurecido por el resplandor del sol, pero había un innegable aire de autoridad en él. Las visitas eran una rareza en esta parte del campo, lo que hacía que la presencia del desconocido fuera aún más intrigante.

Isabella vaciló, su curiosidad despertada. Observó cómo el hombre desmontaba con facilidad, una clara indicación de su familiaridad con los caballos. Estaba vestido con un atuendo de equitación simple, pero incluso a esta distancia, podía notar la calidad de su ropa: rica, elegancia discreta. Entregó las riendas a un mozo de cuadra que había salido a su encuentro, antes de dirigirse a la casa principal.

Un impulso de audacia poco característico la impulsó a ponerse de pie. Con el libro en la mano, siguió el camino que había tomado el desconocido. Isabella no podía deshacerse de una sensación de intriga que envolvía a este misterioso visitante.

Al acercarse, tuvo su primer vistazo de su rostro. Era indudablemente apuesto, con rasgos afilados suavizados por un par de llamativos ojos azules. Su cabello era un desorden de rizos oscuros que parecía encantadoramente en desacuerdo con su atuendo impecable. Isabella sintió un sobresalto de sorpresa; su rostro no le resultaba familiar, y conocía a casi todos los que vivían a un día de viaje de su finca.

El hombre la vio, y sus ojos, tan vívidos como el cielo de verano, encontraron los suyos. Un momento de reconocimiento sorprendido pasó por su mirada, un reflejo de su propia sorpresa, antes de que rápidamente lo enmascarara con una sonrisa cortés. Una mirada que decía que sabía exactamente quién era ella, aunque ella no tenía ningún recuerdo de él.

“Señora Isabella, supongo?” preguntó, su voz cargada de una calidez que bailaba agradablemente en sus oídos.

“Sí,” respondió ella, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz. “¿Nos conocemos, señor?”

“Aún no,” dijo él, la comisura de su boca levantándose en una media sonrisa. “Pero espero cambiar eso.”

Isabella solo pudo mirarlo con sorpresa mientras apretaba su libro contra su pecho. ¿Qué podría significar esto? ¿Quién era este hombre que la conocía pero era un extraño para ella?

Mientras miraba sus cautivadores ojos azules, sintió una extraña sensación despertar dentro de ella, una agitación que se parecía sospechosamente a los comienzos de una aventura.

Como si estuviera sincronizado, el viento sopló, haciendo que las hojas de su castaño favorito danzaran frenéticamente. Isabella miró el árbol y luego al hombre misterioso, su corazón latiendo con un ritmo tan antiguo como el tiempo. ... El corazón de Isabella latía con fuerza contra su pecho mientras el extraño extendía su mano en señal de saludo. "Mi nombre es Lord Alexander, recién llegado de Londres," se presentó, su voz tan suave como la miel rica. "Recientemente he tomado posesión de Thornfield Hall, la finca vecina."

Isabella parpadeó sorprendida. Thornfield Hall había estado desocupada durante años, un hermoso pero desolado símbolo de una era pasada. La noticia de que ahora estaba ocupada, y por un hombre como Lord Alexander, le provocó un escalofrío de emoción.

"Eso es bastante inesperado," admitió, su sorpresa desplazando su habitual reticencia. "Pero bienvenido al campo, Lord Alexander. Espero que lo encuentre tan encantador como yo."

Su sonrisa se amplió. "Ya lo he encontrado," respondió, su mirada manteniéndose en la de ella con una intensidad que hizo que un rubor subiera a sus mejillas. Era una experiencia completamente nueva para Isabella, acostumbrada a la naturaleza tranquila y predecible de la vida en el campo. Una vida que apreciaba, pero que de repente parecía infinitamente más emocionante con la llegada de Lord Alexander.

Mientras estaban allí, una repentina carcajada estalló desde la casa, rompiendo el momento. Cecily y Margaret, sin duda emocionadas por la llegada del apuesto extraño, se dirigían hacia ellos, sus coloridos vestidos brillando contra el verde paisaje.

"Debo presentarte a mis hermanas," dijo Isabella, señalando al dúo que se acercaba. "Estarán encantadas de conocer a nuestro nuevo vecino."

Lord Alexander miró hacia las damas que se acercaban y asintió. "Espero con ansias conocerlas," dijo, aunque sus ojos se demoraron un momento más en Isabella antes de volverse para saludar a sus hermanas.

Mientras se hacían las presentaciones e intercambiaban cortesías, Isabella se encontró observando a Lord Alexander. Era gracioso y encantador, poniendo a sus hermanas más jóvenes y emocionadas a gusto, mientras lograba infundir un aire de emoción en lo mundano. Isabella no pudo evitar admirar su carisma sin esfuerzo, un contraste agudo con los caballeros aburridos a los que estaba acostumbrada.

Pero no era solo su encanto lo que la intrigaba; era la chispa de algo más en sus ojos, una comprensión compartida de querer algo más de lo que la sociedad ofrecía. Era una conexión que nunca había sentido antes, ni siquiera en las páginas de sus queridas novelas.

Cuando el sol comenzó a ponerse, pintando el cielo con tonos de naranja y púrpura, Lord Alexander se despidió, prometiendo visitarlas pronto. Mientras se alejaba, Isabella no pudo evitar sentir una sensación de anticipación. Miró el sol poniente y luego al libro en sus manos.

...

Con la caída de la noche, la casa de la finca de Summerhill se retiró, pero el sueño parecía eludir a la señora Isabella. Estaba acostada en la cama, con los ojos fijos en el techo iluminado por la luna, su mente perdida en los pensamientos de los eventos del día. El visitante, Lord Alexander, era una adición curiosa a su mundo usualmente tranquilo. Su llegada había despertado algo dentro de ella que no podía nombrar.

Apartando las cobijas, se levantó, caminando suavemente hacia su ventana. La noche era tranquila, el campo bañado por el suave resplandor de la luna. Más allá de las colinas ondulantes y los densos bosques se encontraba Thornfield Hall, la nueva morada de Lord Alexander. Se

preguntaba si él también estaba despierto, perdido en los pensamientos de su encuentro inesperado, al igual que ella.

Isabella sabía que las cosas estaban a punto de cambiar. Lo sentía profundamente en sus huesos. Este hombre extraño pero convincente había traído consigo una corriente subterránea de cambio, y aunque disfrutaba de su vida, la idea del cambio era emocionante. Siempre había sido diferente de sus hermanas, anhelando algo más que solo las expectativas sociales.

CAPÍTULO 2

La mañana llegó con un estallido de sol que llenó la habitación de Isabella con un cálido resplandor dorado. Se despertó con una sensación de expectativa, su corazón palpitando en su pecho. Podía escuchar la suave charla de sus hermanas en la habitación contigua, su emoción por el día era palpable.

A medida que el sol subía en el cielo, la finca Summerhill cobraba vida. Los pájaros serenaban la mañana con su melodiosa canción y el aroma de las rosas en flor llenaba el aire. Isabella, con el corazón aún palpitante por la nueva sensación de anticipación, se dirigió al comedor.

Su padre, Lord Charles, ya estaba sentado a la cabecera de la mesa, absorto en su periódico. Era un hombre alto, con un carácter fuerte pero gentil. Su amor por la naturaleza y los animales era famoso en el condado, y su finca prosperaba bajo su atento cuidado. A su lado se sentaba Lady Catherine, su madre, una mujer de gracia tranquila y sonrisa cálida.

Ver a sus padres siempre le traía a Isabella una reconfortante sensación de familiaridad. Lord Charles, con su cabello canoso y sus ojos azules centelleantes, siempre miraba a sus hijas con una especie de afecto gentil que derretía su corazón. Lady Catherine, aún hermosa con sus rasgos suaves y su cabello con mechones plateados, irradiaba una serenidad que podía calmar el alma más inquieta. El amor entre ellos era una fuerza palpable, una que había moldeado las vidas de sus tres hijas.

"Buenos días, Bella," la saludó Lord Charles, doblando su periódico y regalándole una cálida sonrisa. Ella devolvió el saludo, tomando su lugar habitual junto a Cecily. La charla matutina aumentó cuando Margaret se unió a ellos, su risa resonando en la habitación. Era una escena de felicidad familiar que Isabella siempre había apreciado. Mientras disfrutaban del desayuno, inevitablemente la conversación giró hacia el visitante del día anterior. Lord Charles parecía intrigado por el nuevo propietario de Thornfield Hall, y su curiosidad reflejaba la de Isabella. Él alentaba la naturaleza inquisitiva de sus hijas, nunca forzándolas a encajar en el molde que la sociedad había preparado. Solo quería felicidad y realización para sus hijos.

"El campo sin duda se beneficiará con un nuevo residente, especialmente Thornfield Hall. Ha estado demasiado tranquilo," dijo Lord Charles pensativamente, untando un trozo de tostada con mantequilla.

"Lord Alexander parece un hombre agradable," añadió Lady Catherine, sus ojos encontrándose con los de Isabella a través de la mesa. Había una sonrisa sabia en sus labios, una pista de que ella también había sentido la chispa entre su hija mayor y su nuevo vecino.

En respuesta, Isabella solo pudo ruborizarse y bajar la mirada. Su corazón latía con fuerza al mero mencionar su nombre. Sin embargo, cuando robó una mirada a su padre, no encontró más que afecto y comprensión en sus ojos. Sin presión, sin expectativas, solo la

seguridad silenciosa de que él la apoyaría, sin importar las decisiones que tomara.

La mañana continuó en su ritmo pacífico, el aire lleno del tintineo de los cubiertos y el zumbido cómodo de la conversación. No fue hasta que Lord Charles carraspeó, con un brillo en los ojos, que la mesa quedó en silencio.

"Entonces, Isabella," comenzó, su mirada fija en su hija mayor. "Confío en que me acompañarás en mis rondas hoy? Hay algunos potros nuevos en los establos que aún no has conocido."

El rostro de Isabella se iluminó ante la mención de los potros. "Por supuesto, padre. Me encantaría verlos," respondió con entusiasmo.

"Esa es mi chica," dijo Lord Charles, sonriendo. "Sabía que no dejarías pasar la oportunidad de hacer nuevos amigos de cuatro patas."

Al otro lado de la mesa, Cecily soltó una risita. "Isabella y sus animales. ¡Uno podría pensar que prefieres su compañía a la de los humanos!"

"Tal vez lo haga," replicó Isabella juguetonamente, sacándole la lengua a su hermana menor.

En medio de las risas, Lady Catherine observaba a sus hijas, con una suave sonrisa en los labios. "Todas ustedes tienen intereses tan distintos," reflexionó en voz alta. "Isabella con sus animales y libros, Cecily con su moda y eventos sociales, y Margaret con su pintura. Me alegra que todas sigan sus corazones."

"De eso se trata la vida," intervino Lord Charles. "Perseguir lo que te hace feliz, no lo que otros esperan de ti. Recuerden eso, mis niñas."

Sus palabras flotaron en el aire, un recordatorio gentil de los principios que siempre les había enseñado. La habitación cayó en un silencio cómodo, cada persona perdida en sus pensamientos. Isabella sintió una oleada de gratitud hacia sus padres. Su apoyo inquebrantable siempre le había permitido ser ella misma.

"Gracias, padre," dijo suavemente. "Prometo siempre recordar eso."

Lord Charles asintió, sus ojos empañados. "Sé que lo harás, Bella."

Un repentino chirrido de un pájaro fuera de la ventana los devolvió al presente. Lord Charles empujó su silla hacia atrás, su rostro recuperando su jovialidad habitual. "Bueno, creo que los animales no se alimentarán solos. ¿Vamos, Isabella?"

Con un asentimiento, Isabella se levantó de su asiento. Mientras seguía a su padre fuera de la habitación, una sensación de anticipación la llenaba. Hoy no era solo otro día, era el comienzo de algo nuevo.

...

Una sensación de familiaridad saludó a Isabella mientras ella y su padre caminaban hacia los establos, el aire de la mañana aún fresco y la hierba cubierta de rocío brillando bajo la luz del sol. Los suaves relinchos y el crujido de la paja eran una sinfonía reconfortante para sus oídos. Su amor por los animales, al igual que el de su padre, siempre había sido una parte integral de su vida.

En los establos, fueron recibidos por la vista de los nuevos potros. Eran pequeños y un poco inestables en sus patas, sus pelajes brillaban bajo la luz de la mañana. Isabella sintió su corazón hincharse ante la vista. Extendió una mano, dejando que uno de ellos la oliera antes de acariciar suavemente su suave hocico.

"Son adorables," murmuró, mirando a su padre. Sus ojos estaban llenos de calidez mientras la observaba, su sonrisa amplia.

"Pensé que te gustarían," respondió él, su propia mano descansando en la espalda de una

yegua castaña. "Al igual que tú, están encontrando su lugar en este mundo."

Ella encontró su mirada, una oleada de gratitud la inundó. "Siempre sabes qué decir, padre," admitió, su voz apenas por encima de un susurro.

Lord Charles rió suavemente, dándole una mirada de soslayo. "Para eso están los padres, Bella."

Su tierno momento fue interrumpido por el mozo de cuadra, Thomas, un muchacho rubicundo que se les acercó con una sonrisa emocionada. "¡Lord Charles, señora Isabella! Acabo de ver un erizo cerca de los rosales. Creo que está herido."

Isabella se animó ante la noticia, sus instintos de cuidado se activaron. "Muéstramelo, Thomas. Debemos ayudarlo."

Con una última sonrisa a su padre, siguió a Thomas hacia los jardines. Mientras se alejaba, no pudo evitar sentir una sensación de satisfacción. Las palabras de apoyo de su padre y la promesa de ayudar a un animal necesitado eran el final perfecto para su mañana.

De vuelta en el comedor, Lady Catherine y sus hijas menores charlaban amigablemente, sus voces llevándose hacia el jardín. Mientras Isabella iba a asistir a la pequeña criatura herida, se sentía en paz. Esta era su vida, y no la cambiaría por nada. La sensación de realización que le brindaba era mucho más significativa que las expectativas de la sociedad.

Mientras Isabella cuidaba del pequeño erizo, sintió una sensación familiar, como si la observaran. Girando la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Lord Alexander, que se apoyaba en la entrada del jardín, con una expresión curiosa en su rostro.

"Señora Isabella," la saludó con una ligera inclinación de cabeza, sus ojos aún fijos en el erizo. "Veo que su reputación como la sanadora local de animales la precede."

Isabella sintió que sus mejillas se ruborizaban, pero mantuvo la compostura, lanzándole una mirada indiferente. "Lord Alexander, me sorprende. ¿Acaso su finca no requiere su atención?"

Él se rió ante su fingida indiferencia, sus ojos brillando con diversión. "Encuentro mucho más entretenido observar a la bondadosa Lady Isabella y sus habilidades de sanación."

Isabella puso los ojos en blanco, pero no pudo ocultar la sonrisa que se formaba en la esquina de su boca. "Veo, entonces, que seré el entretenimiento de hoy. Supongo que es un paso adelante de ser el tema de la cena de ayer."

"Ah, touché," respondió él, sonriendo ampliamente. "Y para que conste, no fue usted el 'tema', Lady Isabella, fue el 'punto culminante'."

Isabella se rió, levantando al erizo ahora vendado. "Bueno, si voy a ser el 'punto culminante', al menos debería tener un coprotagonista. Conozca al señor Pinchos, el erizo."

Lord Alexander soltó una carcajada. "Un placer, señor Pinchos."

Sus risas compartidas resonaron en el jardín, una dulce melodía que incluso el erizo pareció disfrutar.

Isabella sostuvo al señor Pinchos cuidadosamente en sus manos, permitiendo que Lord Alexander lo mirara bien. Sus ojos, llenos de diversión, se suavizaron, reflejando un interés genuino.

"Es una criatura encantadora, ¿no es así?" comentó Lord Alexander, sus ojos encontrándose con los de Isabella.

"En efecto, mucho más encantador que la mayoría," respondió ella, sus ojos brillando con picardía. "Y significativamente menos presuntuoso."

Alexander echó la cabeza hacia atrás, riendo con ganas. "Bueno, Lady Isabella, ciertamente no andas con rodeos."

"¿Por qué debería?" replicó Isabella juguetonamente, colocando suavemente al señor Pinchos

en la hierba. "Después de todo, son mis palabras y puedo hacer con ellas lo que me plazca."

Los ojos de Alexander brillaron de deleite ante su respuesta vivaz. "En efecto lo son, Lady Isabella. Y son tan refrescantes como la dama misma."

Isabella solo pudo reír ante sus halagos. "Vaya, vaya, Lord Alexander, uno podría pensar que está intentando cortejarme."

"¿Sería eso algo tan terrible?" preguntó él, su mirada de repente intensa.

Isabella se detuvo, sorprendida por su franqueza. Recuperándose rápidamente, le lanzó una sonrisa traviesa. "Sería un ejercicio de futilidad, me temo. No me desmayo, Lord Alexander."

Una risa estalló de él. "Veo. Me enfrento a una oponente formidable."

"No soy su oponente, Lord Alexander," corrigió Isabella, con un tono ligero. "Soy simplemente una mujer que disfruta de su libertad y valora la sinceridad sobre las palabras dulces."

"Y sin embargo, aquí estoy, aún atraído por tu fuego y tu ingenio," dijo él, sus ojos brillando con aprecio y desafío.

Isabella simplemente se encogió de hombros, una sonrisa engreída jugando en sus labios. "Puede intentarlo, Lord Alexander. Pero tenga cuidado, juego un juego difícil."

Justo cuando Isabella se estaba despidiendo de Lord Alexander, una nueva figura se acercó por el camino que conducía a la finca. Una mujer regia, elegantemente vestida con un rico vestido color ciruela, su cabello castaño rojizo meticulosamente peinado, y un sombrero con gusto sobre su cabeza. Sus ojos agudos, como los de un halcón, no perdían nada, y brillaban con inteligencia y un toque de picardía.

Lord Alexander se enderezó, su actitud casual cambiando a algo más formal. "Ah, aquí viene mi madre. Lady Margaret, conozca a Lady Isabella."

"Lady Isabella, un placer finalmente conocerte," Lady Margaret extendió su mano enguantada. Su voz era tan refinada como su apariencia, y sus ojos escrutaban abiertamente a Isabella.

Isabella hizo una reverencia, con una sonrisa cortés en su rostro. "El placer es mío, Lady Margaret."

Los ojos de Margaret se suavizaron mientras tomaba a Isabella. "He oído mucho sobre ti, querida. Mi hijo ciertamente ha mostrado interés."

Alexander dejó escapar una tos, un intento de ocultar su incomodidad. Isabella, sin embargo, encontró la situación divertida. Miró a Lady Margaret, sus ojos brillando con picardía. "¿Un interés, dice? Bueno, Lady Margaret, su hijo ha dejado claro que encuentra mi compañía... entretenida."

"¿Entretenida? Bueno, ciertamente es un descriptor único," respondió Lady Margaret, sus labios curvándose en una sonrisa conocedora.

Mientras Isabella intercambiaba cortesías con Lady Margaret, no pudo evitar notar el agudo contraste entre la madre y el hijo. Mientras Lord Alexander parecía rebelarse contra las formalidades y expectativas de la sociedad, su madre parecía abrazarlas.

Lady Margaret era la personificación de una dama de la alta sociedad, habiendo sido criada en la alta sociedad londinense. Cada pliegue y botón de su vestido estaba siempre impecable, sus modales y etiqueta eran intachables. Para ella, la sociedad no era solo una parte de la vida, era la vida. El flujo y reflujo de las temporadas sociales, los susurros detrás de los abanicos, el constante baile de la propiedad y la ambición: era un juego que jugaba con precisión y gracia.

Mientras evaluaba a Isabella, su mirada de halcón se demoraba en el sencillo vestido que esta llevaba, la falta de joyería ornamentada, y la manera en que su cabello oscuro estaba trenzado

simplemente en lugar de arreglado según la última moda. Para Margaret, estos eran todos signos de una dama desinteresada en la sociedad y sus convenciones, un hecho que le resultaba incómodo.

"Bueno, querida," comenzó Lady Margaret, su tono ligero pero sus palabras cuidadosamente elegidas. "Es un cambio refrescante conocer a una joven con intereses tan... novedosos. La mayoría de las mujeres de tu edad estarían más preocupadas por los próximos bailes y sus apariencias."

La sonrisa de Isabella no flaqueó, pero había una chispa de desafío en sus ojos. "Encuentro los animales y la naturaleza más atractivos, Lady Margaret. Son mucho más genuinos que cualquier reunión en un salón de baile."

Un cambio sutil se produjo en el rostro de Lady Margaret, sus ojos entrecerrándose ligeramente. No estaba acostumbrada a tal franqueza, particularmente de alguien tan joven.

"Isabella, querida," reprendió suavemente Lady Margaret, "Una dama siempre debe presentarse en su mejor forma, no solo por el bien de la sociedad, sino por su propio valor. Esto no significa que no puedas disfrutar de la naturaleza, pero hay un tiempo y lugar para todo."

Alexander miraba entre las dos mujeres, la tensión palpable. Admiraba el espíritu de Isabella, pero también respetaba la sabiduría y dedicación de su madre a las normas sociales. La chica del campo y la matrona de la ciudad: era un contraste tan marcado como la noche y el día.

Mientras Isabella y Lady Margaret continuaban su danza verbal, Lord Alexander se encontraba cada vez más incómodo. Respetaba la dedicación de su madre a las normas sociales, y sin embargo, admiraba la independencia de espíritu de Isabella. La tensión entre las dos mujeres era palpable, y sintió la necesidad de intervenir.

"Damas," interrumpió, dando un paso adelante y ofreciendo su brazo a su madre. "Tal vez hemos disfrutado demasiado del jardín. Madre, ¿me acompañarías adentro? Creo que el cocinero ha preparado tus galletas favoritas para el té."

Lady Margaret miró a su hijo, levantando ligeramente una ceja ante la inesperada interrupción. Parecía entender su intención y aceptó graciosamente el brazo que se le ofrecía. "Muy bien, Alexander. Lady Isabella, fue un placer conocerte."

Isabella hizo una reverencia una vez más, sus ojos verdes encontrándose con los de Lady Margaret. "El placer fue mío, Lady Margaret."

Mientras Alexander conducía a su madre de vuelta a la casa, miró por encima del hombro a Isabella, sus ojos encontrándose brevemente. Había un desafío allí, una promesa de días más interesantes por venir.

Isabella se encontró sola en el jardín, el erizo herido ahora a salvo y el conflicto inminente evitado, por ahora. No pudo evitar reflexionar sobre las diferencias entre ella y Lady Margaret, y se preguntó si era posible que dos mundos tan diferentes coexistieran en paz.

CAPÍTULO 3

La invitación para el picnic llegó como una misiva colorida, delicadamente grabada y dirigida tanto a las familias Phillips como a las Crawford. La anfitriona era Lady Dorothea, una gran dama de la comunidad y amiga cercana de Lady Margaret. Sus eventos eran conocidos por ser el punto culminante de la temporada social, y su influencia se extendía ampliamente en su pequeño rincón del campo.

El día del picnic llegó claro y brillante, con una brisa fresca susurrando a través de los árboles. Las familias se reunieron en los cuidados jardines de la finca de Lady Dorothea, un espléndido mar de vestidos coloridos, botas pulidas y abanicos ondeantes. Entre la multitud de invitados, Lady Isabella destacaba con su sencillo pero elegante vestido verde, su cabello oscuro trenzado cuidadosamente, sus ojos esmeralda curiosos y brillantes.

Varias otras damas también habían asistido al picnic, todas con el mismo propósito: captar la atención de los solteros elegibles, especialmente Lord Alexander. Estaba Lady Priscilla, con su piel de porcelana y su llamativo cabello castaño rojizo, siempre conocida por su naturaleza dulce y sus modales delicados. A su lado estaba Miss Felicity, una belleza conocida por su ingenio y vivacidad, sus ojos azules brillando con picardía. Ambas eran el epítome de las damas ideales de la sociedad: correctas, primorosas y ansiosas por asegurar un buen matrimonio.

Isabella, sin embargo, no les prestaba atención. Saludaba a todos con su habitual cálida sonrisa y una inclinación cortés, pero permanecía fiel a sí misma, más interesada en la bandada de pájaros que charlaban en un árbol cercano que en las charlas humanas a su alrededor.

Lord Alexander, siempre caballeroso, dividía su atención entre todas las damas. Sin embargo, sus ojos a menudo se dirigían hacia Isabella, su individualidad y naturaleza genuina lo atraían. Estaba cautivado por su falta de pretensiones y su capacidad para encontrar alegría en las cosas más simples, como el canto de los pájaros o el aroma de las flores silvestres.

Cuando llegó la hora de los refrigerios, Isabella se encontró sentada junto a Alexander. Su conversación fluía fácilmente, abarcando una miríada de temas, desde la literatura hasta la fauna local, intercalados con ocasionales bromas y chanzas.

Lady Priscilla y Miss Felicity las observaban desde la distancia, sus rostros reflejando una mezcla de desaprobación y envidia. Ambas habían esperado captar la atención de Lord Alexander, pero parecía que la poco convencional Lady Isabella ya había ganado ese premio.

A medida que avanzaba el picnic, Isabella se encontró de repente en compañía de Lady Priscilla y Miss Felicity. Se acercaron, sus coloridos vestidos ondeando con cada paso, y sus rostros con dulces sonrisas que no llegaban a sus ojos.

"Lady Isabella," comenzó Lady Priscilla, su voz suave como la miel, "es una maravilla verte aquí entre la sociedad. Apenas te vemos en los bailes u otros eventos."

"Sí," añadió Miss Felicity, "casi pensamos que no te gustábamos, siempre encerrada en tu pequeña casa campestre con tus animales."

Isabella simplemente sonrió, tomando un sorbo de su limonada. "Disfruto de mi compañía, señoras. Al igual que ustedes disfrutan de la suya."

El insulto apenas velado no pasó desapercibido para las dos damas, sus sonrisas vacilando por un momento. Lady Priscilla, recuperándose primero, continuó. "Es solo que, bueno, una debe relacionarse con la sociedad, querida Isabella. Especialmente si una busca hacer un matrimonio adecuado."

Isabella se rió suavemente, sus ojos verdes brillando con picardía. "¿Por qué, Lady Priscilla, no tenía idea de que te importaba tanto mi estado civil? Pero no temas, estoy perfectamente contenta con mi situación. Aprecio tu preocupación, de verdad."

Miss Felicity lanzó una mirada a Lady Priscilla, un poco sorprendida por la respuesta segura de Isabella. "Bueno, solo queremos decir que una dama debe presentarse de cierta manera para atraer a un caballero adecuado."

Isabella miró a las dos damas, su mirada calmada pero sus palabras afiladas. "Creo, Miss Felicity, que un caballero que valga mi tiempo estaría más interesado en mi mente que en mi atuendo o en mi dominio de las gracias sociales."

Antes de que las damas pudieran responder, Lord Alexander se unió a ellas, su momento impecable. "Damas, ¿están disfrutando del picnic?" Preguntó, su mirada encontrándose con la de Isabella.

"Oh, inmensamente, Lord Alexander," respondió Lady Priscilla, su tono un poco demasiado dulce. "Estábamos discutiendo con Lady Isabella la importancia de las reuniones sociales."

Alexander miró a Isabella, un toque de diversión en sus ojos. "¿Y cuál es la opinión de Lady Isabella sobre eso?"

Isabella encontró su mirada, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. "Creo, Lord Alexander, que cada reunión tiene su encanto. Sin embargo, el encanto reside más en la compañía que uno mantiene que en el evento en sí."

La conversación terminó ahí, dejando un silencio atónito detrás. Cuando Isabella se excusó para rellenar su limonada, dejó atrás a dos damas desconcertadas y a un Lord Alexander muy impresionado.

Mientras Isabella se iba a rellenar su limonada, Lord Alexander se encontró solo con Lady Priscilla y Miss Felicity. Sus expresiones eran una mezcla de consternación y curiosidad, su anterior seguridad un poco sacudida por la franqueza sin disculpas de Isabella.

Alexander no pudo evitar reír, ganándose un par de miradas inquisitivas de las damas. "Mis disculpas, señoras," dijo, su sonrisa genuina. "Simplemente me divertía la conversación. Lady Isabella es única, ¿no creen?"

Miss Felicity resopló ligeramente, cruzando los brazos sobre su pecho. "Es diferente, ciertamente. Es simplemente extraño ver a una mujer tan indiferente a las normas de la sociedad."

Lady Priscilla asintió en acuerdo, sus labios fruncidos en pensamiento. "Podría hacerlo con un poco más de... propiedad."

Alexander simplemente asintió, su mirada derivando hacia donde Isabella estaba, sus ojos verdes brillando a la luz del sol mientras conversaba con lo que parecía ser el viejo jardinero de Lady Dorothea. La vista le tiró del corazón; su naturaleza sin pretensiones y su interés genuino en todo lo que la rodeaba eran increíblemente refrescantes.

Cuando Isabella regresó, encontró a Alexander todavía en conversación con Lady Priscilla y Miss Felicity. Los saludó con una sonrisa cortés, tomando su lugar junto a Alexander.

"Lord Alexander aquí estaba diciendo lo... única que eres, Isabella," comentó Miss Felicity,

un ligero borde en su voz.

Isabella simplemente sonrió, su mirada encontrándose con la de Alexander. "¿Por qué, gracias, Miss Felicity? Ser única es mucho más interesante que ser ordinaria, ¿no crees?"

Alexander se rió, claramente entretenido por la franqueza de Isabella. "Bien dicho, Lady Isabella."

La conversación continuó, con Isabella manteniéndose firme, su confianza nunca vacilante. Incluso cuando Alexander parecía cada vez más atraído hacia ella, ella permanecía distante, agregando al atractivo que la diferenciaba de los demás.

A medida que la tarde se desvanecía, Isabella demostró a los demás que estaba contenta con quien era. No necesitaba la aprobación de la sociedad ni la admiración de los hombres para validar su valía. Era Lady Isabella, amante de la naturaleza, los animales y un buen libro. Y no lo cambiaría por nada.

...

A medida que el picnic continuaba, varias otras caras se unieron a la reunión. Entre los recién llegados estaban los hijos solteros de la prominente familia Montague: el mayor, el Sr. Samuel Montague, y su hermano menor, el Sr. Albert Montague.

Samuel era alto y de hombros anchos, con cabello negro azabache y ojos azules penetrantes que hacían latir muchos corazones femeninos. Tenía una reputación de ser bastante reservado, prefiriendo las actividades intelectuales a la charla ociosa de la sociedad. Su hermano Albert, por otro lado, era el alma de la fiesta, con su disposición alegre, encanto fácil y sonrisa pícaramente atractiva.

Mientras ambos eran queridos y respetados en la sociedad, sus personalidades diferentes atraían distintos tipos de atención. La naturaleza reservada de Samuel despertaba el interés de las damas más tranquilas que compartían su amor por la literatura y las artes, mientras que el carácter extrovertido y jovial de Albert atraía a quienes amaban una buena fiesta.

A su llegada, Lady Priscilla y Miss Felicity se aseguraron de presentarse, sus intentos de coqueteo obvios para todos. Sin embargo, los hermanos Montague, al igual que Lord Alexander, parecían intrigados por la poco convencional Isabella. Los atraía su falta de pretensiones, su confianza tranquila y su desinterés por los juegos habituales de la sociedad.

Durante una comida compartida, se encontraron enfrascados en una animada conversación con Isabella, discutiendo desde las últimas novelas hasta la diversa fauna que se encontraba en su campo. A pesar de su obvio interés, Isabella permanecía como siempre, desapegada, jugando a ser difícil sin siquiera darse cuenta.

Isabella se encontró en compañía de los hermanos Montague, Lord Alexander, Lady Priscilla y Miss Felicity. La atmósfera estaba llena de un mix de buen ánimo y sutil rivalidad, todo bajo el telón de fondo de una hermosa tarde.

"Escuché que eres un gran erudito, Sr. Samuel," dijo Lady Priscilla, intentando atraer a Samuel a la conversación. "¿Tienes un autor favorito?"

"En efecto, me inclino por Charles Dickens," respondió Samuel, su voz suave pero clara. "Su narración nunca deja de cautivarme."

Al mencionar los libros, Isabella no pudo evitar intervenir. "A mí también me gusta mucho el Sr. Dickens. 'Historia de dos ciudades' me dejó una profunda impresión."

Samuel se volvió hacia Isabella, su interés despertado. "Una elección notable, Lady Isabella. Pocos aprecian la profundidad de esa novela en particular."

Mientras Samuel e Isabella se adentraban en una conversación sobre literatura, Albert aprovechó la oportunidad para dirigir la atención hacia sí mismo. "Yo soy más una criatura

social. Fiestas, picnics, reuniones sociales: tienen un cierto atractivo."

Felicity, aprovechando el momento, estuvo de acuerdo con entusiasmo. "Oh, absolutamente, Sr. Albert. Hay una cierta emoción en estos eventos, ¿no es así?"

Mientras tanto, Alexander observaba las interacciones con una sonrisa divertida. Ver a Isabella conversando con los Montague le intrigaba. Decidió intervenir, no queriendo quedar fuera. "Debo estar de acuerdo con Lady Isabella y el Sr. Samuel. Un buen libro ofrece un encanto que ninguna reunión social puede igualar."

Isabella le lanzó una sonrisa agradecida, añadiendo, "Hay una cierta libertad en las páginas de un libro que no se encuentra en la sociedad."

La conversación continuó con una mezcla de bromas ligeras y discusión intelectual. Isabella se mantuvo firme con gracia, imperturbable por la atención de los caballeros o los ocasionales comentarios pasivo-agresivos de las damas.

Después de la comida, los caballeros propusieron un juego de cricket. Para el asombro colectivo de todos los presentes, Isabella se levantó rápidamente y declaró: "Me gustaría unirme, si está bien."

Los caballeros intercambiaron miradas, una mezcla de diversión y confusión evidente en sus expresiones. "¿Estás segura, Lady Isabella?" preguntó Samuel, levantando las cejas. "No es precisamente un juego de damas, ¿sabes?"

Isabella le lanzó una sonrisa traviesa. "¿Tienes miedo de que una dama te supere en tu propio deporte, Sr. Samuel?"

Albert se rió a carcajadas ante eso, dando una palmada en la espalda de su hermano. "Te ha pillado, Sam."

Alexander observó el intercambio con una sonrisa, claramente intrigado. "Bueno, caballeros, no veo ningún daño en ello. Veamos qué tiene para ofrecer Lady Isabella."

Con eso, Isabella caminó hacia el campo, quitándose los tacones y quedándose descalza en la hierba. Un suave suspiro recorrió a las damas que miraban, mientras los hombres intercambiaban miradas divertidas.

Isabella tomó su posición, su cabello oscuro ondeando en la brisa, sus ojos brillando con anticipación. La primera bola fue lanzada hacia ella, y con un golpe rápido y preciso, la envió volando a la distancia, ganándose una ronda de aplausos de todos.

Los hombres quedaron atónitos, especialmente Lord Alexander. Su admiración por Isabella creció mientras la observaba jugar. Su confianza, su audacia y su capacidad para desafiar las normas eran solo algunas de las cosas que la hacían tan atractiva. No era solo otra dama en la sociedad; era Lady Isabella, y ciertamente estaba jugando a ser difícil de conseguir.

Mientras Isabella se preparaba en el campo de cricket, los caballeros aún estaban en estado de shock y diversión. Ella sostenía el bate con confianza en sus manos, sus ojos verdes brillando con picardía.

"Bueno, Lady Isabella," comenzó Albert, tratando de contener la risa, "¿Estás segura de que no preferirías un bate más ligero?"

"Oh, estoy bastante segura, Sr. Albert," respondió Isabella, balanceando el bate para enfatizar. "¿A menos que prefieras cambiar y ver si puedes manejar este?"

Los caballeros se rieron a carcajadas, Albert uniéndose a pesar de estar en el extremo receptor de la broma.

Incluso Samuel, el más reservado, no pudo evitar comentar. "Sabes que se trata de técnica, no de fuerza, ¿verdad?"

"Aprecio el consejo, Sr. Samuel," respondió Isabella, sus ojos brillando. "Aunque apostaría a

que mi técnica es mejor de lo que piensas."

El juego continuó con una atmósfera ligera, las bromas y chistes fluyendo tan libremente como la limonada. En un momento dado, Lord Alexander lanzó una rápida bola hacia Isabella, quien la golpeó con facilidad.

"¿Tratando de pillarme desprevenida, Lord Alexander?" llamó ella, sin perder el ritmo.

"No lo soñaría, Lady Isabella," respondió Alexander con una sonrisa. "Solo asegurándome de que estés a la altura del desafío."

Mientras Isabella continuaba entreteniendo y sorprendiendo a los caballeros con sus habilidades de cricket y su rápido ingenio, las damas en la línea lateral observaban, una mezcla de sorpresa, diversión y desaprobación en sus expresiones.

Felicity, asombrada, se volvió hacia Lady Priscilla, "Esto es... de lo más poco ortodoxo. ¿No lo crees?"

Priscilla, con los ojos muy abiertos, solo pudo asentir. "Así es, Miss Felicity. Así es."

Mientras tanto, en el campo, Albert lanzó una bola con un giro complicado hacia Isabella.

"¡Aquí tienes una para ti, Lady Isabella! ¡Intenta golpear esta!"

Isabella observó la bola con atención, sus ojos brillando con determinación. Con un movimiento rápido, conectó el bate con la bola, enviándola a volar por el aire. "¡Quizás deberías pedirle a la bola que gire más fuerte, Sr. Albert!"

Los caballeros estallaron en carcajadas, Albert liderando el aplauso. "¡Bien jugado, Lady Isabella!"

"¿Estás segura de que nunca has jugado antes, Lady Isabella?" preguntó Samuel, claramente impresionado. "Eres una natural."

"Gracias, Sr. Samuel," respondió Isabella, con un destello de picardía en sus ojos. "Aunque, podría decir lo mismo de tus habilidades en el tejido."

Incluso Samuel, el más reservado de los Montague, rió ante su ingeniosa respuesta. Lord Alexander, sacudiendo la cabeza divertido, intervino, "Caballeros, creo que hemos encontrado a nuestra igual."

El picnic se estaba convirtiendo en un evento como ningún otro, todo gracias a la notable Lady Isabella. Ciertamente había dejado su huella, rompiendo las normas sociales con su espíritu intrépido e increíble ingenio, dejando una impresión indeleble en todos los presentes. Y los caballeros, incluido Lord Alexander, estaban aún más intrigados por ella.

CAPÍTULO 4

Mientras los hombres e Isabella disfrutaban de su partido de cricket, un murmullo de preocupación surgió entre las damas. La madre de Isabella, Lady Catherine, observaba a su hija con una mezcla de orgullo y preocupación. Se volvió hacia su esposo, Lord Charles, un hombre amable con ojos brillantes que coincidían con los de su hija mayor.

"Charles, querido," dijo Lady Catherine, su voz cargada de preocupación, "tal vez deberías pedirle a Isabella que se abstenga de jugar. Las damas están... bueno, puedes ver sus expresiones."

Lord Charles, apartando la mirada de su animada hija, miró a las damas reunidas. Sus rostros, en efecto, eran un estudio de incredulidad y desaprobación. Suspiró, "Catherine, ella se está divirtiendo. Y sabes tan bien como yo que nunca ha sido de las que se preocupan por las habladurías triviales de la sociedad."

"Pero Charles..."

Antes de que pudiera completar su frase, una voz de leve asombro se hizo oír. "Esto es de lo más escandaloso," proclamó Lady Dorothea, observando a Isabella con los ojos muy abiertos. "¡Una dama, jugando al cricket con los caballeros!"

Lady Margaret, de pie junto a ella, asintió en acuerdo. "Nunca pensé que vería el día. Simplemente no se hace."

"Catherine," Lady Dorothea se dirigió a la madre de Isabella, su tono medido, "seguramente debes ver que esto no es apropiado."

Antes de que Catherine pudiera responder, las jóvenes Whitlock, Cecily y Margaret, salieron en defensa de su hermana. "¡Me parece brillante!" declaró Cecily, su rostro juvenil resplandeciente de admiración.

Margaret, siempre la más reservada de las dos, añadió, "Es refrescante ver a una dama ser ella misma sin inclinarse ante las expectativas de la sociedad."

Atrapada entre las expectativas de la sociedad y la felicidad de su hija, Lady Catherine le dio a Lord Charles una mirada de súplica suave. Mientras tanto, en el campo, Isabella continuaba riendo y jugando, felizmente inconsciente del alboroto que estaba causando.

"Margaret, Cecily," respondió Lady Margaret, las comisuras de su boca apretadas. "Ser una dama no se trata de rebelión ni de rechazar las normas sociales. Se trata de mantener un cierto estándar."

Cecily, la menor pero más franca de las hermanas de Isabella, cruzó los brazos. "¿Y quién dice que ese estándar no puede ser desafiado, Lady Margaret? Tal vez sea hora de un cambio."

Margaret, siempre la más diplomática, ofreció un enfoque más suave, "Lo que Cecily quiere decir es que las normas sociales pueden evolucionar. Después de todo, estamos viviendo en tiempos de cambio."

Lady Dorothea, una mujer de opiniones tradicionales, negó con la cabeza, "Pero debe haber

un límite, queridas. La tradición y el decoro no deben ser descartados tan a la ligera."

Lady Catherine, dividida entre su instinto de proteger a sus hijas y su deseo de mantener la paz social, añadió en un tono conciliador, "Damas, entiendo sus preocupaciones. Sin embargo, Isabella siempre ha sido su propia persona. Acordemos que cada mujer tiene su propio camino único y debe ser respetada por ello."

Mientras la conversación continuaba, el sonido de la risa provenía del campo de cricket, lo que hizo que todos volvieran la mirada hacia el espectáculo en desarrollo. Isabella estaba en el centro, rodeada por los caballeros, sus ojos brillando con alegría y determinación. Y a pesar de las opiniones divididas, era difícil negar la sensación de cambio refrescante que Isabella traía consigo, desafiando la norma de las formas más inesperadas.

Lady Dorothea, observando la creciente división entre las damas y el espectáculo en el campo de cricket, decidió que era momento de una distracción. Llamó a su ama de llaves y susurró instrucciones apresuradas. Luego levantó la voz, su tono una mezcla perfecta de autoridad y jovialidad.

"Damas, caballeros," llamó, atrayendo la atención de todos. "Parece que nuestro pequeño juego de cricket ha llegado a su fin. Me atrevería a decir que es hora del almuerzo."

Los hombres gemían de buen humor, aunque Isabella simplemente sonreía, sacudiéndose las manos en su falda. La tensión entre las damas pareció disminuir ligeramente ante el anuncio de Lady Dorothea, y las conversaciones pasaron del escandaloso despliegue de Isabella a la deliciosa comida que se estaba preparando.

"Lady Dorothea," comenzó Lord Charles, frotándose las manos al ver el festín, "debo felicitarte por tu puntualidad. Me atrevería a decir que mi estómago comenzaba a gruñir."

Risas resonaron y el grupo se dirigió lentamente hacia las filas de mesas adornadas con platos que eran nada menos que un deleite gastronómico. Había sándwiches con una variedad de rellenos que iban desde pepino y queso crema hasta roast beef y rábano picante. Había una impresionante variedad de pasteles, las costras doradas y escamosas, y los rellenos dulces y salados. Cuencos de frutas frescas añadían un estallido de color vibrante a la mesa.

Isabella, ahora descalza y con el cabello ligeramente desarreglado por el juego, se acercó a Lord Alexander. Tenía una sonrisa traviesa en los labios. "Bueno, parece que nuestro juego fue interrumpido, Lord Alexander."

Él se rió, ofreciéndole una cálida sonrisa. "De hecho, Lady Isabella. Pero fue, sin duda, el juego de cricket más entretenido en el que he participado."

Con eso, la tensión del juego de cricket comenzó a disiparse, reemplazada por risas y bromas ligeras. Los invitados se dirigieron a las mesas, llenando sus platos con las deliciosas ofrendas. El aire estaba lleno del aroma de la comida deliciosa, el murmullo de la conversación y la ocasional carcajada, significando la alegría de la compañía compartida y la magia de un picnic en el campo inglés.

Mientras se dirigían a la mesa, Lord Alexander se encontraba lanzando miradas furtivas a Lady Isabella. Su cabello castaño, habiéndose soltado durante el partido de cricket, caía en cascada sobre sus hombros, captando la luz del sol y enmarcando su rostro. Sus ojos verdes brillaban con un espíritu vivaz y sus mejillas estaban sonrojadas de un encantador rosa por el juego.

Pero fue su sonrisa despreocupada lo que más llamó su atención, una sonrisa que no solo iluminaba su rostro, sino que parecía iluminar todo el picnic. Era contagiosa, haciendo que las comisuras de su propia boca se levantaran involuntariamente.

"Lady Isabella," se encontró diciendo, "te ves bastante encantadora. El juego y el aire fresco

parecen haberte hecho maravillas."

Isabella, no acostumbrada a los cumplidos de hombres como Lord Alexander, sintió un calor subiendo a sus mejillas. Pero, fiel a su carácter, sacudió ligeramente la cabeza, manteniendo la sonrisa. "Lord Alexander, me halagas demasiado. Simplemente hemos disfrutado de un buen juego en un día agradable."

Se volvió para servirse de los sándwiches, desviando exitosamente la conversación de sí misma. Alexander observó mientras ella mordía su sándwich, su risa mezclándose con la de los demás, una sonrisa apareciendo en sus labios.

Mientras se acomodaban para la comida, el aire zumbaba con charlas alegres, el tintineo de copas y el suave susurro del campo. Y a través de todo, Lord Alexander encontraba su atención constantemente atraída hacia la mujer sentada a su lado, admirando su gracia, su fortaleza y su espíritu ardiente que era tan refrescante como atractivo.

Al otro lado de la mesa, Cecily y Margaret Whitlock se encontraban en la encantadora compañía de los hermanos Montague: Samuel, el mayor y más serio, y Albert, el hermano menor, vivaz y alegre. La conversación fluía tan suavemente como el vino en sus copas, el cálido sol de la tarde arrojando un resplandor jovial sobre la escena.

"Señorita Cecily, señorita Margaret," comenzó Samuel, un brillo burlón en sus ojos. "Debo admitir, fue todo un espectáculo ver a su hermana jugar al cricket con nosotros."

Cecily, siempre dispuesta a defender a su hermana, replicó, "¿Por qué, Sr. Samuel, está insinuando que las mujeres no están preparadas para los deportes?"

Samuel se rió entre dientes. "En absoluto. De hecho, fue bastante refrescante. Tiene un brazo impresionante."

Ante eso, Margaret ofreció una sonrisa suave. "Nuestra Isabella siempre ha sido una que rompe moldes."

La conversación fue interrumpida por Albert, quien, en su encantadora y desarmante manera, se inclinó y dijo: "Bueno, si se me permite ser tan audaz, fue una sorpresa encantadora. Pero ahora surge la pregunta: ¿alguna de ustedes posee talentos ocultos similares?"

Cecily se rió, compartiendo una mirada cómplice con Margaret. "Tal vez, Sr. Albert. Pero, ¿no sería menos emocionante si reveláramos todos nuestros secretos tan pronto?"

La mesa estalló en risas, las bromas entre las hermanas Whitlock y los hermanos Montague sirviendo para aligerar aún más el ambiente.

A medida que la comida progresaba y el vino seguía fluyendo, Lady Priscilla y Miss Felicity decidieron unirse a la animada conversación que tenía lugar al final de la mesa.

"Lady Priscilla, Miss Felicity," saludó Samuel Montague, haciendo una reverencia cortés a cada dama. "Únanse a nosotros."

Felicity tomó un delicado sorbo de su copa, batiendo sus pestañas a Samuel. "Muchas gracias, Sr. Montague. No pude evitar escuchar la conversación sobre talentos ocultos. Es un tema de lo más intrigante."

Albert, siempre el encantador, intervino: "En efecto, lo es. Lady Cecily y Miss Margaret nos han asegurado que poseen algunas habilidades secretas."

Priscilla, buscando dominar la conversación, soltó una risa. "Bueno, en cuanto a mí, hablo francés con fluidez y he dominado el piano-forte."

Ante esto, Cecily replicó, sus ojos brillando con picardía. "Bueno, Lady Priscilla, el francés es sin duda una habilidad valiosa. Pero estamos al aire libre, no en un salón."

Margaret añadió con una sonrisa pícaro, "Y me atrevería a decir que el campo de cricket no tiene uso para un piano, ¿verdad?"

Un murmullo de risa recorrió el grupo. Incluso Samuel, usualmente tan reservado, se rió ante el ingenio rápido de las hermanas.

Felicity, no queriendo quedarse atrás, intervino: "Pero siempre podríamos cantar, ¿no? A menudo han elogiado mi voz para el canto."

Albert se rió, levantando su copa de vino. "Bueno, si no podemos continuar con el cricket, supongo que una competencia de canto podría ser lo mejor."

Incluso en medio de todas las risas y bromas, Lord Alexander se encontró lanzando miradas furtivas a Lady Isabella, quien estaba enfrascada en una animada discusión con su madre.

"¿Y qué hay de usted, Lady Isabella?" preguntó Lady Margaret, fijando su mirada en Isabella, "¿Cuál sería su talento oculto que podría hechizar a estos jóvenes?"

La mesa quedó en silencio, todas las miradas se dirigieron a Isabella, esperando su respuesta. Isabella miró a su alrededor, una chispa burlona en sus ojos verdes. "Bueno, Lady Margaret, creo que mi talento oculto ya ha estado en exhibición hoy. A menos, por supuesto, que haya algún hombre aquí que piense que podría superarme en un juego de cricket."

La mesa estalló en carcajadas. Incluso Lady Margaret, a pesar de su estricta adhesión a la decencia, se encontró riendo.

"Dejando de lado el cricket," añadió Lord Alexander, sus ojos brillando, "Lady Isabella también posee una habilidad inigualable para hacer cualquier situación divertida."

"Oh, me halagas, Lord Alexander. Es simplemente la compañía lo que saca lo mejor de nosotros," respondió Isabella, haciendo una reverencia fingida al grupo.

"O lo peor," murmuró Lady Priscilla en voz baja, solo para recibir un codazo de Felicity.

A medida que el sol de la tarde comenzaba su descenso, pintando el cielo con tonos de naranja y rosa, Lady Dorothea, Lady Margaret y Lady Isabella se encontraron sentadas juntas. Era un trío poco probable, cada mujer con su comprensión particular del mundo.

"Lady Isabella," comenzó Lady Dorothea, eligiendo cuidadosamente sus palabras, "espero que no te ofendas, pero es deber de una dama mantener el decoro. Jugar con hombres en un campo de cricket, aunque entretenido, no es adecuado."

Antes de que Isabella pudiera responder, Lady Margaret intervino. "En efecto. Una mujer debe ser una visión de gracia y encanto, atrayendo admiración a través de su compostura y logros delicados."

Isabella consideró sus palabras, su expresión serena. "Lady Dorothea, Lady Margaret, respeto sus puntos de vista. Pero, ¿no es también deber de una mujer ser fiel a sí misma? Expresar sus pensamientos, perseguir sus pasiones, contribuir más que solo una presencia ornamental?"

Las dos damas mayores intercambiaron miradas, sorprendidas por su asertividad. "Pero la sociedad, querida," comenzó Lady Margaret, "La sociedad tiene sus expectativas."

Isabella asintió, su sonrisa iluminando su rostro. "Cierto, Lady Margaret. Pero la sociedad somos nosotros. Somos sus voces, su corazón, su alma. Quizás es hora de que nuestras expectativas evolucionen, ¿no crees?"

Lady Dorothea parecía pensativa, su mirada derivando hacia las jóvenes que charlaban y reían al otro lado de la mesa. "Quizás, Lady Isabella. Quizás tengas razón. La sociedad, de hecho, comienza con nosotros."

Mientras Lady Dorothea parecía contemplar las palabras de Isabella, la expresión de Lady Margaret permanecía fija y severa. La calidez de la conversación parecía haberla dejado intacta, sus creencias firmemente arraigadas en el código de conducta tradicional que había conocido toda su vida.

"Discúlpame, Lady Isabella," dijo, su tono medido pero firme. "Pero la gracia y el

refinamiento de una mujer son sus atributos más encantadores. El mundo puede ser un lugar duro, y son nuestro decoro y propiedad los que nos protegen."

Isabella sostuvo la mirada de Lady Margaret, sus ojos verdes reflejando su calma y determinación. "Puede que no estemos de acuerdo, Lady Margaret," respondió. "Pero creo que los atributos más encantadores de una mujer son su fuerza, su compasión y su autenticidad. Estos, creo, son los verdaderos escudos contra cualquier dureza que el mundo pueda ofrecer."

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, dejando una división innegable entre ellas. Mientras Isabella no guardaba rencor hacia Lady Margaret, estaba claro que sus ideologías estaban en desacuerdo. Isabella no podía evitar sentir que, a pesar de su estatus social compartido y sus círculos, ella y Lady Margaret eran demasiado diferentes para alguna vez ver las cosas de la misma manera.

A medida que el sol comenzaba a ponerse, proyectando largas sombras sobre los exuberantes campos verdes, el picnic comenzaba a terminar. Con el estómago lleno y corazones llenos de risas, los invitados empezaron a recoger sus pertenencias y a despedirse.

"Creo, Lady Dorothea, que este fue uno de los encuentros más encantadores a los que he asistido en algún tiempo," dijo Lord Charles, su voz llena de sinceridad. "Gracias por su hospitalidad."

Lady Dorothea, deleitada por su cumplido, le dedicó una radiante sonrisa. "El placer fue todo nuestro, Lord Charles. Debemos hacer esto más a menudo."

Isabella, Alexander y los demás invitados jóvenes repitieron estos sentimientos. Hubo firmes apretones de manos entre los hombres, abanicos ondeando entre las damas y algunos cumplidos que provocaron sonrojos, insinuando nuevos coqueteos y posibles romances.

Isabella compartió una sonrisa y un breve asentimiento con Lord Alexander mientras se despedían. Sin embargo, sintió la brecha silenciosa con Lady Margaret, ambas mujeres reconociendo tácitamente sus diferencias.

"Hasta la próxima," llamó Alexander, su mirada demorándose en Isabella. A pesar de la diversión del día, parecía haber un toque de intriga en el aire, dejando una promesa no dicha de más interacciones animadas y potenciales momentos de comprensión.

A medida que el último carruaje se alejaba, dejando la grandiosa mansión bañada en el suave resplandor del crepúsculo, había una sensación de anticipación. Aunque el picnic había terminado, las dinámicas que había puesto en movimiento estaban lejos de haber concluido. ...

Una vez que Isabella se retiró a su habitación por la noche, se encontró sentada junto a la ventana, perdida en sus pensamientos. La luna colgaba alta en el cielo estrellado, su luz plateada proyectando largas sombras a lo largo de su habitación. Su fiel perro, Rufus, yacía dormido a sus pies, brindándole consuelo en silencio.

Isabella repasaba los eventos del día, su conversación con Lady Margaret resonando en su mente. Sabía que no encajaba en el molde que la sociedad había tallado para las mujeres, y una parte de ella entendía que eso quizás nunca cambiaría. Pero mientras la fresca brisa nocturna acariciaba su rostro, no podía evitar sentir un sentido de orgullo por ser auténticamente ella misma.

Con los dedos trazando suavemente el lomo gastado de su libro favorito, "Orgullo y prejuicio", dejó que su mente vagara al mundo de Elizabeth Bennet. Una mujer de inteligencia y agudeza que, al igual que Isabella, no se conformaba con las expectativas de la sociedad.

Isabella encontraba consuelo en estas páginas, en un personaje tan terca e independiente como ella. Le daba esperanza, recordándole que el valor de una mujer no se determinaba por su adhesión a las normas sociales, sino por su integridad y fortaleza.

Con su perro roncando suavemente a su lado y el libro en su regazo, los ojos de Isabella comenzaron a cerrarse, las palabras en la página difuminándose en una cálida y reconfortante niebla de familiaridad. Una suave sonrisa curvaba sus labios mientras permitía que la tranquilidad de la noche y el mundo dentro de su libro la arrullaran hasta dormir.

Mientras se dormía, un pensamiento permanecía grabado en su mente. Ella era Isabella, una dama que amaba la naturaleza y los animales, que jugaba al cricket descalza, que no encajaba en el molde de la sociedad. Y eso era exactamente lo que quería ser. Mañana sería otro día para abrazar su yo auténtico, y lo esperaba con ansias.

En un mundo de su propia creación, bajo un manto de estrellas, Isabella se quedó dormida, contenta y fiel a sí misma, con sueños del campo inglés y un mundo que la aceptaba tal como era. ...

La tranquila serenidad de la noche dio paso al colorido y humorístico mundo de los sueños. En su sueño, Isabella se encontró de pie en un vasto campo abierto, la exuberante vegetación bajo sus pies descalzos y una distante cadena montañosa pintando el horizonte. La tranquilidad de la escena fue interrumpida por una visión inusual: un dragón gigante y reluciente descendiendo del cielo.

Al observar más de cerca, el rostro del dragón tenía un parecido asombroso con el de Lady Margaret, sus pómulos altos y sus ojos agudos distintivos incluso en su forma draconiana. El dragón se cernía ante ella, una ráfaga de viento de sus enormes alas casi derribando a Isabella.

"¡Lady Isabella!" tronó el dragón con una voz que sonaba extrañamente como la de Lady Margaret. "¡Has desafiado las leyes del decoro una vez demasiado!"

Isabella no pudo evitar reír, su mano instintivamente alcanzando a acariciar a Rufus, que ahora, inexplicablemente, tenía el tamaño de un caballo y vestía una armadura. "Oh, vamos, Lady Margaret," dijo Isabella, agarrándose a la armadura de Rufus para mantener el equilibrio. "¡Incluso en mis sueños, te apegas al decoro!"

El dragón-Margaret resopló, enviando un torbellino de hojas a su alrededor. "¡Nunca escaparás de las reglas del decoro, Lady Isabella!"

Isabella, con una chispa en sus ojos, montó a Rufus, sus dedos de los pies descalzos moviéndose contra sus costados revestidos de hierro. "¡Discrepo, Lady Margaret!" Y con una carcajada, Isabella y Rufus cargaron hacia el horizonte, el dragón rugiendo y persiguiéndolos, aunque con una gracia que sugería que incluso el dragón-Margaret adhería a alguna forma de etiqueta draconiana.

Incluso en sus sueños, Isabella se encontraba desafiando las normas sociales, la narrativa tan cómicamente absurda como liberadora. Mientras ella y Rufus superaban al dragón, los campos abiertos dando paso a su amado campo, se despertó riendo, la imagen extrañamente entrañable de Dragon-Margaret grabada en su mente.

Mientras se limpiaba las lágrimas de risa de los ojos, Isabella no pudo evitar reír ante la rareza de su sueño. Miró a Rufus, que aún dormía, su cola moviéndose en su sueño, y negó con la cabeza. "Imagínate eso, Rufus," dijo, "Un mundo donde incluso los dragones tienen modales."

Acurrucándose de nuevo en sus mantas, Isabella se volvió a dormir, sus sueños llenos de actividades menos draconianas y una calidez que permaneció con ella hasta la mañana.

CAPÍTULO 5

La luz de la mañana inundaba el comedor, dorando los elegantes muebles de la habitación. El canto de los pájaros y el suave susurro de las hojas servían como la perfecta sinfonía matutina mientras Isabella entraba, con el cabello recogido en una trenza suelta y una suave sonrisa adornando su rostro.

Lord Charles, ya sentado en la cabecera de la mesa, levantó la vista de su periódico matutino. Su sonrisa reflejaba la de Isabella mientras saludaba, "Buenos días, querida. ¿Tuviste sueños agradables?"

"Sí, los tuve," respondió Isabella, su sonrisa ensanchándose al recordar las aventuras nocturnas. Miró a su perro, Rufus, que había entrado trotando detrás de ella, y añadió con un brillo travieso en los ojos, "Algunos podrían llamarlos aventuras llenas de dragones."

Lady Catherine, una mujer cálida y amable con ojos suaves y gentiles, lanzó una mirada divertida a su hija mayor desde el otro lado de la mesa. "Oh, cuéntanos, Isabella," instó, pasando un plato de bollos calientes hacia ella.

Mientras Isabella relataba su divertido sueño a su familia, sus hermanas menores, Cecily y Margaret, se unieron a ellos. Ambas eran pequeñas y rubias, su entusiasmo juvenil contrastando con la naturaleza compuesta de Isabella.

Cecily, la hija del medio con una inclinación por la moda y los chismes, parecía horrorizada. "¿Un dragón, Bella? ¿Y uno que se parece a Lady Margaret?" Se rió, sus ojos avellana abiertos de par en par por la diversión.

Margaret, la más joven y la más estudiosa de las tres, intervino pensativamente, "Debe simbolizar tu lucha contra las restricciones sociales, Bella. Los dragones a menudo representan poder y control."

Lord Charles, tratando de contener la risa, miró a su esposa. "Me atrevería a decir que nuestra Bella está causando bastante impacto, ¿no estarías de acuerdo, Catherine?"

Lady Catherine, que estaba untando un bollo con mantequilla, miró con cariño a sus hijas. "De hecho," coincidió, "Nuestra Isabella tiene un don para sacudir las cosas."

Mientras todos compartían una risa sincera, Isabella mordió su desayuno, su mirada descansando en la luz de la mañana que danzaba sobre los rosales afuera.

"Bella," comenzó Cecily, mientras se metía un pedazo de rollo dulce en la boca, "¿Has decidido qué vestido llevarás al baile de los Hamilton la próxima semana? ¡He oído que han invitado a la mitad de Londres!"

Isabella sonrió, negando con la cabeza, "No lo he pensado mucho, Cecily. A diferencia de algunas, mi mundo no gira en torno a bailes y vestidos."

Lord Charles, levantando la vista de su periódico, se rió, "Lo sabemos bien, querida."

Margaret, luciendo un poco preocupada, preguntó, "¿No te gusta bailar, Bella?"

"Disfruto bailar lo suficiente, Margaret," respondió Isabella, dando a su hermana menor una

sonrisa afectuosa, "Pero no me importa el boato y el espectáculo. Sabes que soy mucho más feliz aquí, en el campo, con todos ustedes y con mis queridos animales."

Lady Catherine intervino suavemente, "Puede que no te importe el brillo de la sociedad, Isabella, pero recuerda, eres parte de ella. No haría daño participar de vez en cuando. Después de todo, el equilibrio es la clave."

Isabella consideró las palabras de su madre antes de asentir, "Tienes razón, mamá. Participaré."

Ante esto, Cecily chilló de alegría. "¡Oh, Bella! ¡Debes dejarme ayudarte a elegir un vestido! ¡Nos aseguraremos de que a todos se les caiga la mandíbula!"

Riéndose, Lord Charles añadió, "Solo recuerda, Cecily, nada de dragones en el diseño."

Toda la mesa estalló en risas, los sonidos llenando la habitación con calidez y afecto. Con cada momento que pasaba, se recordaban mutuamente su vínculo, su amor incondicional y las deliciosas sorpresas que traía ser parte de la familia Whitlock.

"El baile de los Hamilton no es hasta dentro de quince días, Cecily," dijo Isabella, alcanzando el tazón de fresas frescas. "Eso es tiempo suficiente para elegir un vestido. Pero más importante aún, es tiempo que podríamos usar para ayudar a Lady Hargreaves."

La habitación se quedó en silencio, y Margaret preguntó en un tono desconcertado, "¿Qué le pasa a Lady Hargreaves?"

"Su querido caballo, Snowdrop, está enfermo," respondió Isabella, frunciendo el ceño. "Ella está terriblemente preocupada. Le dije que lo revisaría más tarde hoy."

Lord Charles dejó su periódico, con una sonrisa de aprobación en su rostro. "Esa es mi chica, siempre pensando en cómo ayudar a los demás. Muy bien, Isabella. Te acompañaré."

"Snowdrop es un caballo tan gentil," dijo Margaret con simpatía, sus ojos abiertos y preocupados. "Espero que esté bien."

"Es fuerte, como su dueña," aseguró Isabella, mordiendo una fresa.

Cecily suspiró dramáticamente, "Bueno, supongo que la crisis de Lady Hargreaves tiene prioridad sobre el baile de los Hamilton."

"Solo por ahora," prometió Isabella, dando a Cecily una sonrisa burlona.

Lady Catherine, soltando una suave risa, añadió, "Esperemos que la elección del vestido no se convierta en una crisis en sí misma."

"Hablando de crisis," intervino Lord Charles, con los ojos brillando de humor, "parece que recuerdo a una joven bastante alterada por un parasol perdido antes de la última reunión social."

Cecily jadeó dramáticamente, llevándose la mano al pecho. "¡Padre! Te haré saber que fue una reacción perfectamente razonable. ¡Una dama necesita su parasol!"

"Especialmente cuando combina con su vestido," añadió Margaret con una sonrisa astuta, haciendo que Cecily sacara la lengua a su hermana menor.

"Bueno," dijo Isabella, sirviéndose más fresas, "Al menos ahora sabemos tener un parasol de repuesto para ti, Cecily."

"¡Bella!" exclamó Cecily con fingida indignación, pero sus ojos brillaban de diversión.

"Ahora, ahora, mis adorables damas," dijo Lady Catherine, una sonrisa afectuosa en su rostro mientras miraba a sus hijas. "Recuerden, estamos todos juntos en esto. Si un parasol se pierde, todos ayudamos a encontrarlo."

"En efecto," coincidió Lord Charles, terminando su café. "Los Whitlock están unidos, ya sea contra parasoles perdidos o caballos enfermos."

Mientras la mesa del desayuno volvía a estallar en risas, era evidente que, a pesar de sus bromas y charlas juguetonas, la familia realmente se cuidaba y apoyaba mutuamente. La

conexión entre ellos era un vínculo precioso, uno que hacía de cada desayuno, cada conversación y cada momento compartido un recuerdo entrañable.

Una vez terminado el desayuno, Isabella, con la mente llena de pensamientos sobre el Snowdrop enfermo, se excusó. Planeaba preparar una bolsa con varias hierbas medicinales de su jardín antes de dirigirse a la finca de Lady Hargreaves. Al levantarse para irse, su padre también se levantó.

"Te acompañaré, Bella," declaró Lord Charles, terminando su café. "Lady Hargreaves podría usar un poco de ánimo, ¿y quién mejor para el trabajo que nosotros, los Whitlock?"

Isabella sonrió a su padre, agradecida por su compañía y apoyo. Mientras se dirigían a la puerta, Lady Catherine les llamó, "Recuerda, le prometiste a Cecily lo del vestido, Isabella. ¡No lo olvides!"

El recordatorio ligero trajo sonrisas a sus rostros. De hecho, la vida en la familia Whitlock nunca era aburrida. El equilibrio entre actividades serias y bromas juguetonas, el cuidado que se tenían entre ellos, la forma en que celebraban los intereses de cada uno y las risas compartidas eran todas piezas de un hermoso tapiz que componía su vida familiar. Con su padre a su lado, Isabella partió para ayudar a otro miembro de su comunidad, llevando consigo el amor y la calidez que siempre rodeaban a la familia Whitlock.

El camino hacia la finca de Lady Hargreaves era un hermoso viaje serpenteante que Lady Isabella Whitlock y su padre, Lord Charles, estaban recorriendo actualmente. El aire estaba fresco, la luz del sol filtrándose a través de los árboles, dando un resplandor etéreo al viaje. Isabella, sin embargo, estaba en silencio, sus pensamientos consumidos por la preocupación por el caballo en apuros.

En un intento de aliviar la atmósfera, Lord Charles comenzó a tararear una melodía animada. Sus ojos brillaban con palabras no dichas mientras miraba a su hija. "Sabes, tu presencia seguramente levantaría el ánimo de Lady Hargreaves," señaló, "Creo que le vendría bien un poco de aire fresco, algo de tiempo en los jardines."

Isabella, perdida en sus pensamientos, asintió distraídamente, "Estoy de acuerdo, padre. Un poco de naturaleza y la compañía de Snowdrop, acompañados de un buen libro o dos, podrían ser el elixir que necesita." Sin embargo, su mente seguía centrada en la yegua angustiada que esperaba su ayuda.

El viaje a la finca de Lady Hargreaves fue breve, pero para Isabella se sintió como una eternidad. Cuando finalmente llegaron, la grandiosa mansión apareció ante ellos, rodeada de exquisitos jardines que eran un testimonio del amor de Lady Hargreaves por la naturaleza. Sin embargo, hoy, todo el esplendor de la finca parecía ensombrecido por la tarea que les aguardaba.

Fueron conducidos de inmediato a los establos por un preocupado mozo de cuadra, donde una angustiada Snowdrop estaba paseando nerviosamente. El pelaje de la yegua estaba apagado y respiraba con dificultad.

"Tranquila, chica," murmuró Isabella, avanzando y extendiendo una mano tranquilizadora hacia Snowdrop. Tenía una manera especial con los animales, un toque suave y un aura calmante que parecía irradiar seguridad. Lentamente, los ojos asustados de la yegua se encontraron con los de ella y parecieron calmarse un poco.

Lord Charles se quedó unos pasos atrás, observando a su hija mayor con una sensación de admiración silenciosa. La había visto, una y otra vez, tomar el control de situaciones con una gracia sin esfuerzo que lo llenaba de orgullo.

Mientras Isabella examinaba a Snowdrop, Lord Charles se volvió para encontrar a Lady Hargreaves acercándose a ellos. Era una mujer elegante, con líneas de sabiduría grabadas en su

rostro, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

"Lord Charles, Lady Isabella," los saludó, su voz temblando ligeramente. "Gracias por venir. Snowdrop... es todo lo que me queda."

Isabella levantó la vista de su inspección, su corazón hinchado de empatía por Lady Hargreaves. "Haremos todo lo posible, Lady Hargreaves," aseguró a la mujer mayor. "Snowdrop es más fuerte de lo que piensa."

A medida que avanzaba la tarde, Isabella y Lord Charles trabajaron incansablemente. Había algo bellamente tranquilo en la forma en que trabajaban juntos, su preocupación y amor por la criatura que tenían delante puenteando la brecha de experiencia y edad. Y cuando cayó la noche, un suave relincho resonó en los establos: Snowdrop estaba en el camino de la recuperación.

Al salir de los establos, Isabella miró a la ahora tranquila yegua y sonrió. "Sabes, padre," reflexionó, "creo que hay una lección que aprender de Snowdrop. No importa cuán sombrías parezcan las cosas, siempre hay una oportunidad de recuperación."

Lord Charles se rió, envolviendo un brazo alrededor de los hombros de Isabella. "De hecho, querida," coincidió, "y quizás esa lección se extienda también a Lady Hargreaves."

"Lady Hargreaves," comenzó Lord Charles, su voz llena de respeto y comprensión, "ha sido difícil para usted, lo sé. Pero al igual que Snowdrop se está recuperando, también puede hacerlo usted. El duelo es una carga, pero una que disminuye con el tiempo."

Lady Hargreaves asintió, el más tenue brillo de esperanza brillando en sus ojos. "Es usted muy amable, Lord Charles. Sus palabras me reconfortan, al igual que la mejora en la condición de Snowdrop. Su hija... tiene un toque notable. Es realmente extraordinaria."

Lord Charles le dio una palmada en el brazo a Isabella, su sonrisa llena de orgullo. "Estoy completamente de acuerdo, Lady Hargreaves. Isabella es extraordinaria."

Sonrojándose ligeramente bajo los elogios, Isabella intentó cambiar de tema. "Lady Hargreaves," dijo, "¿ha pensado en pasar más tiempo en los jardines? Las rosas están a punto de florecer. Y tal vez podría sacar a Snowdrop a pasear cuando esté lo suficientemente fuerte."

La mujer mayor consideró esto, una expresión pensativa cruzando su rostro. "Tal vez tenga razón, Lady Isabella. Quizás sea hora de dejar de llorar y comenzar a vivir de nuevo."

"No hay mejor momento que ahora, Lady Hargreaves," respondió Isabella suavemente. "Y recuerde, no está sola. Nos tiene a nosotros, y lo más importante, tiene a Snowdrop."

Ante esto, Lady Hargreaves dio una sonrisa genuina, la primera en mucho tiempo, sus ojos suavizándose al mirar a la yegua en recuperación. "Sí, tengo a Snowdrop. Y por ella, lo intentaré."

Justo cuando los Whitlock se preparaban para irse, un gran carruaje se detuvo en la entrada de la finca. Bajó Lord Alexander, luciendo tan apuesto como siempre en su traje de montar, seguido por su madre, Lady Margaret, epitome de la elegancia regia.

Los ojos verdes de Lord Alexander encontraron los de Isabella casi de inmediato, una sonrisa jugando en sus labios. Lady Margaret, por otro lado, observó la escena con una expresión algo más severa.

"Lady Hargreaves," saludó Lady Margaret, su voz fría y educada. "Y Lord Charles, Lady Isabella, qué agradable sorpresa verlos aquí."

"Es un placer, Lady Margaret, Lord Alexander," respondió Lord Charles calurosamente. "Acabamos de atender a Snowdrop, la yegua de Lady Hargreaves."

Lady Hargreaves intervino en esto, sus ojos brillando con un nuevo optimismo, "Y todo gracias a Lady Isabella, de verdad. Ella tiene una manera con los animales... un don notable."

Lady Margaret arqueó una ceja sorprendida ante esto, su mirada derivando hacia Isabella.

Isabella, por su parte, simplemente sonrió, sin confirmar ni negar los elogios.

Lord Alexander, por otro lado, parecía genuinamente impresionado. "¿Es así, Lady Isabella?" preguntó, dando un paso adelante para unirse a la conversación. Su interés en las acciones de Isabella, tan contrarias a lo que esperaba de una dama de la sociedad, estaba despertado. "Parece que hay mucho más en usted de lo que se ve a simple vista."

Isabella no pudo evitar reírse de sus palabras. "Por qué, Lord Alexander," respondió en un tono burlón, "creo que es la primera vez que me hace un cumplido que no es un comentario sarcástico. ¿Debería preocuparme?"

Su risa se unió a la de él, y hasta Lady Margaret esbozó una pequeña sonrisa educada.

Lady Margaret, aclarando su garganta, enderezó su postura y dirigió su mirada hacia Lady Hargreaves. "Parece que llegamos justo a tiempo. Estaban a punto de irse, ¿no es así, Lord Charles?"

Lord Charles, siempre caballeroso, asintió. "En efecto, Lady Margaret. Estábamos a punto de regresar. Pero me alegra que hayamos tenido la oportunidad de encontrarnos. Siempre es un placer."

Lady Margaret inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. "Estamos aquí para una breve visita. Alexander pensó que sería bueno ver cómo estaba Lady Hargreaves."

Isabella captó la mirada divertida que Alexander le lanzó ante las palabras de su madre. Levantó una ceja en desafío, retándolo en silencio a comentar. Pero él simplemente se rió, volviendo su atención a la conversación.

"¿Y cómo está Snowdrop?" inquirió Alexander, su genuina preocupación evidente en su voz.

Lady Hargreaves sonrió radiantemente ante su pregunta. "Gracias a Isabella, mucho mejor que esta mañana, sin duda. Ella tiene un toque sanador."

Isabella sintió un leve rubor subir a sus mejillas ante los elogios. Murmuró humildemente, "Solo hice lo que cualquiera haría," pero no pudo ocultar la sonrisa de satisfacción que asomaba a sus labios.

Ante esto, Lord Alexander se volvió hacia ella, una sonrisa burlona en su rostro. "Realmente eres un misterio, Lady Isabella," dijo. "Uno que me encuentro cada vez más intrigado."

Isabella no pudo evitar reírse de sus palabras, la extraña mezcla de cumplido y curiosidad lo hizo aún más interesante. Con un brillo en los ojos, respondió, "Bueno, Lord Alexander, tal vez haya más misterios por descubrir."

Mientras la conversación continuaba, quedó claro que la admiración de Alexander por Isabella estaba creciendo, al igual que su curiosidad. Lady Margaret, observando con una mezcla de preocupación y aprobación, se dio cuenta de que Isabella estaba rompiendo moldes y expectativas con cada paso que daba.

Mientras los Whitlock se preparaban para despedirse y volver a casa, Isabella no pudo evitar reflexionar sobre la lección del día. La recuperación de Snowdrop era un recordatorio de que siempre hay esperanza, incluso en los momentos más oscuros. Y en ese momento, rodeada de su familia y nuevos amigos, Isabella sintió que estaba en el lugar correcto, haciendo una diferencia en el mundo a su manera única.

Con una última inclinación hacia Lady Hargreaves, Lord Charles se quitó el sombrero e hizo un gesto para que Isabella se uniera a él. "Hasta la próxima, mi señora," se despidió, su voz cálida.

"Por supuesto, Lord Charles. Y tú, querida Isabella," añadió Lady Hargreaves, sus ojos brillando mientras miraba a la joven, "Prométeme que volverás a visitarme pronto."

Isabella asintió, su sonrisa brillante. "De hecho, lo haré. Espero con ansias volver, Lady

Hargreaves."

Con eso, padre e hija emprendieron el camino de regreso a su finca, dejando atrás la grandeza de la mansión de los Hargreaves. El sol de la tarde proyectaba largas sombras en el camino, y el canto de los pájaros acompañaba su tranquila conversación.

De vuelta en la finca, Lady Margaret miró apreciativamente a Lady Hargreaves. "Fue una tarde encantadora, querida Elinor. Siempre has sido una anfitriona graciosa."

Lady Hargreaves le devolvió la sonrisa. "Me alegra que lo pienses, Margaret. Siempre es un placer tener compañía."

Lord Alexander, que hasta ahora había estado en silencio, se volvió hacia Lady Hargreaves, una expresión pensativa en sus ojos. "Y estamos encantados de proporcionarla, especialmente si implica visitas a Snowdrop."

Lady Hargreaves se rió, dándole una palmadita en la mano con afecto. "Y no creas que no veo tu motivo ulterior, joven. Me atrevería a decir que Snowdrop no es la única razón por la que estás tan interesado en visitar."

Alexander simplemente sonrió, sus ojos brillando con una luz juguetona. "Bueno, Lady Hargreaves, me temo que no sé a qué se refiere."

Lady Hargreaves volvió a reír, el cálido sonido resonando en toda su casa. Luego se volvió, liderando el camino hacia el interior, dejando a Lord Alexander reflexionando sobre el sutil misterio de Lady Isabella Whitlock.

Mientras Lady Hargreaves y Lady Margaret se sumergían en una discusión sobre las últimas tendencias en Londres, Lord Alexander dejó que sus pensamientos vagaran. Se volvió ligeramente, su mirada viajando a través de las grandes ventanas que daban a la vasta extensión de los terrenos de Lady Hargreaves, pero su mente estaba a millas de distancia.

Lady Isabella Whitlock.

El nombre danzaba en sus pensamientos, un vals de intriga y curiosidad. Había conocido a innumerables damas, gracias a su estatus social y la insistencia de su madre en el decoro. Todas eran hermosas, todas eran capaces, todas sabían cómo sonreír y batir sus pestañas de una manera que se suponía debía atraerlo. Pero ninguna lo había cautivado como lo había hecho Isabella.

Isabella, que no necesitaba sonreír ni batir pestañas. Isabella, cuya belleza no provenía de horas frente al espejo sino del resplandor que simplemente estar viva parecía otorgarle. Isabella, que hablaba con la confianza de una mujer que estaba segura de su lugar en el mundo y no le importaban las opiniones de los demás.

Isabella, que había elegido jugar al cricket con los hombres, descalza y todo, y que luego se había sentado con las piernas cruzadas en el suelo, sus faldas extendidas a su alrededor como el plumaje de un pájaro, hablando de literatura y naturaleza con una pasión que podría haber incendiado el mundo.

Y luego estaba su amabilidad. La forma en que había ayudado al caballo de Lady Hargreaves, la manera tierna en que había tratado a la criatura. Eso decía mucho sobre su carácter.

Lord Alexander nunca había conocido a una mujer como Isabella. Era única, diferente y tan intrigante.

Fue sacado de sus pensamientos por la voz de su madre. "Alexander, ¿estás escuchando?"

Volvió su atención a la conversación, aunque una pequeña parte de su mente permaneció con el recuerdo de cierta dama de ojos verdes y cabello castaño oscuro, jugando al cricket descalza bajo el sol.

"Alexander," el tono de Lady Margaret era serio mientras se dirigía a su hijo, "los Hamilton celebran un baile la próxima semana. Nos han invitado y es crucial que asistamos. La señora

Hamilton es muy influyente en la alta sociedad, y sería un grave error ofenderla al no asistir."

Lord Alexander, que había estado agitando distraídamente el líquido ámbar en su copa, miró a su madre con una ligera ceja fruncida. "Entiendo. Parece que estamos bastante ocupados la próxima semana," dijo, sin esfuerzo por ocultar su falta de interés.

"Así es," respondió Lady Margaret con severidad, sus ojos entrecerrados mientras escrutaba a su hijo. "Y espero que te comportes adecuadamente y muestres algo de interés. Ya es hora de que empieces a considerar el matrimonio, Alexander."

Alexander suspiró, su mirada volviendo a la ventana y a la interminable extensión de verde más allá de ella. Había escuchado este discurso de su madre innumerables veces antes y sabía que era mejor no discutir. Aun así, la idea de pasar una noche entre damas charlatanas y sus madres ambiciosas no mejoraba su estado de ánimo. "Sí, madre," dijo, asintiendo en señal de conformidad.

Lady Margaret pareció satisfecha con su respuesta, pues simplemente asintió y volvió a su conversación con Lady Hargreaves, dejando a Alexander con sus pensamientos una vez más. Su mente, como solía hacer estos días, volvió a Lady Isabella. No podía evitar preguntarse si estaría en el baile de los Hamilton, y si también jugaría al cricket allí. La imagen le provocó una leve sonrisa, una pequeña victoria ante la inminente reunión social.

Lord Alexander salió de sus pensamientos cuando Lady Margaret le preguntó, "Alexander, ¿has estado en los establos últimamente? Lady Hargreaves mencionó antes un caballo que adquirió recientemente."

Lady Hargreaves se animó ante esto, y añadió, "En efecto, Alexander. Un hermoso semental de España. Tiene un poco de temperamento, pero estoy segura de que podrías manejarlo."

Lord Alexander levantó una ceja ante esto, su interés despertado. "Me encantaría ver ese semental, Lady Hargreaves," dijo, volviéndose hacia la anciana. "¿Puedo tener su permiso para visitarlo?"

"Por supuesto, Alexander," respondió Lady Hargreaves, luciendo bastante complacida. "Pero ten cuidado. Tiene una patada bastante fuerte."

Lord Alexander se rió suavemente ante esto. "Lo tendré en cuenta, Lady Hargreaves," dijo, levantando su copa hacia ella.

Después de unos cuantos cumplidos más, la conversación se desplazó a temas más mundanos: el clima, la salud de varios conocidos y las últimas modas de Londres. A lo largo de todo esto, Lord Alexander fue educado pero distante, su mente aún vagando en la imagen de Lady Isabella, sus ojos verdes brillando con picardía, mientras jugaba al cricket, sin preocuparse por las expectativas de la sociedad.

CAPÍTULO 6

Era una noche tocada por la emoción de la anticipación mientras la gran finca de los Hamilton se bañaba en un resplandor encantador. Faroles colgados de las ramas de los árboles proyectaban sombras danzantes, mientras la iluminación dorada del interior de la mansión se derramaba sobre los jardines perfectamente cuidados. Una fila de carruajes llenos de la crème de la crème de la sociedad llegaba por el camino de grava, y sus ocupantes desembarcaban ansiosos por participar en los festejos de la noche.

Los Hamilton eran un pilar de la alta sociedad británica. Encabezados por el distinguido Lord Arthur Hamilton y su grata esposa, Lady Edith, ocupaban una posición de prestigio y poder en la comunidad. Su magnífica finca, Hamilton Hall, con sus exuberantes jardines, impresionante biblioteca y espléndido salón de baile, era la envidia de sus pares y el sitio de muchas grandes ocasiones.

Lord Arthur Hamilton, aún robusto y encantador en sus finales cincuenta, era un hombre con un humor seco que a menudo sorprendía a la gente. Era conocido por su excelente gusto en arte y literatura, un rasgo que pasó a sus hijos. Su estudio, con su techo alto y paredes revestidas de caoba, albergaba una vasta colección de libros de primeras ediciones, mapas antiguos y obras de arte invaluable. Aquellos que tenían el privilegio de recibir una invitación a su estudio privado a menudo se iban asombrados y un tanto envidiosos.

Lady Edith, una mujer vibrante con su cabello plateado elegantemente peinado, tenía el don de poner a la gente a gusto con su risa cálida y sus preguntas amables sobre sus familias. Era el corazón de la casa Hamilton, manejando su vasta finca y su animado calendario social con una gracia que lo hacía parecer sin esfuerzo. Su jardín de rosas era un espectáculo digno de ver, con flores de todos los colores y fragancias, un testimonio de su cuidado y paciencia.

Su hijo, el apuesto Edward Hamilton, era la fuente de muchos susurros y risas entre las damas elegibles de la sociedad. A sus treinta y dos años, era un gran partido: guapo, rico, bien educado y, lo más importante, soltero. Su encanto y buena apariencia habían estado rompiendo corazones desde que hizo su debut en la sociedad, pero a pesar de la gran cantidad de bellezas que competían por su atención, seguía soltero, para la desesperación de su madre.

La hija de los Hamilton, Amelia, con su tez de porcelana y suaves rizos castaños, era la imagen de la felicidad conyugal. Su esposo, Sir Jonathan, era un erudito conocido y un padre devoto. Sus hijos, Charlotte de cinco años y Frederick de tres, a menudo eran las estrellas de cualquier reunión, con sus rostros querubines y modales encantadores. Amelia era frecuentemente escuchada compartiendo historias de las adorables travesuras de sus hijos, un testimonio de la alegría que encontraba en la maternidad.

Desde la distancia, la finca Hamilton parecía una escena de un cuento de hadas, con sus altas torres y extensos jardines. La mansión, un testimonio de la arquitectura del regencia, se erguía majestuosa contra el telón de fondo del cielo nocturno, mientras que los invitados elegantemente

vestidos añadían al colorido cuadro.

A medida que llegaban los invitados, eran recibidos por los amables anfitriones. Lord y Lady Hamilton, en sus exquisitos atuendos, saludaban a cada uno con cálidas sonrisas y cordiales apretones de manos. Edward, vestido con su impecable frac, encantaba a las damas con su apariencia apuesto y su ingenio desarmante. Amelia, elegantemente vestida con un vestido de satén, y sus hijos adorables, recibían a los invitados con su serena compostura y encanto entrañable.

Un cuarteto tocaba una melodía suave que flotaba en el aire, mezclándose con el suave murmullo de la multitud. Meseros, en uniformes impecables, se movían con bandejas de champán espumoso, mientras el tentador aroma de las delicias gourmet insinuaba el banquete por venir.

Cuando Lord Alexander y su madre, Lady Margaret, bajaron de su carruaje, quedaron inmediatamente impresionados por la grandeza de la finca de los Hamilton, iluminada con una suave luz dorada. Asintiendo con aprobación, se dirigieron a los escalones que llevaban a la mansión, sus pasos resonando en la grava crujiente bajo sus pies.

La gran entrada de la mansión estaba flanqueada por altas columnas de mármol y cálidamente iluminada por la luz de faroles estratégicamente colocados. Un lacayo vestido con librea abrió las ornamentadas puertas dobles para ellos, y entraron en el gran vestíbulo, que zumbaba con la charla de la elite de la sociedad.

"¡Ah, Lady Margaret, Lord Alexander! ¡Encantados de que hayan podido venir!" exclamó Lord Hamilton, acercándose a ellos con una sonrisa afable. Era un hombre alto e imponente, con una robusta constitución y un aire de autoridad. Su esposa, Lady Hamilton, una mujer encantadora con ojos amables, lo seguía de cerca, su delicada mano descansando suavemente en el brazo de su esposo.

"No nos lo perderíamos por nada del mundo, Lord Hamilton," respondió Lady Margaret, su voz una perfecta mezcla de alegría y propiedad. Lord Alexander simplemente sonrió, sus ojos recorriendo la sala en busca de una dama de ojos esmeralda. Pero, para su decepción, los Whitlock aún no habían llegado.

Con una palmada en la espalda, Edward saludó a su amigo, Lord Alexander. "¡Ah, Alexander! Ha pasado un tiempo."

"Así es, Edward," respondió Alexander, estrechando su mano con un firme apretón. Se quedaron de pie lado a lado, observando cómo llegaban más invitados. Su conversación pronto se desvió hacia temas más masculinos: política, negocios y la ocasional carrera de caballos.

"Debo decir que el nuevo semental que adquiriste del mercado la semana pasada fue una gran captura," comentó Edward, con un toque de admiración en su voz.

Alexander sonrió. "Bueno, sabes que me encantan los buenos caballos de carreras. Es un caballo fogoso."

Edward se rió, sus ojos brillando con diversión. "Suena mucho a algunas damas que conozco," bromeó, levantando su copa hacia sus labios. "Hablando de eso, he oído que las hermanas Whitlock están causando bastante revuelo en la sociedad."

Alexander fingió indiferencia, su encogimiento de hombros casual desmentido por el interés que brillaba en sus ojos. "¿Oh? ¿Cómo es eso?"

"No son del tipo que se sientan a bordar almohadas todo el día," respondió Edward con una sonrisa, repitiendo sin saberlo los propios sentimientos de Isabella. "Bastante poco convencionales, debo decir."

"En efecto, bastante poco convencionales," coincidió Alexander, las comisuras de su boca

curvándose en una pequeña sonrisa. Estaba intrigado, y las observaciones de Edward solo avivaban el fuego de su curiosidad. Sin embargo, optó por mantener su creciente interés en la hermana mayor de los Whitlock para sí mismo, al menos por el momento. ...

Entre los numerosos asistentes elegantemente vestidos se encontraban las glamurosas figuras de Lady Priscilla y Miss Felicity. Revoloteaban alrededor del salón de baile como mariposas de colores brillantes, participando en conversaciones educadas, sus risas tintineando como campanillas.

"Lady Priscilla, Miss Felicity," las saludó Lady Margaret, ofreciendo una respetuosa inclinación de cabeza. "Qué encantador verlas a ambas aquí."

Lady Priscilla respondió con una sonrisa grata. "Y a usted, Lady Margaret. ¡Qué fiesta tan maravillosa están organizando los Hamilton!"

Miss Felicity intervino, sus ojos recorriendo la multitud mientras hablaba, "De hecho. ¿Han visto a las hermanas Whitlock? Siempre parecen causar una gran impresión."

Los labios de Lady Margaret se fruncieron ligeramente, una señal inequívoca de su desaprobación. "No, aún no hemos tenido el placer."

Alexander simplemente sonrió, su mirada fija en la entrada mientras esperaba la llegada de cierta joven poco convencional.

Las grandes puertas de entrada crujieron al abrirse, revelando a la familia Whitlock. Lord Charles, Lady Catherine, Cecily, Margaret y, finalmente, Lady Isabella. La habitación pareció contener la respiración cuando ella entró, como si cada persona presente supiera que algo extraordinario estaba a punto de suceder.

El vestido de Lady Isabella era una visión en esmeralda, reflejando la profundidad verde de sus ojos. Su simplicidad era su elegancia, envolviendo su figura en una suave y fluida tela. Su cabello oscuro caía en ondas sueltas, capturando el resplandor de las arañas en un cálido halo. Era como si la propia naturaleza se hubiera capturado, transformada en una encantadora dama para la velada.

Sus hermanas, Cecily y Margaret, aunque encantadoras a su manera, no podían competir con el atractivo sereno de Isabella. Sus vestidos más convencionales y el cabello peinado con esmero parecían un marcado contraste con la belleza indómita de Isabella.

Susurros se extendían por la habitación como corrientes ocultas, ya que los solteros no podían evitar quedar cautivados por Isabella. Incluso Lady Margaret, con toda su estricta propiedad, no podía negar el encanto que parecía brillar en la joven como un resplandor etéreo.

"Buenas noches, Lady Margaret, Lord Alexander," los saludó Lord Charles, trayendo a Lady Margaret de vuelta al presente. Extendió su mano a Alexander, quien la estrechó firmemente.

"Y finalmente han llegado los Whitlock," dijo Lady Margaret, su tono neutral mientras miraba a Lady Isabella. La mujer era demasiado diferente para su gusto, pero no podía negar la admiración en los ojos de su hijo.

Mientras la familia Whitlock se dirigía hacia los anfitriones, Isabella notó a Edward Hamilton, cuyos ojos ya estaban puestos en ella. Edward era un hombre impresionante, con sus anchos hombros y cabello oscuro que le daban un aire de elegancia despreocupada. Sus ojos eran de un azul frío, en contraste con su cálida sonrisa.

"Lord Charles, Lady Catherine, es un placer verlos," los saludó Lord Hamilton con una amistosa inclinación de cabeza. Lady Hamilton, una mujer menuda con suaves y gráciles rasgos, repitió los saludos de su esposo, sus ojos llenos de calidez.

Amelia Hamilton, resplandeciente en un vestido azul medianoche, dio la bienvenida a las hermanas Whitlock con gracia. "Miss Cecily, Miss Margaret, Lady Isabella, todas están

absolutamente encantadoras," las halagó.

Entonces fue el turno de Edward. Su mirada se posó en Isabella, una sonrisa apreciativa jugando en sus labios. "Lady Isabella, debo decir que esta noche eclipsas a las estrellas," dijo, ofreciéndole su brazo. Isabella respondió con una sonrisa cortés, haciendo una pequeña reverencia en respuesta.

"Gracias, señor Hamilton," dijo. Pero sus ojos habían vagado por la habitación, encontrándose con un par de ojos avellana familiares. Lord Alexander, de pie con su madre a la distancia, la observaba, su expresión inescrutable.

Edward, siempre el encantador, mantuvo la atención de Isabella. "¿Disfrutas de estas reuniones sociales, Lady Isabella?"

Isabella consideró por un momento antes de responder, "En ocasiones, señor Hamilton. Pueden ser bastante... entretenidas." Asintió ligeramente hacia Lady Priscilla y Miss Felicity, que obviamente intentaban atraer la atención de cualquier soltero en las proximidades.

Edward se rió, captando su significado. "Sí, proporcionan cierto entretenimiento, ¿no es así?"

Mientras tanto, Lord Alexander se acercó a Lord Charles y Lady Catherine. "Buenas noches, Lord Charles, Lady Catherine," dijo, ofreciendo una respetuosa reverencia a ambos.

"Ah, Lord Alexander, estamos encantados de verte," respondió calurosamente Lord Charles. "Confío en que tu madre esté bien?"

"De hecho, gracias. Ella está mezclándose con los invitados en este momento, indudablemente esparciendo su encanto," respondió Alexander, con un toque de diversión en sus ojos. Miró de nuevo en dirección a Isabella, notando el interés evidente de Edward Hamilton en ella. Un inesperado sentimiento de celos lo tomó por sorpresa, y rápidamente lo reprimió.

Al otro lado de la habitación, Isabella se excusó de la compañía de Edward para unirse a sus hermanas. Mientras compartían risitas y observaciones sobre el baile, Isabella no pudo evitar que su mirada volviera a posarse en Lord Alexander, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

Cecily, la romántica de las hermanas Whitlock, observó a Isabella con una sonrisa burlona. "Oh, mira a nuestra Bella, soñando con Lord Alexander, sin duda."

Isabella volvió a la atención, sus mejillas enrojeciendo un poco. "¡No es cierto! Y desearía que dejaras de llamarme 'Bella'. Me hace sonar como un personaje de una de tus novelas."

Margaret, la más joven, se rió. "Pero debes admitir, es bastante guapo, ¿no crees?"

Isabella rodó los ojos pero no pudo suprimir su propia sonrisa. "Supongo," admitió, "pero es su mente lo que me interesa, no su rostro guapo. Además, creo que su madre preferiría que mantuviera mi distancia."

Antes de que sus hermanas pudieran responder, fueron interrumpidas por los hermanos Montague. Samuel Montague, un caballero alto y pícaro con una sonrisa traviesa, se dirigió a ellas. "Señoritas, creo que la pista de baile nos llama. ¿Nos harían el honor?" Extendió su mano hacia Margaret.

Albert Montague, igual de encantador que su hermano, pero con un carácter más tímido, miró a Isabella con esperanza en los ojos. Ella se rió suavemente, sorprendiendo a todos al aceptar la mano extendida de Albert. "Me encantaría, señor Montague," dijo, y los cuatro se dirigieron hacia la pista de baile.

Mientras la música llenaba el gran salón de baile, Isabella se dejó llevar por el ritmo de la danza con Albert. Era un buen bailarín, sus pasos ligeros y seguros. Isabella, por supuesto, bailaba con una vitalidad y espíritu que era contagioso.

Albert sonreía mientras giraba a Isabella. "Bailas como si hubieras nacido para ello, Lady Isabella."

Isabella rió. "Una de las pocas cortesías sociales que puedo soportar," admitió, sus ojos brillando con diversión. "Aunque debo decir que también tienes bastante talento para ello, señor Montague."

"Lláname Albert," sugirió, sonrojándose un poco ante el cumplido.

"Está bien, Albert," dijo Isabella, dándole una amable sonrisa. Miró a través de la habitación hacia donde estaban sus hermanas. "Sabes, Albert, creo que te llevarías espléndidamente con mi hermana, Cecily."

"¿De verdad?" El interés de Albert se despertó. Miró hacia la hermana menor de los Whitlock y se sintió encantado por su belleza y aplomo. "¿Podrías presentarnos?"

Isabella sonrió. "Me encantaría. Después de todo, parece una lástima desperdiciar a un buen bailarín."

"Albert, ¿puedo presentarte a mi hermana, Cecily?" Isabella señaló a la hermana menor de los Whitlock, que estaba de pie a un lado, observándolos con los ojos muy abiertos. "Cecily, este es Albert Montague, un bailarín increíblemente talentoso."

Cecily, sonrojándose ante las palabras de su hermana, extendió su mano, y Albert se inclinó sobre ella. "Un placer conocerte, Miss Cecily," dijo sinceramente.

"El placer es mío, señor Montague," respondió Cecily, su voz apenas por encima de un susurro.

Isabella le dio a Albert un gesto de aprobación antes de mirar a su hermana Margaret, que estaba bailando con Samuel. Se encontró sorprendida por la vista; los dos se movían con tal sincronización que parecía como si hubieran bailado juntos muchas veces antes. Margaret, siempre más reservada que su hermana mayor, reía y parecía genuinamente cautivada por Samuel.

Isabella sintió una punzada de satisfacción. Parecía que este baile estaba resultando ser mucho más agradable de lo que había anticipado originalmente. Volvió su mirada a Albert y Cecily, que ahora estaban inmersos en una conversación mientras bailaban. Isabella esperaba que esto fuera el comienzo de algo bueno para sus hermanas.

Los ojos de Lord Alexander estaban enfocados en Isabella cuando notó a Edward Hamilton acercándose a ella. Demasiado rápido, pensó Alexander. Aceleró su paso, con la intención de pedirle a Isabella el próximo baile.

Pero Edward llegó primero, extendiendo una mano enguantada hacia Isabella con una sonrisa cautivadora. "Lady Isabella, ¿me concede este baile?"

Alexander observó desde una corta distancia mientras Isabella miraba a Edward, sus ojos esmeralda brillando a la suave luz de las velas. Le ofreció una sonrisa educada, "Por supuesto, señor Hamilton."

El corazón de Alexander se hundió un poco al verlos dirigirse a la pista de baile. Isabella se movía con gracia en su fluido vestido verde, un cuadro de elegancia y belleza. Edward la guiaba con confianza, sus ojos nunca dejaban su rostro.

Alexander sabía que tenía que esperar su momento, esperando el momento adecuado para acercarse a Isabella, pero verla bailar con otro hombre no era lo que había anticipado para la velada. Sintió una punzada de algo desconocido, ¿era celos? No estaba muy seguro. Todo lo que sabía era que daría cualquier cosa por estar en los zapatos de Edward Hamilton en ese mismo momento.

Edward condujo a Isabella en un vals, las melodiosas notas de la orquesta llenando el gran salón de baile. Su danza era suave, una sincronía perfecta de movimientos.

"Dígame, Lady Isabella," comenzó Edward, su voz resonando con genuina curiosidad, "¿Qué

es lo que encuentra más cautivador del campo?"

Isabella, un poco sorprendida por la directitud de la pregunta, pausó un momento antes de responder. "Supongo que es la libertad, señor Hamilton. La libertad de deambular sin estar restringida por las reglas sociales, de respirar aire fresco y perderse en la belleza de la naturaleza."

"¿Y qué hay de los animales?" preguntó Edward, habiendo oído hablar de la afición de Isabella por ellos. "¿Forman parte de este amor por el campo?"

El rostro de Isabella se iluminó, sus ojos brillando con un cálido fuego mientras hablaba. "De hecho, sí, señor Hamilton. Los animales poseen una especie de honestidad que la mayoría de los humanos carece. No pretenden ni ocultan sus verdaderos sentimientos. Su lealtad, una vez ganada, es inquebrantable."

Edward se encontró sonriendo ante su respuesta apasionada, su amor por el campo y sus criaturas era evidente en sus palabras y en el brillo de sus ojos. Era diferente de las otras damas que había conocido, su sinceridad y pasión la distinguían.

Su conversación continuó, abarcando todos los temas bajo el sol, desde la literatura hasta los últimos chismes. Para Isabella, Edward era encantador y educado, pero había un encanto calculado en él que parecía carecer del calor genuino y el humor que ella encontraba a faltar en sus conversaciones con Lord Alexander. No obstante, bailó y conversó con Edward, ofreciéndole la misma cortesía y respeto que a cualquier caballero.

Mientras tanto, al otro lado de la sala, los ojos de Alexander nunca dejaron a la pareja.

A medida que el vals se transformaba en una melodía más lenta y relajada, Edward aprovechó la oportunidad para desviar el foco de la conversación hacia él mismo.

"Sabes, Lady Isabella, he tenido la fortuna de viajar extensamente a lo largo de los años," comenzó Edward, su mirada un poco distante mientras rememoraba sus viajes. "He visitado París, Roma, incluso hice un viaje a las Indias."

Las cejas de Isabella se alzaron ligeramente. "Eso suena absolutamente fascinante, señor Hamilton. Debe tener una gran cantidad de experiencias para compartir."

Los labios de Edward se curvaron en una sonrisa encantadora. "De hecho, Lady Isabella. El mundo es un lugar tan vasto, lleno de culturas diversas y paisajes exóticos. La arquitectura en Roma es diferente a cualquier cosa que tenemos aquí en Londres, mientras que la comida en París es simplemente para morir."

"¿Y qué hay de las Indias?" preguntó Isabella con curiosidad, su espíritu aventurero intrigado por la mención de un lugar tan lejano.

"Las Indias, ah," Edward rió ligeramente, sus ojos brillando con la emoción de un aventurero. "El clima allí es bastante extremo, y la vida salvaje es diferente a cualquier cosa que haya visto antes. Sin embargo, es la gente y su cultura lo que realmente me cautivó. Viven de manera tan diferente a nosotros, y sin embargo hay un sentido de comunidad y felicidad en su simplicidad."

Isabella escuchó con atención, las historias de los viajes de Edward alimentando su propio anhelo de aventura. Sin embargo, por más que las historias de Edward la fascinaban, no podía evitar desear que fuera Alexander quien las estuviera contando. Había algo en la naturaleza gentil de Alexander, su sutil humor y su bondad arraigada que había tocado su corazón, haciendo que anhelara su compañía por encima de la de cualquier otro.

Mientras tanto, Alexander, aún observando desde el otro lado de la sala, contemplaba cómo podría acercarse a Isabella sin parecer demasiado directo. Notó un ligero cambio en su expresión mientras Edward compartía sus aventuras, un anhelo que él reconoció muy bien.

CAPÍTULO 7

Mientras los acordes finales de la canción elegida por Edward disminuían y los aplausos resonaban en el salón de baile, Lord Alexander vio su oportunidad. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras se abría camino entre la multitud hacia Isabella, cuya belleza radiante destacaba entre la multitud.

"Lady Isabella," dijo, ofreciendo una ligera reverencia al acercarse a ella. Su voz llevaba un tono confiado pero respetuoso, "¿Me haría el honor de compartir el próximo baile conmigo?"

Isabella se volvió hacia él, sus ojos verdes encontrándose con los suyos con una calidez que hizo que su corazón se saltara un latido. Edward Hamilton, aún sosteniendo su mano, la soltó y les dio una inclinación de cabeza antes de retirarse, luciendo ligeramente contrariado pero enmascándolo bien con una sonrisa educada.

Isabella miró a Alexander, con un brillo juguetón en sus ojos. "Bueno, Lord Alexander, estaría encantada," respondió, extendiendo su mano hacia él.

Él tomó su mano en la suya, sus dedos entrelazándose naturalmente. Un suave rubor tiñó las mejillas de Isabella, causando que el corazón de Alexander se agitara.

A medida que los conocidos acordes de un vals llenaban la sala, Lord Alexander condujo a Isabella a la pista de baile, sus cuerpos acercándose en una proximidad respetuosa pero tentadora. Su mano derecha encontró la pequeña de su espalda, su izquierda sosteniendo su mano, y sus ojos se fijaron en una mirada cargada de energía.

La multitud se apartó para ellos, creando un camino abierto que solo realzó el punto focal en el que se habían convertido. Un murmullo de susurros, inaudibles pero potentes, se extendió por el salón de baile mientras los espectadores admiraban a la pareja.

El flujo del vals los guió sin esfuerzo por la pista de baile, sus movimientos convirtiéndose en un deslumbrante espectáculo de gracia y elegancia. El intenso enfoque entre ellos parecía silenciar el resto de la sala, la multitud de conversaciones, el tintineo de copas, incluso la música de la orquesta parecían ecos distantes.

El corazón de Alexander latía al ritmo del vals, su atención centrada únicamente en Isabella. Cada giro, cada paso que daban estaba lleno de una energía inexplicable que lo atraía aún más, sus ojos nunca dejando los de ella.

"¿Disfrutando del baile, Lady Isabella?" preguntó, su voz apenas por encima de un susurro mientras continuaban su baile, los ojos de la sociedad londinense observándolos, pero todo lo que él podía ver era a ella.

"Sí, Lord Alexander," respondió Isabella, un rubor subiendo a sus mejillas, su voz llena de sinceridad.

"¿Puedo ser tan audaz como para preguntarle sobre sus aspiraciones, Lady Isabella?" inquirió Lord Alexander suavemente, su mirada firme en la de ella, reflejando un interés sincero.

Isabella lo miró, un poco sorprendida. Esto no era la típica charla de salón de baile, pero

entonces, ella no era una dama típica. Después de un momento de vacilación, decidió responder honestamente, "Supongo que no hará daño compartirlo. Siempre he soñado con tener un santuario para animales enfermos. Un lugar donde puedan ser tratados y vivir cómodamente."

Las comisuras de la boca de Alexander se levantaron en una cálida sonrisa, y sus ojos brillaron con un nuevo respeto. "Ese es un sueño muy admirable, Lady Isabella," dijo sinceramente. "¿Un santuario, dice? Su bondad no tiene límites."

Las mejillas de Isabella se calentaron, pero desestimó el cumplido con un rodar de ojos juguetón. "Bondad o locura. El jurado aún está deliberando sobre eso," respondió, su tono ligero desmintiendo la seriedad de sus palabras.

Por primera vez en muchos eventos sociales, Alexander se encontró riendo genuinamente, su corazón calentado por la naturaleza humilde de ella y sus grandes sueños. La música terminó, y fueron sacados de su burbuja por los aplausos a su alrededor.

Él sostuvo su mano por un momento más antes de soltarla, el eco de su baile permaneciendo entre ellos. "Creo, Lady Isabella," dijo, mirándola a los ojos, "que no solo es un soplo de aire fresco, sino una ráfaga de viento, cambiando el paisaje donde pasa. Y el paisaje de mis pensamientos, si me permite decirlo."

"Bueno, Lord Alexander, los poetas tienen una reputación de exagerar," replicó Lady Isabella, su sonrisa sin desvanecerse mientras retiraba suavemente su mano, "y las tormentas, como sabemos, se disfrutan mejor desde una distancia segura."

Alexander se rió, su interés aumentando aún más por su ingenio rápido y su comportamiento esquivo. "De hecho, Lady Isabella, tiene toda la razón," concedió, "pero a veces, el atractivo de la tormenta es demasiado tentador para resistir."

"Oh, los hombres y su inclinación por el peligro," bromeó ella, sus ojos brillando con travesura. "Bueno, no encontrará eso aquí, Lord Alexander. Soy del tipo bastante inofensivo."

Alexander levantó una ceja, su sonrisa volviéndose más pronunciada. "Ahora, ¿quién es la poeta que se entrega a la exageración?" replicó juguetonamente.

La risa de Isabella llenó el aire, un sonido que Alexander encontró de lo más encantador. Hizo una reverencia, agradeciéndole por el baile antes de retirarse. Alexander la observó alejarse, una sonrisa intrigada aún jugando en sus labios. Estaba más que seguro; Lady Isabella era una tormenta en la que caminaría gustosamente.

Lady Margaret apareció al lado de Alexander, con un delicado ceño fruncido en su rostro. "Alexander, querido," comenzó, observando a su hijo con el escrutinio practicado que solo una madre podría manejar. "Has estado prestando una notable cantidad de atención a Lady Isabella. ¿No crees que sería prudente entretener a las otras jóvenes?"

Alexander desvió su mirada de Isabella hacia su madre. "Quizás, madre," respondió, "pero encuentro a Lady Isabella bastante... cautivadora."

Lady Margaret suspiró, un pliegue preocupado formándose entre sus cejas. "Es una joven encantadora, sin duda," concedió, "pero Alexander, es poco convencional, un poco demasiado rebelde para nuestro gusto."

Los labios de Alexander se curvaron en una sonrisa comprensiva. "Y eso, madre, es lo que la hace intrigante. Es refrescante, ¿no crees?"

"Quizás," dijo Lady Margaret, aunque su tono sugería lo contrario. "Pero el lugar de una mujer no es solo entretener, sino manejar un hogar, tener hijos y, lo más importante, ser... apropiada."

"Pero, madre, ser apropiada puede ser terriblemente aburrido," replicó Alexander, un brillo de picardía en sus ojos. "Además, sospecho que Lady Isabella es más capaz de dirigir un hogar que

la mayoría de las mujeres aquí. No tiene miedo de ensuciarse las manos, y eso, en mi opinión, es bastante... apropiado."

Negando con la cabeza, Lady Margaret miró a su hijo con una mirada de admiración reticente. "Tu padre era igual de terco, sabes," le dijo, dándole una palmadita en el brazo. "Bueno, si debes, al menos promete bailar con algunas de las otras damas. Por el bien de las apariencias, si no por otra cosa."

Alexander se rió, inclinando la cabeza en un asentimiento. "Por ti, madre, lo haré."

Lady Margaret se movió con gracia por la pista de baile, acercándose a Isabella, que estaba tomando un momento para descansar. Sus ojos recorrieron el vestido verde de Isabella, el brillo a juego en sus ojos, su cabello suelto... una imagen encantadora pero poco convencional. La comisura de su boca se levantó apenas perceptiblemente mientras comenzaba a hablar.

"Lady Isabella, debo decir que luce encantadora esta noche," dijo, su voz más suave de lo que normalmente era. "Este color le sienta bien y su vestido es simplemente exquisito."

Isabella, sorprendida por el cumplido, hizo una pequeña reverencia a Lady Margaret. "Gracias, Lady Margaret. Usted también luce bastante radiante."

La mujer mayor rió suavemente. "Gracias, querida. Pero no es mi apariencia lo que importa esta noche. Mire a su alrededor, los hombres no pueden quitarle los ojos de encima."

Isabella se sonrojó, pero su respuesta fue rápida y sincera. "No estoy aquí por los hombres, Lady Margaret. Estoy aquí porque disfruto de estas ocasiones... aunque debo admitir, prefiero mi atuendo habitual."

"Oh, eso está claro para cualquiera que te conozca, querida," respondió Lady Margaret. Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Pero puedo decir, es agradable verte así. Más... tradicional. Sería encantador verte vestida y comportándote de esta manera más a menudo."

"Ah, Lady Margaret," comenzó Isabella, su sonrisa encantadora pero pícara, "aunque entiendo el atractivo del encaje y la seda, de la elegancia y la grandeza, debo admitir que no encuentro la misma alegría en ello como la mayoría de las damas."

La ceja de la mujer mayor se arqueó en una pregunta silenciosa, y Isabella continuó, su voz calmada y clara.

"Verá, estoy aquí esta noche, vestida como estoy, no por mi propia voluntad, sino por deber hacia mis queridos padres. Soy su hija, y entiendo la importancia de las apariencias en nuestra sociedad," Isabella miró su vestido esmeralda antes de encontrarse con los ojos de Lady Margaret nuevamente, "Sin embargo, mi verdadera comodidad se encuentra en los vastos campos y en la tranquilidad de la naturaleza."

Los labios de Lady Margaret se fruncieron en desaprobación, pero antes de que pudiera expresar sus pensamientos, Isabella continuó, sus ojos esmeralda brillando con una mezcla de desafío y sinceridad.

"Anhelo la compañía de los animales, los susurros del viento y la serenidad de la soledad. Un salón de baile difícilmente puede compararse con la emoción de cabalgar por praderas abiertas o la satisfacción de atender a una criatura herida."

Hubo un silencio mientras Lady Margaret asimilaba sus palabras. "Es tu vida, Lady Isabella," respondió finalmente, su voz llevando un matiz de reticencia. "Sin embargo, hay un equilibrio que se debe alcanzar entre las expectativas de la sociedad y nuestras pasiones personales. Espero que lo encuentres."

Isabella asintió en señal de comprensión, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. "Aprecio su consejo, Lady Margaret. Y créame, estoy intentándolo."

Con una respetuosa inclinación, Isabella se despidió, sus pensamientos una vez más vagando hacia los campos abiertos y la libertad que prometían. Mientras se mezclaba con los demás invitados, no podía evitar sentir un sentido de alivio. Sí, era diferente, pero era indudablemente ella misma. Y por ahora, eso era suficiente. ...

Escapando del torbellino de bailarines y la cascada de charlas, Lady Isabella se deslizó fuera del animado salón de baile, su vestido esmeralda ondeando suavemente detrás de ella. Navegó por los grandes pasillos de la finca de los Hamilton, los ecos de la música y la risa dando paso gradualmente a la tranquilidad que anhelaba.

Cuando finalmente salió, el aire fresco de la noche la envolvió como un amigo acogedor. Los jardines meticulosamente diseñados estaban bañados por la luz de la luna, sombras danzando sobre la sinfonía de colores. Inhalando profundamente, Isabella dio la bienvenida al refrescante aroma de las flores en flor y el césped cubierto de rocío, un marcado contraste con los pesados perfumes que flotaban en el aire interior.

Caminó más hacia el jardín, admirando los tonos radiantes de las flores exóticas que llenaban el área, su brillo acentuado por la suave luz de la luna. Los susurros del viento jugaban en su cabello y hacían crujir las hojas de los árboles, creando una melodía tranquilizadora que calmaba el caos en su mente.

A medida que paseaba, podía oír el murmullo distante del agua. Unos momentos después, se encontró al borde de la propiedad de los Hamilton, donde una pintoresca cascada caía en un pequeño estanque sereno. La vista era impresionante, la cascada de agua brillando bajo la luz de la luna, mientras su melodía orquestaba una sensación de serenidad que ahogaba los ruidos del bullicioso baile.

Isabella se sentó en un banco cercano, permitiendo que la tranquilidad del momento la inundara. El suave susurro de su vestido contra la piedra, el fresco toque de la brisa en su piel, la risa distante de la casa, todo ello le otorgaba una especie de magia a la noche, una magia que era esencialmente suya.

Esto, se dio cuenta, era su santuario en medio de las presiones y expectativas sociales: su pequeño refugio en un mundo que de otro modo estaba gobernado por reglas y decoro. Y por ahora, era solo ella y el reconfortante silencio de la noche, un silencio solo roto por la sinfonía armoniosa de la naturaleza.

Los ojos de Isabella se dirigieron a la tranquila extensión del estanque, donde un par de cisnes se deslizaban sin esfuerzo por la superficie cristalina. Sus plumas, brillando bajo el toque de la luz de la luna, parecían casi iridiscentes. La elegancia con la que se movían era cautivadora, una hermosa danza coreografiada por la propia naturaleza.

Su unión era un espectáculo para contemplar, un testimonio de su fidelidad, ya que se sabía que los cisnes elegían una pareja para toda la vida. Isabella se encontró reflexionando sobre su compañía, su amor apareciendo mucho menos complicado que los juegos de cortejo en los que se esperaba que ella participara.

Observó cómo un cisne extendía sus alas, el gesto lleno de gracia y majestuosidad, mientras su pareja nadaba en círculos suaves a su alrededor. Se movían en perfecta armonía, sus acciones aparentemente reflejándose entre sí, reflejando un vínculo que era profundo e inexpresado.

Isabella no pudo evitar trazar un paralelo entre los cisnes y las parejas dentro del gran salón de baile. Pero mientras la danza de los últimos estaba dictada por constructos sociales y expectativas, los cisnes bailaban al ritmo de sus propios corazones. Una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. "Los cisnes lo tienen claro," murmuró para sí misma, una suave risa escapando de ella mientras continuaba observándolos, completamente cautivada.

La vista de los cisnes, la suave melodía de la cascada y la tierna luz de la luna tejieron una especie de encantamiento a su alrededor. En ese momento, sintió una profunda sensación de paz, un contraste con el pandemonio del baile. Eran momentos como estos, se dio cuenta, los que realmente la hacían sentir viva. Y eran momentos como estos los que más apreciaba.

CAPÍTULO 8

Isabella estaba tan absorta en la belleza etérea del paisaje que casi no notó el suave murmullo de voces que se acercaban. Estaban susurrando, los tonos graves cargados de una seriedad que despertó su curiosidad. Escondiéndose detrás de un alto arbusto de lilas, aguzó el oído para entender las palabras.

"Isabella no es una pareja adecuada para ti, Alexander," la voz de Lady Margaret era firme, con un tono de finalización.

"Pero madre..." Lord Alexander comenzó a protestar. Isabella podía escuchar el matiz de frustración en su voz.

"No, Alexander," Lady Margaret interrumpió, su tono bordeando lo severo. "No lo permitiré. Es obstinada y poco convencional. Le falta la compostura adecuada de una dama, corriendo por los campos, tratando a los animales. No es apta para ser una marquesa, no es apta para ser tu esposa."

Isabella sintió un repentino dolor en el pecho por las duras palabras de Lady Margaret. Sentía una extraña mezcla de emociones, una mezcla de decepción, ira y un amargo sabor a rechazo. Nunca había buscado la aprobación de Lady Margaret, pero escuchar la desaprobación tan claramente... Dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Desde su escondite detrás del arbusto de lilas, Isabella escuchó, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. La voz de Lord Alexander resonó, fuerte y firme.

"Tienes razón, madre. Isabella es... poco convencional."

Esas palabras la golpearon como un golpe físico. No esperó a escuchar el resto. Todas las otras palabras, todos los cumplidos que Alexander le había dado durante su baile, parecían disolverse en la nada. ¿Cómo podía estar de acuerdo con el juicio de su madre tan rápidamente, cuando hace solo unos momentos parecía tan cautivado por ella? ¿Era él también, como los demás, doblegándose a las expectativas de la sociedad?

Isabella sintió una repentina oleada de decepción. Se alejó en silencio de su escondite, de regreso hacia el ruido y las luces del salón de baile de los Hamilton, la tranquila noche a la luz de la luna ahora aparentemente teñida con el dolor de esas palabras.

Pero se había perdido el resto de la frase de Alexander, la parte donde defendía su singularidad, su espíritu. La parte donde expresaba su admiración por la mujer que ella realmente era. Isabella regresó al baile con el corazón pesado y la confianza sacudida, sin ser consciente de las palabras de aprecio que resonaban en el jardín mucho después de que se había ido.

Isabella regresó a los vibrantes festejos, compuso su rostro en una máscara encantadora y se preparó para el resto de la noche. Vio a Edward Hamilton y decidió que no había mejor momento que el presente para pedir un baile.

Mientras giraban al alegre ritmo de un animado vals, Isabella era la imagen misma del disfrute, riendo de los chistes de Edward y concentrándose en el ritmo de la danza, cuidando de mantener

su mente lejos de la dolorosa conversación que había escuchado.

Lord Alexander, todavía perturbado por su diálogo anterior con su madre, volvió al salón de baile solo para encontrar a la mujer de sus afectos bailando con Edward Hamilton. La vista fue como un golpe en el estómago, encendiendo una chispa de celos que no creía capaz de sentir. Desde el lado de la pista de baile, observó, con un ceño fruncido profundamente grabado en su apuesto rostro, mientras Isabella, radiante bajo el brillo del candelabro, reía por algo que Edward decía. Su corazón martillaba en su pecho. ¿Se había movido tan fácilmente o estaba tratando de provocarlo intencionalmente? Ambas nociones eran igualmente insoportables. Justo cuando la alegre melodía llegaba a su fin, Edward, pareciendo percibir la preocupación de Isabella, le apretó ligeramente la mano y le dirigió una sonrisa alentadora.

Antes de que pudiera decidir su próximo paso, una voz profunda y familiar cortó sus pensamientos.

"¿Me concede el honor del próximo baile, Lady Isabella?" Lord Alexander estaba de pie a su lado, sus ojos buscando los suyos.

Isabella miró de Alexander a Edward, quien asintió con aliento. Inhaló profundamente, la determinación con la que se había armado antes volvió con fuerza. La chispa en sus ojos regresó y, con una sonrisa casi traviesa, respondió, "Lord Hamilton ha tenido la amabilidad de prometerme el próximo baile."

La mirada de Alexander se desplazó entre la pareja, un atisbo de incredulidad en su mirada. Hizo una reverencia, con una tensión acechando bajo la sonrisa cordial que ofreció, "Por supuesto, sería un placer, Lady Isabella."

Edward, siempre caballeroso, sonrió y ofreció nuevamente su mano a Isabella mientras los primeros acordes de una melodía animada llenaban la sala. Isabella la tomó con una chispa de desafío en sus ojos, consciente del silencio atónito que Alexander dejó a su paso.

Mientras continuaban bailando, Isabella vio a Lord Alexander. Los celos que percibía en sus ojos trajeron una mezcla de satisfacción y una pizca de arrepentimiento. Pero por ahora, disfrutaría del baile y el encanto de la compañía de Edward.

Bajo los candelabros brillantes y en medio de las sedas ondulantes, Lord Alexander Montgomery, tercer conde de Ashford, estaba inmóvil. Una vista poco común, ciertamente, ya que el conde era conocido por su carácter amable y rara vez se le veía sin una sonrisa acogedora. Pero la vista ante él había borrado todo rastro de su encanto habitual.

Isabella. La encantadora, exasperante, fascinante Lady Isabella Whitlock. Estaba riendo, con la cabeza echada hacia atrás mientras Edward Hamilton le susurraba algo al oído. Su mano estaba firmemente colocada en su cintura, acercándola mientras giraban por la pista de baile, sus cuerpos balanceándose al ritmo de la música.

Alexander apretó los puños, su mandíbula tensa mientras los observaba. El suave resplandor de los candelabros iluminaba el rostro sonriente de Isabella, creando un halo etéreo a su alrededor. Nunca la había visto más hermosa, y la visión de ella en los brazos de otro hombre fue como un golpe físico.

Su mirada se estrechó en la mano de Edward. Había algo de propiedad en su sujeción, algo que no tenía lugar ahí. La osadía del hombre, pensando que podía simplemente entrar y reclamar a Isabella.

Un sentido de posesividad surgió en él, sorprendiéndolo por su intensidad. La visión del rostro resplandeciente de Isabella, sus ojos centelleantes y el sonido de su risa resonando en sus oídos estaban todos grabados en su mente. Era un recuerdo que quería reclamar como propio, no de Edward. Quería ser él quien la sostuviera tan cerca, quien la hiciera reír.

Fue una oleada de celos inesperada e irracional lo que lo mantuvo enraizado en el lugar. Era una vista enloquecedora, una vista que lo hizo enfrentar sentimientos que había enterrado cuidadosamente. Y Alexander, con una determinación tan feroz como la de Isabella, decidió que no se quedaría de brazos cruzados mirando. No mientras Isabella era llevada por otro hombre.

La melodía comenzó a llegar a su fin, los últimos acordes de la música desvaneciéndose en la animada charla del salón de baile. El baile de Isabella con Edward Hamilton había sido agradable, su encantador discurso había traído una sonrisa genuina a su rostro. Lord Alexander se dirigió hacia ellos, una determinación inconfundible en sus ojos. Isabella se preparó, la risa jovial muriendo en su garganta mientras observaba al hombre que había escuchado menospreciarla más temprano en la noche.

Antes de que Edward pudiera extender su mano para otro baile, Alexander interrumpió, su tono no admitiendo discusión. "Lady Isabella, ¿me concede el honor del próximo baile?" Su primer instinto fue negarse, herirlo como él la había herido sin saberlo. Pero se dio cuenta del espectáculo que causaría y los chismes que surgirían, y en su lugar, asintió, colocando su mano en la de Alexander con una fría cortesía.

La llevó a la pista de baile, su agarre firme y dominante, un marcado contraste con el toque ligero y respetuoso de Edward. Sintió el calor de su palma a través de su guante y levantó la barbilla con desafío, encontrando su mirada oscura con una fría propia.

"Su agarre es bastante firme, Lord Alexander," señaló Isabella con tono despreocupado.

Él la miró, con una ligera arruga en el ceño. "¿Lo es?"

"Sí, claro. Uno podría pensar que está preocupado de que pueda escaparme con el señor Hamilton."

Sus ojos se entrecerraron ante sus palabras, y por un momento, pensó que lo negaría. Pero en lugar de eso, la sorprendió, sus labios curvándose en una lenta y peligrosa sonrisa. "¿Y lo harías?" preguntó, su voz era un mero susurro contra la sinfonía de sonidos a su alrededor. "¿Escaparte con él?"

Fingiendo sorpresa, replicó, "Oh, Lord Alexander, no lo tomaba por el tipo celoso."

Su agarre sobre ella no titubeó mientras respondía, una oscura intensidad en su mirada. "No lo soy."

"Claro," repitió ella, la tensión entre ellos vibrando como una cuerda pulsada. "Solo es un baile."

"Pero no es solo un baile, ¿verdad, Isabella?" La voz de Alexander era baja, sus palabras un desafío, sus ojos desafiándola a negarlo.

Su baile continuó bajo los candelabros de cristal, cada compás trayendo un nuevo giro a su conversación. Alexander miró a Isabella, la intensidad de su mirada sin flaquear ni un momento. "Sabes," comenzó, su tono casual, como si estuvieran discutiendo el clima, "creo que deberías reservar todos tus bailes para mí."

Isabella rió, un sonido musical que captó la atención de algunas parejas cercanas. "Oh, Lord Alexander," dijo, su voz ligera y burlona, "¿está sugiriendo que monopolice su tiempo tan completamente?"

"De hecho, lo estoy."

Ella lo miró, sus ojos brillantes llenos de diversión. "¿Y por qué querría hacer eso? Cuando hay tantos otros caballeros elegibles presentes."

"Porque," respondió él, su agarre en su mano apretándose, "no hay otro caballero aquí que desee tu compañía más que yo."

Isabella arqueó una ceja ante su audaz afirmación. Ella respondió con una sonrisa coqueta,

"Bueno, Lord Alexander, tal vez debería considerar darles a otras damas la oportunidad de bailar con usted. Seguramente, hay muchas aquí que cumplirían con la aprobación de su madre."

Ante sus palabras, un destello de molestia cruzó su rostro. "Isabella..."

"No, de verdad," interrumpió ella, su sonrisa volviéndose traviesa. "Está Lady Priscilla y la señorita Felicity. Ambas son impecablemente apropiadas, mucho más adecuadas para los estándares de su madre."

El tono sarcástico en su voz no pasó desapercibido. Alexander la miró, sus ojos estrechándose ligeramente. "Isabella, mis bailes son asunto mío, y elijo bailar contigo."

La música continuaba, su melodía llenando el salón de baile, acompañando sus pasos y su conversación.

Lord Alexander sintió su mano descansando suavemente sobre su hombro, su toque como una chispa encendiendo el aire entre ellos. La miró, buscando su mirada. "No eres como ninguna otra dama que haya conocido, Isabella," confesó, su voz apenas por encima de un susurro.

"Soy bien consciente, Lord Alexander," respondió ella, su voz firme y su mirada inquebrantable. "No tengo interés en actuar como una muñeca de porcelana, sentada bonita en los salones y chismorreando sobre las últimas modas. Ni tengo la intención de ser el adorno de ningún hombre, solo una pieza de exhibición para ser mostrada y admirada."

Isabella hizo una pausa, tomando una respiración profunda. Luego, se volvió hacia él con una expresión resuelta. "Y ciertamente no tengo interés en los hombres que esperan tal comportamiento de las mujeres."

Lord Alexander, sorprendido, abrió la boca para responder. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, las últimas notas de la melodía resonaron en la sala y su baile terminó.

La sala estalló en aplausos e Isabella le dio una cortés inclinación de cabeza antes de alejarse, dejando a Alexander solo en medio de la pista de baile, con una expresión de asombro en su rostro. Mientras observaba su forma que se alejaba, no pudo evitar repetir sus palabras en su mente.

CAPÍTULO 9

Mientras Lady Isabella salía furiosa por las grandes puertas dobles del salón de baile, su vestido verde esmeralda ondeando detrás de ella, Lord Alexander solo pudo seguirla, cautivado. Había visto esa chispa en sus ojos, el fuego que marcaba su desafío y pasión. Le intrigaba, atrayéndolo y emocionándolo a partes iguales.

La noche era fresca, las estrellas derramaban su luz plateada sobre la vasta finca de los Hamilton. Isabella había desaparecido en los jardines extensos, su espíritu ardiente y voluntad obstinada la llevaban adelante. Ajena a su entorno, continuaba caminando, su mente llena de pensamientos sobre las condescendientes palabras de Alexander.

Lord Alexander la siguió, manteniendo cautelosamente su distancia, pero sin dejarla fuera de su vista. El jardín de la finca de los Hamilton era vasto y desorientador, lleno de un laberinto de setos y árboles ornamentales. Sin darse cuenta, Isabella se había adentrado en el laberinto del jardín, sus tacones hundiéndose en la suave y húmeda hierba con cada paso furioso.

"¡Perfecto!" murmuró Isabella entre dientes cuando finalmente notó su entorno. Miró hacia atrás por donde había venido, pero era difícil distinguir el camino correcto a la luz de la luna. Suspirando frustrada, comenzó a navegar por los caminos retorcidos y sinuosos del laberinto.

Desconocida para ella, Lord Alexander observaba desde la entrada del laberinto, sus cejas fruncidas con preocupación. Ya no estaba seguro de si debía seguirla o darle el espacio que parecía desear. Pero al ver su figura desaparecer en el laberinto, decidió que no podía simplemente quedarse quieto. Tomando una respiración profunda, se adentró en el laberinto.

El laberinto, un monumento retorcido y enmarañado al exceso aristocrático, parecía reflejar la tempestad de emociones de Lady Isabella. Isabella se desplomó en un talud cubierto de hierba, sus ojos llenos de frustración e irritación. Las esquinas del laberinto parecían fundirse unas con otras, y cuanto más intentaba recordar sus pasos, más perdida se sentía. Un suspiro escapó de sus labios. Estaba verdaderamente y completamente perdida.

De repente, escuchó el crujido de la grava y miró hacia arriba para ver a Lord Alexander, alto y orgulloso en su abrigo a medida. Su cabello oscuro estaba ligeramente despeinado por la persecución, y la mirada en sus ojos era de preocupación... y algo más. Algo que hizo que su estómago revoloteara a pesar de sí misma.

"Permíteme," Lord Alexander extendió su mano, sus labios torciéndose en una casi sonrisa. Era una mirada que pretendía ser reconfortante, pero para Isabella, era irritantemente presuntuosa.

"Puedo manejar sola, gracias," replicó Isabella, sus ojos brillando desafiante. Cruzó los brazos sobre su pecho, su barbilla levantada en desafío.

Alexander pareció momentáneamente desconcertado, pero rápidamente enmascaró su sorpresa con una suave risa. "Como deseas, Lady Isabella," dijo, su voz baja y medida. Sin embargo, en lugar de retroceder, se sentó en la hierba junto a ella, su mirada fija en el cielo.

estrellado sobre ellos.

"Nunca te tomé por alguien que disfrutara de los laberintos, Isabella," dijo después de un momento, su voz burlona. Pero cuando se volvió para mirarla, sus ojos tenían una calidez que hizo que el corazón de Isabella revoloteara. No se estaba riendo de ella; más bien, parecía compartir su frustración, reconociéndola sin palabras. Y por primera vez en la noche, Isabella no se sintió totalmente opuesta a su compañía.

Mientras Alexander se acomodaba en la hierba junto a ella, Isabella le lanzó una mirada inquisitiva.

"Lord Alexander, ¿ha olvidado sus modales?" comenzó, su tono lleno de fingida sorpresa. "¿O no cree que es bastante impropio para una dama y un caballero estar solos en un laberinto a la luz de la luna? Escandaloso, incluso."

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Alexander mientras se volvía hacia ella, sus ojos brillando con travesura. "Oh, Lady Isabella," dijo con lentitud, "no tenía idea de que te escandalizaras tan fácilmente. ¿Debo disculparme?"

Los ojos de Isabella brillaron con humor. "¿Una disculpa? ¿De usted? No, no estoy segura de poder soportar la conmoción. En cambio, tal vez debería simplemente escoltarme de regreso al baile. Eso es lo correcto, ¿no es así?" desafió.

"Oh, ya veo cómo es," se rió Alexander. "Quieres al 'apropiado' Lord Alexander ahora. Un momento, me estás regañando por estar de acuerdo con las sensibilidades apropiadas de mi madre, al siguiente, me lo exiges. Vaya paradoja, Lady Isabella."

"Quizás," concedió ella, "pero entonces, nunca he afirmado ser otra cosa que paradójica."

Lord Alexander observó pensativo a Isabella mientras ella cruzaba los brazos obstinadamente sobre su pecho, su barbilla desafiante.

"¿Realmente sería tan terrible, Lady Isabella?" preguntó, una pizca de risa jugando en sus ojos. "¿Bailar conmigo hasta que la luna se haya puesto y las estrellas sean los únicos testigos?"

Se encontró con un obstinado movimiento de cabeza. "Preferiría sentarme aquí hasta que las estrellas se aburran y decidan descender a la tierra," replicó, su mirada fija obstinadamente en el camino que se extendía ante ellos.

Alexander se rió de eso, el sonido resonando en las paredes del laberinto y resonando en el fresco aire nocturno. "Una respuesta justa," concedió. "Debes saber, sin embargo, que encuentro tu obstinación... bastante entrañable."

Su declaración tomó a Isabella por sorpresa, y se encontró mirando hacia él. Su rostro estaba bañado por la luz de la luna, la sonrisa burlona en sus labios haciéndolo parecer más joven y despreocupado de lo que ella jamás lo había visto.

Pero entonces recordó cómo se había referido a ella como 'poco convencional' mientras hablaba con su madre, y un sabor amargo llenó su boca. Alexander podría encontrarla diferente e intrigante ahora, pero había demostrado que también le importaba la opinión de la sociedad. Isabella se sacudió el breve momento de vulnerabilidad y se recordó a sí misma que nunca podrían ser una buena pareja.

"Bueno," dijo, poniéndose de pie y ofreciéndole una mano para ayudarlo a levantarse, "será mejor que te acostumbres, Lord Alexander. Mi obstinación no va a desaparecer."

La mano de Alexander salió disparada y se curvó alrededor de su muñeca antes de que pudiera reaccionar, su agarre firme pero no brusco. Antes de que pudiera registrar lo que estaba sucediendo, la estaba tirando de nuevo hacia abajo para que se sentara a su lado, su otra mano sosteniendo su mejilla.

"¿Qué estás-" Las palabras de Isabella fueron tragadas por el repentino embate de los labios

de Alexander sobre los suyos. Fue su primer beso, y nada podría haberla preparado para la sensación.

Alexander la besó profundamente, sus labios moviéndose contra los suyos con una fervor que era sorprendente, inesperado, y a la vez muy estimulante. Era como si vertiera todos sus sentimientos no expresados en ese único abrazo, capturando su respuesta antes de que pudiera siquiera pensar en darla.

Isabella, tomada por sorpresa, cerró los ojos instintivamente, dejando que el mundo se desvaneciera. Su mano encontró el camino hasta su pecho, sus dedos rozando la fina tela de su abrigo, sintiendo el ritmo constante de su corazón bajo su toque.

Este era su primer beso, y nunca había esperado que fuera así: feroz pero tierno, apasionado pero controlado. Una pequeña voz en su mente gritó en protesta, recordándole el aparente acuerdo de Alexander con su madre. Pero esa voz fue rápidamente ahogada por el abrumador torrente de emociones que la consumieron.

Isabella se perdió en el beso, en la pura intensidad del momento. Estaban en su propia burbuja, aislados del gran baile y del resto del mundo. Este era un lado de Alexander que no había visto, un lado que contradecía todo lo que pensaba saber sobre él. Y a medida que el beso se profundizaba, Isabella se encontró no solo entrelazada en los brazos de Alexander, sino también en el enigma que era Lord Alexander.

El hechizo se rompió cuando Isabella de repente se apartó, dejando escapar un suave jadeo. Alexander abrió los ojos para encontrarla mirándolo, esos orbes verdes brillantes reflejaban un torbellino de emociones. "Lord Alexander," comenzó, su voz apenas un susurro, "Esto... Esto no está bien."

Él comenzó a protestar, pero ella levantó la mano para silenciarlo. "Tu madre... Lady Margaret espera que te cases con alguien recatada, adecuada... alguien convencional. Yo no soy esa mujer, Alexander. Nunca podré ser esa mujer."

Las palabras colgaron pesadamente en el silencio entre ellos. Alexander se quedó sin palabras. Su corazón se apretó al ver a Isabella alejarse de él, poniendo una distancia intencional entre ellos. Sus propias emociones reflejaban las de ella: confusión, frustración, un deseo innegable y una abrumadora sensación de pérdida.

"Acompáñame de regreso al baile, por favor." Su solicitud, simple y directa, cayó en los oídos de Alexander como un veredicto frío. No había lugar para la negociación, ni espacio para el argumento.

Sin decir palabra, ofreció su brazo, e Isabella lo tomó. Su toque, una vez cálido y acogedor, ahora se sentía frío, distante. Caminaron de regreso hacia la finca de los Hamilton, el laberinto que antes era encantador ahora parecía sombrío bajo el cielo iluminado por la luna. Las risas y la música del baile parecían extrañamente desconectadas de la silenciosa batalla que se libraba entre ellos.

Al acercarse al gran salón, Isabella retiró su mano del brazo de Alexander, dejando escapar un suave suspiro. "Gracias, Lord Alexander," dijo, su tono formal, desprovisto de cualquier calidez que habían compartido momentos antes. Y con eso, se alejó, desapareciendo entre la multitud, dejando a Alexander solo con sus tumultuosos pensamientos.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho y la mente dando vueltas, Isabella encontró a sus padres entre la multitud. Esbozó una sonrisa educada que no llegó a sus ojos. "Papá, Mamá," comenzó, su voz tensa, "Creo que es hora de irnos a casa."

Lord Charles le dio una mirada preocupada, pero rápidamente se transformó en un gesto de comprensión. Siempre había sido perceptivo a los sentimientos de sus hijas, y aunque no conocía

la causa exacta, podía notar que algo andaba mal.

"Por supuesto, querida," intervino Lady Catherine, sus instintos maternos captando la inquietud de Isabella. "Te ves un poco pálida. Nos marcharemos."

Encontraron a Cecily y Margaret, quienes se sorprendieron igualmente al ver que su hermana deseaba partir temprano. Sin embargo, asintieron y siguieron el ejemplo de sus padres.

Después de despedirse de los Hamilton y agradecerles profusamente por la encantadora velada, los Whitlock se dirigieron a su carruaje. La atmósfera jovial del baile parecía un mundo lejano mientras subían al carruaje. La finca de los Hamilton, bañada en el suave resplandor de innumerables linternas, se desvaneció lentamente en el fondo mientras emprendían su viaje de regreso a casa.

Dentro del carruaje, Isabella se recostó en el asiento acolchado, su mente aún reproduciendo los eventos de la noche. La sensación de los labios de Alexander sobre los suyos, la chispa que se encendió entre ellos, las palabras que se intercambiaron... y la amarga decepción que siguió. Cerró los ojos, dejando que la realidad lentamente se hundiera.

Después de un viaje tranquilo a casa, cada miembro de la familia Whitlock se retiró a sus respectivas habitaciones, los ecos vivaces del baile parecían un recuerdo distante. La casa se sumió en un silencio reconfortante, interrumpido solo por el ocasional ulular de un búho o el susurro de las hojas.

En su habitación, Isabella deshizo su peinado, dejando que los largos rizos castaños cayeran sobre sus hombros. Se cambió de su hermoso vestido verde, doblándolo cuidadosamente y dejándolo a un lado. Luego, con su suave y cálida bata de noche, se sentó en el asiento junto a la ventana, mirando hacia el jardín oscurecido. La luna, una media luna plateada en el cielo estrellado, bañaba los terrenos en un resplandor tranquilizador.

La mente de Isabella volvía a los eventos de la noche, particularmente su encuentro con Lord Alexander. El recuerdo de su beso aún estaba fresco, la intensidad del mismo hacía que su corazón latiera más rápido incluso ahora. Pero, no era tonta; sabía bien que fue la pasión del momento, no amor.

Al recordar las palabras de su madre y su aparente acuerdo, su corazón dolió. No estaba hecha para la vida de una dama delicada, recatada y adecuada, viviendo solo para complacer a su esposo y su familia. Ella tenía sueños propios, ambiciones que iban más allá de las salas de estar y los salones de baile de la alta sociedad.

Ella era Lady Isabella Whitlock, poco convencional y orgullosa de serlo. Estaba decidida a no comprometer sus valores y sueños por un hombre que quizás no la apreciara por lo que era. Lord Alexander, o cualquier otro hombre, por ese caso, tendría que aceptarla tal como era: apasionada, independiente y amante de los animales.

Con ese pensamiento, cerró las cortinas y se metió en su cama. Su mente aún estaba llena de pensamientos sobre la noche, pero permitió que la oscuridad reconfortante y la suavidad de su cama la arrullaran hasta un sueño inquieto. ...

En la cámara tenuemente iluminada de Lord Alexander, el heredero de la prestigiosa finca de Wilford, prevalecía una inquietud poco común. Mucho después de que el baile había terminado y los invitados se habían dispersado, el silencio de la noche solo era interrumpido por el tic-tac de un viejo reloj de pared y el ocasional crujido de páginas al ser pasadas.

Lord Alexander estaba sentado en su sillón, un vaso de brandy en una mano y un libro en la otra, pero las palabras en las páginas bailaban sin sentido ante sus ojos. Su mente estaba en otro lugar, perdida en el tentador laberinto del jardín de los Hamilton, donde se había encendido la chispa de algo poderoso.

Isabella Whitlock.

Su nombre resonaba una y otra vez en su mente, el dulce sonido de él tejiendo un hechizo del que se encontraba incapaz de resistirse. Su espíritu ardiente, su amor desenfadado por los animales, su risa y su negativa a ser otra cosa que ella misma lo habían atrapado de una manera que ninguna otra mujer había logrado.

Y luego, ese beso. Un beso que fue su primero y quizás su más memorable. Había sido un momento de pura y desenfrenada pasión, una promesa de algo más, algo más profundo.

Pero lo que siguió fue un rechazo, una retirada que lo dejó perplejo y, tenía que admitirlo, un poco herido. Ninguna mujer lo había rechazado antes, ninguna mujer lo había mirado con tal frialdad. ¿Era un juego lo que ella jugaba? ¿O había malinterpretado las señales?

La mandíbula de Lord Alexander se tensó. No era un hombre al que se jugara, y ciertamente no era un hombre que retrocediera ante un desafío. Lady Isabella podría ser poco convencional, podría ser enérgica e independiente, pero también era la mujer que había capturado su corazón, tal vez sin siquiera pretenderlo.

La perseguiría, la conquistaría y la haría suya. Las opiniones de Lady Margaret y las expectativas sociales que se fueran al diablo. Le demostraría a Isabella que la veía, realmente la veía, y que la amaba por todo lo que era.

Con una determinación renovada, Lord Alexander dejó a un lado el libro y el vaso de brandy intacto. Se dirigió a la ventana, contemplando la noche iluminada por la luna, un plan ya formándose en su mente.

Lady Isabella Whitlock había despertado algo en él, algo feroz e inquebrantable. Ahora sabía lo que quería, y no se detendría ante nada para conseguirlo.

En su elegantemente decorado tocador, adornado con sedas ricas y encajes finos, Lady Margaret se sentó frente a su espejo de tocador, perdida en sus pensamientos. Su corazón era un tumulto de emociones conflictivas, su mente comprometida en una batalla entre el deber y la aparente felicidad de su hijo.

Lo había notado, por supuesto. La forma en que los ojos de Alexander seguían a Lady Isabella Whitlock por la habitación, la chispa en su mirada cuando bailaban, la intensidad no expresada que parecía pasar entre ellos. Era inconfundible y llenaba a Lady Margaret con un sentido de temor.

Lady Isabella era encantadora, sí, y bastante hermosa a su manera, pero no era adecuada. No para su Alexander. Su educación, su espíritu descarado, su total falta de consideración por los modales refinados y la etiqueta gentil que eran la marca distintiva de su clase, todo ello hablaba de una unión que sería desastrosa.

Sin embargo, había visto algo más en los ojos de su hijo, algo que nunca había visto antes: una chispa de verdadero interés, quizás incluso amor. Y eso la preocupaba profundamente.

Una dama que prefería los campos y los establos a la sala de estar, que hablaba sin considerar la propiedad, que se atrevía a desafiar e incluso desafiar las normas de la sociedad: tal mujer nunca podría ser la esposa de un futuro conde. Tal mujer nunca podría ser su nuera.

Los labios de Lady Margaret se apretaron mientras consideraba la situación. Tendría que actuar, y actuar rápidamente. Alexander era obstinado, apasionado, impulsado por la emoción en lugar de la razón. Si se le dejaba a su aire, podría hacer algo imprudente, algo que traería vergüenza y escándalo a su familia.

No, no lo permitiría. Encontraría parejas adecuadas, jóvenes adecuadas con un linaje impecable y reputaciones inmaculadas. Organizaría cenas, planearía salidas, crearía oportunidades para que Alexander viera que había mujeres que no solo eran hermosas, sino

también aptas para ser su esposa.

Con un asentimiento decidido, Lady Margaret se levantó de su asiento, su reflejo en el espejo mostrando a una mujer de determinación y resolución. Haría lo que necesitaba ser hecho. Protegería el honor de su familia y aseguraría el futuro de su hijo.

Mientras se dirigía a su cama, sus pensamientos estaban llenos de planes y esquemas, con nombres y rostros de posibles novias. El baile había sido solo el comienzo; la verdadera danza estaba por venir.

Pero incluso mientras se acomodaba en sus almohadas, una duda persistente tironeaba de su corazón. Una pequeña voz susurraba que quizás, solo quizás, estaba cometiendo un grave error. Tal vez el amor y la pasión valían más que las reglas y la reputación.

Empujó el pensamiento lejos, enterrándolo profundamente. El deber debía ser lo primero, siempre. Era el camino de su mundo, el código por el que vivían.

CAPÍTULO 10

En los jardines soleados de la finca Lancaster, el aire estaba lleno de una sensación de emoción y anticipación. La grandeza del picnic de Lady Margaret era evidente en cada detalle: desde la fina porcelana y las copas de cristal hasta el lujoso surtido de delicias gourmet. Un cuarteto de cuerdas tocaba melodías suaves y melódicas, añadiendo a la atmósfera.

A medida que los invitados llegaban, sus vestidos coloridos y parasoles pintaban una escena pintoresca. Las damas con vestidos de muselina que fluían, con sus bonetes atados con cintas de satén, paseaban de la mano, riendo e intercambiando amabilidades. Los caballeros con chaquetas a medida y corbatas discutían sobre política y negocios, sus voces eran un murmullo bajo contra el telón de fondo de la música.

Lady Priscilla, luciendo radiante con un vestido melocotón pastel, ya estaba sosteniendo la corte entre un pequeño grupo de admiradores. Sus rizos dorados enmarcaban su rostro y sus ojos brillaban con travesura mientras relataba a su audiencia historias de sus últimas aventuras en Londres.

Miss Felicity, siempre la imagen de la elegancia, charlaba animadamente con un grupo de sus amigas cercanas. Su risa, ligera y contagiosa, atraía la atención de más de un soltero.

Lady Margaret, con un destello de determinación en sus ojos, observaba la escena. Entre los invitados reunidos, había elegido a unos pocos selectos que, en su opinión, eran la crème de la crème de la sociedad. Jóvenes impresionables de familias prominentes, cada una de ellas una posible novia para su hijo.

Cuando llegaron los Whitlock, la atmósfera cambió sutilmente. Las conversaciones se pausaron momentáneamente y todas las miradas se volvieron hacia Lady Isabella. Vestida con un sencillo vestido blanco, parecía etérea, su belleza natural y sin afectación. La luz del sol atrapó su cabello castaño, haciéndolo brillar. Era la personificación de la gracia, pero había una fuerza subyacente, un fuego en sus ojos que hablaba de su espíritu independiente.

Lord Alexander, que había estado involucrado en una discusión con un grupo de hombres, miró hacia la entrada de Isabella. Su corazón dio un vuelco y, por un momento, perdió el hilo de la conversación. Se disculpó rápidamente y se dirigió hacia los Whitlock, con la mandíbula tensa de determinación.

Lady Margaret, notando esto, lo interceptó rápidamente. "Alexander," comenzó, su tono dulce pero firme, "¿has conocido a Lady Beatrice? Acaba de regresar de París y tiene las historias más encantadoras que compartir."

Alexander, dándose cuenta de la intención de su madre, lanzó una breve mirada frustrada en dirección a Isabella antes de girarse para saludar a Lady Beatrice con una reverencia educada. Durante todo el picnic, Lady Margaret dirigió sutilmente a Alexander hacia una dama elegible tras otra, asegurándose de que pasara poco o ningún tiempo con Isabella.

Pero incluso con las manipulaciones de su madre, la mirada de Alexander a menudo se desviaba

hacia donde Isabella estaba sentada, escuchando atentamente a un caballero mayor relatar historias de sus viajes. La atracción era innegable y Alexander la sentía en lo más profundo de su ser.

Bajo el cielo azul impecable, el picnic de Lady Margaret parecía una pintura hecha realidad, con los invitados luciendo como delicados trazos de un talentoso artista. Pero debajo de la fachada alegre de la reunión, las emociones ocultas y los malentendidos amenazaban con eclipsar la belleza del día.

Isabella, que siempre había sido segura de sí misma y serena, hoy mostraba un aire de distracción. La supuesta ofensa de ser calificada como "poco convencional" había herido su orgullo, especialmente cuando creía que la etiqueta había sido respaldada por el mismo Alexander.

Edward Hamilton, con su encanto innato y gracia, se acercó a Isabella, percibiendo su angustia. "Lady Isabella," saludó, extendiendo su brazo para un apretón de manos ceremonial. "Pareces un poco pensativa hoy. Un picnic como este parece casi demasiado restrictivo para alguien tan animada como tú."

Con una sonrisa triste, Isabella respondió, "De hecho, Sr. Hamilton. A veces uno desea estar donde verdaderamente está el corazón."

Se sumergieron en una rica conversación sobre su afición por el mundo natural, compartiendo anécdotas y sueños. Edward, siempre un narrador, pintaba cuadros verbales de lugares exóticos y criaturas de sus viajes. Absorta, Isabella dejó de lado momentáneamente su inquietud respecto a Lord Alexander.

Desde el otro lado del prado verde, Alexander observaba al dúo, una inexplicable opresión en su pecho. Ajeno a las razones de Isabella para evitarlo, sentía una punzada de celos por su evidente camaradería con Edward. Anhelaba acercarse a ella, para comprender la causa de su frialdad reciente hacia él, pero la multitud de damas solteras que su madre había invitado lo rodeaban continuamente, haciendo tal empresa casi imposible.

A medida que avanzaba el día, con las sombras estirándose perezosamente sobre el césped, Alexander reflexionaba sobre cómo reconectar con Isabella. Esperaba un momento de soledad donde pudieran hablar verdaderamente.

Mientras el aroma de los pasteles frescos y la limonada flotaba en el aire, Lady Margaret e Isabella se encontraron en una inesperada conversación cerca de la mesa de postres.

"Lady Isabella," comenzó Lady Margaret con una gracia ensayada, sus ojos brillando con una mezcla de placer y travesura. "Me complace verte entablando tan buena relación con el Sr. Hamilton. Edward es un caballero excelente, ¿no es así?"

Isabella, con sus ojos verdes encontrando los de Lady Margaret, se tomó un momento antes de responder. "De hecho, Lady Margaret. Edward es tanto amable como encantador. Sus historias del extranjero son verdaderamente cautivadoras."

La sonrisa de Lady Margaret se profundizó, su mirada evaluadora. "Tenía la corazonada de que ustedes dos encontrarían mucho en común." Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus siguientes palabras. "De hecho, me tranquiliza veros juntos en lugar de... otras opciones menos adecuadas."

El mentón de Isabella se levantó un poco más. "Mi Lady, creo que ha habido algún malentendido. Cualquiera que sea tu preocupación, no necesitas preocuparte por que yo fije mis ojos en Lord Alexander. No tengo ningún diseño sobre él."

Lady Margaret miró a los ojos de Isabella por un breve y intenso momento, como si pesara la veracidad de sus palabras. "¿Es eso cierto? Bueno, querida Lady Isabella, me has

dejado aún más tranquila."

Con una reverencia educada, las damas se separaron, cada una reflexionando sobre los matices de la conversación. Mientras Isabella sentía una mezcla de alivio y desafío, Lady Margaret se quedó reflexionando sobre la autenticidad de las palabras de Isabella y lo que significaban para su querido Alexander.

Lord Alexander se dirigió hacia Isabella, su paso lleno de propósito. Cada paso se encontraba con el susurro de su chaqueta a medida contra sus calzones. Un grupo de jóvenes damas lo observaban ir, agitando sus abanicos y intercambiando miradas ansiosas. Pero su enfoque estaba únicamente en la belleza de ojos verdes que había consumido sus pensamientos desde el baile.

"Lady Isabella," saludó, intentando mantener su voz casual, aunque la tensión subyacente era palpable. Isabella levantó la mirada, su rostro impasible, su mirada clara y desafiante. "Lord Alexander," reconoció, su tono helado.

Sin esperar una invitación, se sentó a su lado. "Isabella, ¿podemos hablar? Parece que ha habido una distancia entre nosotros desde el baile en la casa de los Hamilton." Sus labios se curvaron, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. "Oh, ¿de verdad? No lo había notado," respondió, con una inocencia fingida.

Alexander frunció el ceño, no acostumbrado a tales reproches. "Debo confesar que estoy perdido. ¿He cometido alguna ofensa, mi señora?"

Isabella lo miró brevemente antes de volver su mirada a los asistentes al picnic. "Es bastante simple, mi señor. Hay muchas damas solteras y adecuadas aquí, muchas de las cuales he notado lanzando miradas admirativas hacia ti. Tal vez deberías ocupar tu tiempo en su compañía en su lugar."

Alexander, sorprendido, se tomó un momento para encontrar sus palabras. "Isabella, no estoy interesado en sus miradas admirativas. Mi interés reside en—"

"Quizás," lo interrumpió ella, "sería mejor que reconsideraras dónde deberían estar tus intereses, por tu propio bien y el mío." Dejándolo mirándola, Isabella se levantó con gracia y se dirigió hacia sus hermanas, dejando a un Lord Alexander perplejo y frustrado. ...

La extensión verde del bosque llamaba a Isabella desde los vastos céspedes de Lady Margaret, una llamada de sirena de sombras frescas y un respiro del resplandor del sol. El gorjeo de las damas de la alta sociedad, discutiendo los últimos chismes y agitando sus abanicos, contrastaba fuertemente con la belleza pura y sin tocar de la naturaleza. Una belleza con la que Isabella siempre había sentido una profunda conexión.

Se excusó con gracia de la compañía, alegando necesitar un poco de aire fresco, y se dirigió hacia el borde del bosque. Una vez que el murmullo del picnic se desvaneció detrás de ella, se permitió un suspiro de alivio, deleitándose en el entorno tranquilo. Los imponentes árboles susurraban secretos antiguos, las hojas susurraban como páginas de viejos libros, y el aire zumbaba con historias aún no contadas.

Cada paso que daba sobre el suave suelo cubierto de musgo parecía alejarla más de la jaula social en la que a menudo se sentía atrapada. La dulce canción de los pájaros la serenaba, y el mundo de bonetes, vestidos de baile y solteros elegibles parecía estar a kilómetros de distancia.

El bosque tenía su propio ritmo, una melodía de vida que no tenía nada que ver con el cortejo o la decencia. Un conejo salió corriendo de un matorral, su pequeño corazón latiendo como los muchos corazones en el picnic. Una ardilla chasqueaba desde las ramas de arriba, criticando su intrusión con toda la fiereza de una duquesa viuda.

Continuó más adentro, permitiéndose perderse, tanto literal como metafóricamente. Sabía que para muchos ella era la "poco convencional". Pero aquí, en medio de la naturaleza, era simplemente Isabella. Libre para soñar, ser y, lo más importante, respirar.

El bosque la envolvía como un abrazo reconfortante, y se prometió a sí misma que, sin importar adónde la llevara la vida o el amor, siempre encontraría el camino de regreso a esta sensación de libertad sin límites.

El suave zumbido del bosque fue interrumpido por un débil gemido. Isabella, siempre atenta a los sonidos de la naturaleza, se detuvo, inclinando la cabeza para escuchar. El gemido se repitió, más persistente esta vez. Guiada por sus instintos, siguió el sonido.

Empujando unos helechos crecidos, descubrió a un perro de aspecto familiar, el amado spaniel de Lord Alexander, tendido entre las hojas. Su pata estaba atrapada en una grieta rocosa, causando un corte del que la sangre fluía lentamente.

Sin dudarle un momento, Isabella se acercó al animal asustado, su voz suave y tranquilizadora. "Tranquilo, tranquilo," murmuró, extrayendo lentamente la pata del perro. El perro, reconociendo a una amiga, dejó de luchar y la miró con ojos agradecidos y llenos de dolor.

Isabella recogió al spaniel en sus brazos, su hermoso vestido de picnic arrugándose y manchándose con la tierra del bosque. Pero el bienestar del animal a su cuidado era su única preocupación.

Al salir del bosque, la multitud bulliciosa del picnic se volvió hacia ella. Se escucharon jadeos y susurros al ver a la dama desaliñada y al spaniel herido. Pero entre la multitud, un rostro se destacó: el de Lord Alexander, cuya expresión era una mezcla de preocupación y admiración.

"Dios mío, Isabella," exclamó mientras se apresuraba hacia ella, "¡Reggie! ¿Qué pasó?"

Ella dejó al perro suavemente en el suelo, inspeccionando la herida con ojo experto. "Estaba atrapado," dijo simplemente, rasgando un pedazo de su vestido para crear un vendaje improvisado.

La multitud observaba, cautivada. Algunas damas susurraban sobre la impropiedad de rasgar el propio vestido, pero la mayoría se conmovió por la amabilidad de Lady Isabella.

Alexander, sin embargo, estaba completamente absorto. Aquí estaba una mujer que ponía la compasión por encima de la decencia.

Lord Alexander, luciendo un toque frenético, echó un vistazo alrededor de la asamblea del picnic. "¿Alguien tiene algodón o algo que podamos usar para limpiar la herida?"

Miss Felicity, siempre la dama preparada, entregó apresuradamente su pañuelo. "Siempre llevo uno extra," murmuró, esperando captar la atención de Alexander. Pero su atención estaba singularmente en Isabella.

"¿Y antiséptico?" continuó Isabella, su mirada intensa e inquebrantable.

Lady Priscilla, no queriendo quedarse atrás, sacó un pequeño frasco de su bolso. "Aceite de lavanda," anunció. "No es precisamente un antiséptico, pero ayudará en un apuro."

Isabella asintió agradecida. "Servirá por ahora. Gracias, Lady Priscilla."

Todos observaban, embelesados, mientras Isabella limpiaba y vendaba la herida con destreza, el perro—Reggie, como lo llamaba cariñosamente Alexander—calmado bajo sus tiernos cuidados. Era la imagen de la determinación y la gracia, su vestido manchado con parches de verde del bosque y rojo, su cabello ligeramente despeinado, pero sus ojos enfocados y seguros.

Lady Margaret, aunque intentaba mantener un aire de indiferencia, no podía ocultar el destello de respeto renuente en sus ojos. Tal vez no aprobaba las travesuras previas de Isabella, pero no podía reprochar la compasión de la mujer.

Mientras tanto, Alexander experimentaba un torbellino de emociones: preocupación por

Reggie, admiración por Isabella y una nueva comprensión de la profundidad de su carácter.

El momento quedó suspendido, toda la alegría del picnic olvidada, mientras Alexander se acercaba a Isabella. "Lady Isabella," comenzó, su voz suave con calidez genuina, "no encuentro las palabras para expresar mi gratitud."

Pero Isabella simplemente lo desestimó, limpiando una mancha de tierra de su mejilla. "No importa, mi señor. Cualquiera con corazón habría hecho lo mismo."

Los ojos de Lord Alexander brillaron con diversión. "Me atrevo a decir que no todos habrían rasgado su vestido por la causa, ni habrían manejado la situación con tanta gracia."

Antes de que pudiera responder, Lady Margaret, cada centímetro la matrona digna, dio un paso adelante. "Lady Isabella, aunque nuestros encuentros anteriores han sido... digamos, un poco tensos," comenzó, causando algunas toses y risas educadas de la multitud circundante, "no puedo evitar extender mi sincera gratitud. Reggie es un miembro muy querido de nuestra familia."

Isabella sostuvo la mirada de Lady Margaret, sus ojos verdes brillando con travesura. "Bueno, Lady Margaret, cualquier criatura en apuros merece cuidado, incluso si es para salvarlo de sus propias aventuras. Y en cuanto al vestido," agregó con una mirada astuta hacia la tela ahora sucia y rasgada, "la moda siempre tiene sus sacrificios."

Isabella podía sentir el peso de la mirada de Alexander sobre ella mientras se volvía para irse. Respiró hondo, alisó su vestido y se acercó a su familia. "Padre, madre, creo que es hora de que nos vayamos," dijo, su voz llevando el tono justo de cortesía.

Lady Catherine, la madre de Isabella, inclinó la cabeza. "Sí, querida. Ha sido un día bastante agitado y creo que todos hemos tenido suficiente emoción." Echó una mirada significativa al perro vendado y luego al vestido rasgado de su hija.

Mientras la familia Whitlock se preparaba para partir, Lady Margaret se acercó, su postura un poco más relajada de lo que había estado durante todo el día. "Lady Catherine, Lord Charles, sería un honor para nosotros tener a la familia Whitlock en un baile en la Mansión Montague en unos días. Especialmente a usted, Lady Isabella," agregó con una mirada significativa.

Isabella arqueó una ceja, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. "Vaya, Lady Margaret, estoy sorprendida. Pero gracias por la invitación."

Lord Charles, siempre el diplomático, asintió con gracia. "Gracias, Lady Margaret. Estaremos encantados de asistir." Después de intercambiar sus despedidas, los Whitlock se retiraron, dejando tras de sí un remolino de conversaciones susurradas y especulaciones. Y mientras se iban, Isabella no pudo evitar lanzar una última mirada en dirección a Alexander, sus ojos encontrándose en un momento lleno de preguntas sin respuesta.

CAPÍTULO 11

Con el suave balanceo de la carroza bajo ellos, Isabella sintió el peso de los eventos del día. Fue Cecily quien rompió el silencio primero, su voz llena de la maravilla de la juventud. “¡Dios mío, Izzy! Eso fue algo extraordinario, atender a ese perro en medio del picnic”, exclamó Cecily, sus ojos abiertos de par en par. “Nunca he visto a tanta gente en shock. ¡Lady Whittington casi se atraganta con su sándwich!”

Margaret se rió, “¡En efecto! ¿Y Lord Alexander? Nunca lo había visto tan nervioso. O tan atento. Estaba prácticamente al borde de su asiento mientras trabajabas.”

Isabella se sonrojó, sus dedos jugueteando con el borde de su vestido. “Reggie estaba herido. No podía simplemente quedarme mirando. Es una criatura viva que estaba sufriendo.”

Lady Catherine miró a su hija, una sonrisa cariñosa asomándose en sus labios. “Siempre has tenido un corazón tan compasivo, Isabella. Es una de las cosas que más amo de ti. Pero, querida, ¿no podrías haber ahorrado un poco más de tu vestido?”

Isabella se rió, “Era el dobladillo, Madre. Siempre podemos arreglarlo.”

Lord Charles intervino, su tono más serio. “Debo decir que me sorprendió la reacción de Lady Margaret. No es común verla tan... amable.”

Isabella reflexionó sobre eso, recordando la postura firme de Lady Margaret sobre la decencia. “Tal vez se dio cuenta de que hay cosas más importantes que mantener las apariencias. Después de todo, la vida de un perro estaba en juego.”

“O tal vez se dio cuenta de que hay más en ser un buen partido que solo ser prim y propio”, bromeó Margaret, guiñando un ojo a su hermana mayor.

Isabella puso los ojos en blanco juguetonamente. “Oh, deja de molestar, Maggie.”

Isabella dejó escapar un suspiro, mirando por la ventana mientras el paisaje pasaba. “Sabes, es bastante obvio que Lady Margaret no consideraría a alguien como yo adecuada para su único hijo.”

Margaret arqueó una ceja, su voz llena de picardía. “¿Porque salvaste a su perro de manera tan dramática, o porque te niegas a desmayarte ante cada gesto de Lord Alexander?”

Cecily se rió, “¿O porque desafías cada expectativa social sin pestañear?”

Lady Catherine ajustó su sombrero, su voz suave pero firme. “Isabella, ser fiel a uno mismo es de suma importancia. Lady Margaret tiene sus creencias, al igual que todos nosotros. Pero nunca querría que alguna de mis hijas cambiara su propia esencia por el bien de otra persona, incluso si esa persona fuera de la realeza.”

Lord Charles asintió en acuerdo. “En efecto. Tú, querida, tienes una fuerza y una compasión incomparables. Y si Lady Margaret o cualquier otra persona no puede ver eso, entonces no están mirando lo suficiente.”

Isabella sonrió, conmovida. “Gracias, Papá. Solo desearía que la sociedad no impusiera tantas restricciones a las mujeres. No tengo interés en encajar en el molde de otra persona, incluso si

eso significa perder un buen partido."

Margaret intervino, "¿Pero quién define un 'buen partido', Izzy? ¿No se trata de compatibilidad, comprensión y respeto mutuo? No del tamaño de una finca o la pureza de un linaje."

Cecily añadió, sus ojos brillando con sabiduría juvenil, "Además, si un hombre realmente te importara, no querría que cambiaras. Te amaría por quien eres, espíritu salvaje y todo."

Isabella se rió, rodeando con un brazo a su hermana menor. "Oh, Cecily, ¿cuándo te volviste tan sabia?"

"¡Pasando tiempo contigo, por supuesto!" respondió Cecily con una sonrisa.

La carroza avanzaba por el camino irregular, las linternas arrojando un suave resplandor en su interior. Lady Catherine, siempre la madre atenta, ajustó el chal en sus hombros antes de hablar. "Sabes, querida, Edward Hamilton es todo un caballero. Siempre ha sido atento y respetuoso. Viene de una buena familia y parece admirarte genuinamente."

Las cejas de Isabella se levantaron ligeramente, un tono burlón entrando en su voz. "Mamá, ¿ahora estás organizando matrimonios?"

Lady Catherine dejó escapar una pequeña risa. "Solo observo y comento. Es solo... tiene una naturaleza tan estable. Hay una sensación de seguridad y fiabilidad en él."

Margaret se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando, "Y baila muy bien."

Isabella no pudo evitar reír. "Lo hace. Y es amable y considerado." Ella dudó, su voz se volvió más suave. "Pero mamá, él no..." Su voz se apagó, buscando las palabras correctas.

Lord Charles, siempre dispuesto a entender las emociones de sus hijas, la animó suavemente, "¿No qué, Isabella?"

Ella suspiró, "Él no me hace sentir mariposas en el estómago. No me desafía ni me hace sentir viva de la misma manera..." Su voz se apagó, pero todos en la carroza entendieron el nombre no dicho.

Cecily miró a su hermana mayor, su voz llena de una mezcla de preocupación y comprensión. "El amor no siempre se trata de mariposas en el estómago, pero al menos debería hacerte sentir algo más que solo comodidad."

Isabella asintió, su mirada distante. "Lo sé. Es solo que... Edward es todo lo que una dama debería desear. Pero hay otro que, a pesar de todos sus defectos y complejidades, parece tener este atractivo innegable."

Lady Catherine extendió una mano gentilmente, colocando su mano sobre la de Isabella. "Querida, el corazón es una cosa misteriosa. Pero siempre recuerda, mereces a alguien que te ame por todo lo que eres, y no por lo que quieren que seas."

Isabella apretó la mano de su madre, encontrando consuelo en el toque reconfortante, aunque sus pensamientos seguían en tumulto.

El interior de la carroza estaba impregnado de un resplandor tranquilo, la luz parpadeante de la linterna proyectando sombras en los rostros de los miembros de la familia. Después de la sincera confesión de Isabella, se instaló un pesado silencio en el espacio confinado, solo roto por el suave traqueteo de las ruedas y el suave sonido de los cascos de los caballos.

Lady Catherine dirigió su mirada hacia su esposo, sus ojos verdes buscando el rostro de Lord Charles. Compartieron una mirada fugaz, llena de décadas de experiencias compartidas, alegrías, dificultades y comprensión. Fue un intercambio silencioso que solo años de matrimonio podían cultivar: uno de empatía sin palabras, preocupación y el profundo deseo de proteger a su hija de cualquier dolor.

Los labios de Lord Charles se movieron en una leve sonrisa, no del todo una sonrisa, mientras

levantaba una ceja. Los ojos de su esposa brillaron en respuesta, y por un breve momento, parecían dos jóvenes enamorados, conspirando en una broma secreta.

Margaret, siempre la observadora, se inclinó para susurrar al oído de Cecily, “Mamá y Papá están haciendo eso otra vez.”

Cecily contuvo una risita, “¿El diálogo silencioso? Te juro que tienen su propio idioma.”

Margaret asintió, sus ojos danzando con picardía. “Es el lenguaje del amor, o eso dicen.”

Mientras la carroza continuaba su viaje de regreso a casa, Isabella, perdida en su propio mundo, no notó las miradas intercambiadas y las bromas susurradas. Pero se sintió reconfortada, rodeada por el amor inquebrantable y la comprensión de su familia.

...

La gran habitación, decorada en tonos de azules profundos y dorados, estaba tenuemente iluminada, con solo los restos del fuego crepitando en la chimenea. Reggie, ahora cómodo y descansando, estaba acurrucado en su cama de perro de felpa, el ritmo de su respiración indicando su sueño pacífico.

Lord Alexander se detuvo por un momento, sus dedos deteniéndose momentáneamente en los botones de su camisa de noche. El suave resplandor ambiental de las velas resaltaba los contornos afilados de su rostro, dejando la mitad en sombra. Sus ojos azules, a menudo comparados con las profundidades del mar, parecían más tormentosos esta noche, una tormenta de emociones girando en su interior.

Su mente vagaba de regreso a los eventos del día: la visión de Isabella, con su vestido manchado y su cabello ligeramente despeinado, acunando a Reggie en sus brazos. Había algo ferozmente hermoso en ella en ese momento, una combinación de vulnerabilidad y fuerza. El recuerdo de su baile en el baile de los Hamilton, la sensación de sus suaves labios contra los suyos, todo jugaba en su mente como una melodía inquietante.

Se sentó pesadamente en el borde de su cama, sus dedos tamborileando contra su muslo. No era solo atracción, se dio cuenta. No, era algo más profundo, más profundo. La idea de que Isabella estuviera con alguien más que él era intolerable. Sus rechazos, su actitud fría en el picnic, le dolían más de lo que quería admitir.

Necesitaba hacerla entender. Necesitaba demostrar que sus sentimientos eran genuinos y que, contrario a lo que ella pudiera pensar, no se dejaba influenciar por las nociones de decoro de su madre.

Ella era diferente, y eso era lo que él amaba de ella.

Con un brillo de determinación en sus ojos, Lord Alexander supo que los próximos días serían cruciales. Tenía una tarea en mano, una misión del corazón, y no se detendría hasta que Isabella supiera realmente cómo se sentía. Haría que ella fuera suya, sin importar el costo.

...

La araña ornamentada, reflejando el suave resplandor de las velas, arrojaba delicados patrones en las paredes de la cámara de Lady Margaret. Cortinas de felpa, bordadas con hilos de plata y oro, enmarcaban las grandes ventanas, manteniendo a raya la fresca brisa nocturna. Su habitación era un reflejo de su propia esencia: elegante, regia y con un toque intimidante.

Sentada en su tocador, sus dedos hábiles iban sacando lentamente las horquillas de su elaborado peinado. Con cada mechón de cabello que caía, se permitía reflexionar sobre los acontecimientos del día. El espejo reflejaba su rostro, todavía hermoso con las suaves líneas de la edad que le conferían una gracia madura. Sus ojos verdes, siempre vigilantes y agudos, tenían esta noche un toque de contemplación.

Isabella Whitlock. El nombre susurraba en su mente, acompañado por la imagen de la joven

cuidando a Reggie con una ternura que resultaba conmovedora, incluso para ella. Recordó cómo el rostro de Isabella se iluminaba, la feroz determinación en sus ojos cuando defendía lo que creía. Sí, era enérgica y de buen corazón. Pero, ¿era adecuada para los Montclair?

Un pesado suspiro salió de sus labios. En su corazón, sabía que Isabella era una buena persona. Pero sus ideas sobre el matrimonio, especialmente para su único hijo, estaban arraigadas en años de tradición y expectativas sociales. Los Montclair tenían una reputación, un legado, y Lady Margaret sentía el peso de ello sobre sus hombros cada día.

Necesitaba una nuera que fuera prim, adecuada, y que pudiera desempeñar el papel que la sociedad esperaba de ella. Creía que esa era la única manera de asegurar la futura felicidad de Alexander y el respeto continuo hacia su nombre. Pero a medida que la noche se hacía más profunda y la habitación se sumía en el silencio, una pequeña voz persistente en el fondo de su mente preguntaba: "¿Y si la felicidad no reside en las tradiciones que sostenemos?"

Apartando esos pensamientos, Lady Margaret se levantó y caminó hacia su cama, el suave crujido de su camisón era el único sonido.

...

En el suave y cálido entorno de su dormitorio, Lady Isabella Whitlock se encontraba rodeada por tonos apagados de crema y lavanda. El suave balanceo de las cortinas de gasa bailaba con la luz de una única vela parpadeante en su mesita de noche. El ambiente era tranquilo, destinado a inducir un sueño profundo, pero el corazón de Isabella estaba lejos de estar tranquilo.

De pie frente al espejo, desató las cintas que sostenían su cascada de cabello castaño, dejándolo caer en suaves ondas alrededor de su rostro. A medida que cada mechón quedaba suelto, su mente no podía evitar retroceder al día anterior, a ese momento en particular cuando la intensa mirada azul de Alexander se fijó en la suya. No fue la mirada casual de un simple conocido; fue la mirada profunda y conmovedora de un hombre con mil palabras no dichas.

Cada vez que encontraba sus ojos, una chispa innegable la atravesaba. Una mezcla embriagadora de anticipación, emoción y, quizás lo más desconcertante de todo, anhelo. Pero junto a esas emociones emocionantes venía la sombra de las expectativas de Lady Margaret y el peso de la mirada de la sociedad. La imagen de la matriarca elegante, sus ojos penetrantes escrutando cada movimiento, era difícil de olvidar.

Isabella suspiró, moviéndose para sentarse junto a la ventana. La noche afuera estaba despejada, la luna plateada arrojando una luz suave sobre los jardines de abajo. Pensó en Alexander de nuevo, la forma en que se movía, el timbre de su voz, la calidez de sus manos. ¡Oh, esas manos! Se habían sentido tan correctas, tan familiares, incluso en los más breves toques.

Pero la realidad tenía una manera de infiltrarse. Isabella no podía ignorar la verdad innegable: era una pieza cuadrada tratando de encajar en el mundo redondo de los Montclair. Y por mucho que pudiera desear lo contrario, sabía que no podía, no quería, cambiarse a sí misma para encajar en el molde de otra persona.

Al tirar de su camisón alrededor de ella, Isabella se arrastró a la cama, tirando de las suaves sábanas hasta su barbilla. Su último pensamiento antes de que el sueño la reclamara fue una esperanza silenciosa: que algún día, encontraría a alguien que la amara no a pesar de su espíritu poco convencional, sino por eso mismo. Y en el fondo, una parte de ella esperaba que ese alguien pudiera ser Lord Alexander. Pero por ahora, la distancia era su aliada.

CAPÍTULO 12

La luz de la mañana entraba a raudales por las ventanas, pintando el comedor con un suave tono dorado. La familia Whitlock estaba sentada alrededor de la mesa de madera pulida, disfrutando de una variedad de frutas frescas, pasteles calientes y el aromático té. El día parecía comenzar de manera tranquila y rutinaria, hasta que el mayordomo, el señor Thompson, entró en la habitación con un extravagante ramo de flores en sus brazos.

La hermana menor de Isabella, Cecily, fue la primera en exclamar. "¡Oh, mira eso! ¡Son preciosas!"

Lady Catherine levantó la vista de su té, sus ojos se ensancharon de apreciación. "Ciertamente," murmuró. "Un ramo tan grandioso y tan temprano en la mañana. ¿De quién pueden ser?"

Antes de que alguien pudiera especular más, el señor Thompson presentó el ramo a Isabella con una inclinación cortés. Adjunto a él había una tarjeta elegantemente escrita. La caligrafía, nítida e inconfundiblemente masculina, era familiar para Isabella incluso antes de leer las palabras.

"Para la valiente Lady Isabella, Gracias por tu amabilidad y rápida acción ayer. Reggie está descansando y en camino a la recuperación, gracias a ti. Me encuentro en deuda contigo una vez más. Espero poder expresar mi gratitud en persona. Saludos cordiales, Lord Alexander Montclair."

Margaret, la curiosa hermana del medio, se inclinó para echar un vistazo a la nota. "¡Oh, de Lord Alexander!" bromeó, sus ojos brillando con travesura. "Alguien ciertamente ha captado su atención."

Isabella sintió que sus mejillas se calentaban. "Es simplemente un gesto de agradecimiento," dijo, intentando parecer despreocupada, aunque su corazón dio un pequeño vuelco en su pecho. "Reggie es un perro dulce; cualquiera habría hecho lo mismo."

Lord Charles, siempre el padre protector, hizo un murmullo pensativo. "Es un gesto muy noble, sin duda. Montclair siempre ha sido un hombre de honor."

Lady Catherine, siempre observadora, añadió con una sonrisa comprensiva, "Y parece que tiene ojo para algo más que el honor."

Isabella rodó los ojos en broma, pero por dentro, su corazón estaba en un tumulto. Las flores, la nota, todo era tan conmovedor, pero también tan confuso. Estaba conmovida por el gesto de Alexander, pero el recuerdo de las expectativas de Lady Margaret persistía, proyectando una sombra sobre la brillante mañana.

Cecily, siempre la romántica entre las hermanas, suspiró soñadoramente. "¡Imagínate! Recibir flores de Lord Alexander. Eres la comidilla de la ciudad, Bella."

Isabella rió, apartando un rizo rebelde detrás de su oreja. "Oh, déjalo ya, Cece. Es solo un agradecimiento."

Margaret sonrió con picardía, tomando un delicado sorbo de su té. "Oh, ciertamente.

Solo un agradecimiento del soltero más codiciado del condado. Nada de qué preocuparse."

Lady Catherine intervino, "En justicia, Alexander es un hombre de gusto impecable. Es justo que reconozca el valor de nuestra querida Isabella."

Lord Charles gruñó, untando mantequilla en una rebanada de pan tostado. "Gusto impecable o no, espero que recuerde tratar a mi hija con el respeto que merece."

Isabella le dio a su padre una sonrisa agradecida. "No te preocupes, Papa. Puedo manejar a Lord Alexander."

Cecily se rió. "Y si no, tienes dos hermanas listas para ponerlo en su lugar."

Margaret levantó una ceja. "¿Oh? Yo estaba pensando más en pelear por quién recibe el próximo ramo."

La habitación estalló en risas, el calor y el humor de la mañana llenando el lugar. Lady Catherine, con los ojos brillando, se inclinó hacia Isabella. "Recuerda, querida, mientras es importante proteger tu corazón, también vale la pena escuchar lo que tiene que decir."

Isabella miró el ramo, sus dedos trazando los suaves pétalos. Estaba dividida entre la innegable atracción que sentía hacia Alexander y la realidad de las expectativas de su madre.

El día aún era joven, una niebla plateada colgaba sobre la extensa finca de los Whitlock mientras Isabella se dirigía a los establos. Con cada paso, el crujido amortiguado de la hierba cubierta de rocío bajo sus botas añadía ritmo a la tranquila mañana.

"Buenos días, señorita Isabella," saludó Tom, el mozo de cuadras, con una sonrisa traviesa en los labios. "¿Va a dar un paseo con Rosie hoy?"

Isabella le devolvió la sonrisa, sus propios ojos brillando con diversión. "Sí, Tom. Rosie y yo tenemos una cita permanente, ¿recuerdas?"

El chico se rió, sacando una magnífica yegua, su pelaje brillando a la suave luz del sol. Rosie relinchó suavemente al ver a Isabella, su cola moviéndose con evidente deleite.

Isabella acarició el hocico de Rosie, susurrando palabras cariñosas a la criatura que había sido su confidente a través de muchos pensamientos y sentimientos tumultuosos. "¿Lista para una pequeña aventura, mi belleza?"

Montando con la gracia y facilidad que venían de años de práctica, Isabella guió a Rosie hacia los campos abiertos que bordeaban la finca de los Whitlock. Comenzaron al trote, pero no pasó mucho tiempo antes de que Isabella animara a Rosie a galopar, el viento jugando con sus rizos y haciendo que su corazón se elevara.

Había una libertad en esto, en el ritmo de los cascos contra el suelo, el mundo difuminándose a su alrededor. Se sentía liberada, al menos por un tiempo, de las expectativas de la sociedad, de las miradas de cierto lord y de sus propios sentimientos conflictivos.

Era solo Isabella y Rosie, el mundo extendiéndose ante ellas con infinitas posibilidades. Por unos preciosos momentos, estuvo libre de las cadenas del decoro y el deber. El peso de las expectativas de Lady Margaret y la mirada inescrutable de Lord Alexander parecían estar a kilómetros de distancia.

En la vasta extensión de los campos de los Whitlock, Isabella se deleitaba en la belleza a su alrededor. Flores silvestres salpicaban el paisaje, pintando rayas de blanco, azul y amarillo contra el verde. Los pájaros revoloteaban por encima, sus canciones eran el único sonido aparte del ritmo de los cascos de Rosie.

Isabella solía venir aquí, al prado junto al arroyo, para despejar su mente. Había una cierta serenidad que los campos abiertos proporcionaban, lejos de los confines asfixiantes de la sociedad y sus ojos curiosos.

Dejó que Rosie trotase a su propio ritmo pausado, permitiendo a la yegua pastar de vez en

cuando. Desmontando, Isabella se acomodó junto al arroyo burbujeante. El agua fresca se sentía refrescante mientras sumergía sus manos, las ondas distorsionando su reflejo.

Pensó en el torbellino de emociones que había estado experimentando últimamente, las complejidades de su relación con Lord Alexander y las expectativas no dichas de su madre. Con el telón de fondo de la naturaleza, esas preocupaciones parecían pequeñas, casi insignificantes.

Isabella arrancó una margarita, girándola entre sus dedos. Un juego de la infancia vino a su mente, y por capricho, comenzó a arrancar sus pétalos. "Me ama," murmuró, arrancando el primer pétalo. "No me ama," dijo, arrancando otro.

Cuando llegó al último pétalo, hizo una pausa y lo miró, casi temerosa del resultado. Con un suspiro resignado, lo arrancó. "Me ama."

Se rió de sí misma. "Juegos tontos," murmuró, pero no pudo evitar la pequeña sonrisa que se dibujó en sus labios.

Rosie, habiendo saciado su sed, relinchó suavemente, empujando el hombro de Isabella con su cabeza, como recordándole que era hora de regresar.

"Está bien, Rosie," dijo Isabella, acariciando el hocico de la yegua. "Regresemos antes de que alguien venga a buscarme."

Montó de nuevo, y con un último vistazo al arroyo, guió a Rosie de vuelta hacia la finca.

Mientras cabalgaban de regreso, Isabella sintió una paz renovada, como si la naturaleza misma hubiera calmado sus inquietudes. Pero en el fondo, sabía que las verdaderas pruebas aún estaban por delante.

Isabella montó la yegua, echando un último vistazo al tranquilo prado. Este era su refugio, su escape. Y sabía, en el fondo, que sin importar las complejidades de su corazón, los campos abiertos siempre le traerían consuelo.

Con el sol ahora alto y lanzando tonos dorados sobre los campos, Isabella y Rosie se dirigieron de regreso a casa.

A su regreso, la bulliciosa finca de los Whitlock contrastaba fuertemente con la tranquilidad del prado. Isabella podía escuchar los sonidos característicos de la preparación: pasos resonando en el adoquinado, sirvientas charlando en susurros y el suave zumbido de los carruajes en la distancia.

Desmontando a Rosie, entregó las riendas al mozo de cuerdas, quien le lanzó una mirada admirada. "Mi señora," murmuró, con las mejillas sonrojadas.

"Gracias, Tom," respondió ella con una inclinación cortés.

Mientras se acercaba a la entrada, Cecily, su hermana menor, bajó las escaleras para encontrarse con ella, una cascada de rizos dorados rebotando con cada paso. "¡Bella! ¡Has vuelto! ¡Y justo a tiempo!"

Isabella levantó una ceja. "¿A tiempo para qué?"

"¡El té de los Wellingford! ¿Lo olvidaste? ¡Es el evento más esperado del mes!" dijo Cecily, su emoción palpable.

Isabella gimió. "Esperaba poder tomar un baño y leer un poco antes de cualquier compromiso social."

Cecily enlazó su brazo con el de Isabella, tirando de ella hacia la casa. "Vamos. Margaret y yo ya hemos elegido tu vestido. Serás la sensación del evento."

"Preferiría no serlo," murmuró Isabella, pensando en los ojos penetrantes de Lady Margaret y los posibles encuentros con Lord Alexander. Pero antes de que pudiera protestar más, estaba dentro, llevada por el torbellino de la preparación.

Las siguientes horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos: agua tibia perfumada con lavanda y

rosa, el apretado encaje de su corsé y el suave susurro de la seda mientras ajustaban su vestido. Para cuando Cecily y Margaret terminaron, Isabella apenas se reconocía. Parecía ser la reina del baile, aunque solo fuera una tarde de té.

"Te ves impresionante, Bella," dijo Margaret, con admiración clara en sus ojos.

Cecily juntó las manos. "Absolutamente divina. ¡Lord Alexander no podrá resistirse!"

Isabella puso los ojos en blanco, pero no pudo ocultar el rubor que subió por sus mejillas.

"Basta de eso. No hagamos esperar a los Wellingford."

Del brazo, las tres hermanas Whitlock bajaron la escalera, listas para honrar el té de los Wellingford con su presencia. Pero para Isabella, la anticipación estaba mezclada con una buena dosis de inquietud. El evento prometía más que solo té; prometía otra ronda en la delicada danza de la sociedad y, quizás, otro encuentro con cierto lord.

CAPÍTULO 13

Al llegar a la grandiosa finca de los Wellingford, los Whitlock fueron recibidos con cálidas sonrisas y saludos formales. Los jardines estaban llenos de colores, desde los tonos cascada de las flores hasta los vivos vestidos de las damas presentes.

Isabella respiró hondo, contemplando la escena. Era hermoso, por supuesto, pero estos eventos siempre la hacían sentir un poco fuera de lugar. Las charlas triviales, los cumplidos velados y la competencia subyacente por ver quién causaba la mejor impresión... todo le resultaba un poco abrumador.

"¡Isabella!" llamó una voz familiar. Se giró para ver a Lady Priscilla, una vieja conocida, acercándose con su habitual séquito. "¡Cuánto tiempo sin verte!"

Antes de que Isabella pudiera responder, los ojos de Lady Priscilla se dirigieron a su vestido. "Qué elección de color tan audaz," comentó, con un tono que estaba entre un cumplido y una crítica.

Isabella, siempre elegante, simplemente sonrió. "Gracias, Lady Priscilla. Siempre es un placer verte."

Antes de que pudieran intercambiar más palabras, la charla del grupo se acalló momentáneamente con la llegada de otro carruaje. Todas las miradas se dirigieron a ver a Lord Alexander salir, luciendo cada centímetro como un apuesto noble. Lo siguió su madre, Lady Margaret, quien era el epítome de la realeza.

Mientras los murmullos y susurros comenzaban de nuevo, los ojos de Alexander se encontraron con los de Isabella. Hubo un momento, un segundo fugaz, en que el mundo pareció detenerse. Pero tan pronto como ocurrió, el hechizo se rompió cuando otras damas competían por la atención de Alexander.

Cecily, siempre atenta a tales detalles, se inclinó hacia Isabella. "¿Ves? Te lo dije," susurró con una sonrisa astuta.

Margaret intervino, "No ha quitado los ojos de ti desde que llegó."

El corazón de Isabella latía rápidamente, pero fingió indiferencia. "Tonterías. Probablemente solo está buscando a su próxima pareja de baile."

A medida que avanzaba la tarde, Isabella se encontró sumida en varias conversaciones, cada una más mundana que la anterior. Pero a través de todo, podía sentir la mirada de Alexander sobre ella, como un imán del que no podía escapar.

El momento de la confrontación era inevitable. Justo cuando estaba a punto de tomar un sorbo de su té, Alexander se acercó, inclinándose ligeramente. "Lady Isabella," saludó, su voz suave y cautivadora.

"Lord Alexander," respondió ella, tratando de mantener su voz firme.

"Esperaba tener el honor de un baile," inquirió, extendiendo su mano.

Isabella vaciló, contemplando sus opciones. Recordó las palabras que había escuchado, las

posibles expectativas de Lady Margaret y las emociones turbulentas que sentía cada vez que estaba cerca de Alexander. Luego recordó su decisión de mantener la distancia, pero su resolución se debilitaba lentamente.

Con una profunda respiración, colocó su mano en la de él, dejando que la música los guiara en el baile del destino.

En el centro de los jardines de los Wellingford había un salón de baile elegantemente diseñado, enmarcado por columnas de mármol impecable e iluminado por un gran candelabro que brillaba intensamente sobre ellos. Las melodías de un cuarteto de cuerdas llenaban el aire, llevando la promesa del romance.

Lord Alexander sostuvo a Isabella cerca mientras comenzaban su vals. El mundo parecía desdibujarse a su alrededor; otras parejas, las decoraciones ornamentadas y el murmullo distante se convirtieron en nada más que un suave telón de fondo para su baile.

"Isabella," comenzó Alexander, la intensidad de su mirada causando que el corazón de ella latiera descontroladamente, "¿por qué me has estado evitando?"

Ella vaciló por un momento, buscando palabras que transmitieran sus sentimientos sin revelar demasiado. "No es a ti a quien estoy evitando," finalmente dijo, su voz apenas un susurro. "Es... todo lo demás."

Él frunció ligeramente el ceño. "No entiendo."

Ella suspiró, "Escuché una conversación entre tú y tu madre. Fue... reveladora."

La cara de Alexander mostró sorpresa y luego comprensión. "Isabella, esa conversación no era sobre ti. Mi madre tiene ciertas... expectativas. Pero eso no significa que yo las comparta."

Isabella se alejó un poco, mirándolo a los ojos, buscando la verdad. "Pero seguramente quieres a alguien que encaje en tu mundo. Alguien que no cause cejas levantadas ni susurros escandalosos."

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Alexander. "El escándalo puede ser divertido," bromeó. Luego, más seriamente, añadió, "Lo que quiero, Isabella, es alguien que haga que mi corazón lata más rápido, que me desafíe y me emocione. Alguien en quien no pueda dejar de pensar."

La música se ralentizó y la pareja se detuvo, perdidos en la mirada del otro. Isabella sintió una miríada de emociones: esperanza, miedo, anhelo y duda. Pero en medio de todo, había una atracción innegable hacia el hombre frente a ella.

El baile terminó y se encontraron en las afueras del jardín, bañados por el suave resplandor de los faroles que alineaban los senderos.

"Isabella," comenzó Alexander, tomando sus manos en las suyas, "No pretenderé saber todo lo que pasa por tu mente, pero me gustaría tener una oportunidad. Una oportunidad para demostrarte que no estoy atado por las convenciones sociales ni por las expectativas de mi madre."

Ella lo miró profundamente a los ojos, su voz temblando de emoción. "Y si te doy esa oportunidad, Alexander, ¿estarías dispuesto a luchar por nosotros?"

Sin dudarle, respondió, "Con cada aliento de mi cuerpo."

La noche era joven y el futuro incierto, pero en ese momento, dos corazones se atrevieron a esperar, a soñar y a amar.

Isabella y Alexander se quedaron allí por un momento, el mundo a su alrededor desvaneciéndose en insignificancia. La orquesta tocó una melodía animada y las risas resonaron desde el salón de baile. Pero para la pareja, los jardines tenían un encanto único.

Respirando profundamente, Isabella dijo, "Cada parte de mí quiere creerte, Alexander. Pero

mi corazón ha estado guardado por tanto tiempo."

Él levantó su mano hasta sus labios, presionando un beso suave sobre ella. "Entonces déjame ganarme tu confianza," susurró.

Justo entonces, las risas lejanas se hicieron más fuertes cuando Cecily, la hermana menor de Isabella, se acercó con Edward Hamilton. El interés anterior de Edward en Isabella era evidente, pero su conexión con Cecily parecía haberse profundizado.

Cecily, con su característica exuberancia, dijo, "¡Ah, ahí están! Los hemos estado buscando por todas partes. Vengan, hay un delicioso juego de charadas comenzando."

Edward, siempre el caballero, ofreció su brazo a Isabella. "¿Puedo acompañarte de regreso, Lady Isabella?"

La mandíbula de Alexander se tensó, pero mantuvo la compostura. "Parece que el Sr. Hamilton me ha ganado la solicitud."

Isabella, percibiendo la tensión, respondió con un tono burlón en su voz, "De hecho, pero dos escoltas siempre son mejores que uno, especialmente para charadas."

El grupo se dirigió de nuevo a las festividades principales. La atmósfera juguetona alivió el ánimo y pronto Isabella se encontró riendo genuinamente mientras Cecily, con todo su dramatismo, actuaba una frase particularmente desafiante.

Durante la noche, Alexander se mantuvo cerca, siempre asegurándose de estar al alcance de la mano. Compartieron conversaciones en voz baja, miradas suaves y toques que se prolongaban. La conexión entre ellos era palpable.

Al concluir la noche, Alexander se acercó a Isabella. "¿Puedo visitarte mañana? Hay un lugar pintoresco junto al río que me gustaría mostrarte."

Isabella, con las mejillas sonrojadas de emoción, asintió. "Me encantaría."

Los Whitlock se marcharon con los corazones ligeros y los espíritus en alto. Lady Catherine y Lord Charles intercambiaron miradas cómplices, esperanzados por la felicidad de su hija mayor.

De vuelta en su finca, mientras Alexander se retiraba por la noche, no pudo evitar repasar la velada en su mente. Todavía quedaba un largo camino por recorrer, obstáculos que superar, pero estaba decidido. Por primera vez en su vida, sentía un desafío que valía cada gramo de esfuerzo. Isabella había capturado su corazón y no se detendría ante nada para ganar el suyo.

...

A la mañana siguiente, Isabella se despertó con un sentido de propósito. La luz del sol que se filtraba a través de las cortinas de su dormitorio parecía más brillante, las melodías de los pájaros afuera más claras. Se vistió con su bata de mañana favorita, la que tenía un intrincado encaje y perlas adornando su escote.

Descendiendo la gran escalera, encontró a la familia Whitlock reunida en el comedor. Cecily hablaba animadamente sobre los movimientos de baile de Edward Hamilton y cómo él la había elogiado tan graciosamente por su actuación en las charadas.

"Cecily, querida, no te entusiasmes tanto," reprendió suavemente Lady Catherine, con una sonrisa en los labios. "Después de todo, fue solo un baile."

Cecily hizo un puchero, "Madre, ¡fue el baile de la noche!"

Margaret, siempre la voz de la razón, intervino, "Fue una noche espléndida, sin duda. Pero no empecemos a planear bodas todavía."

Isabella sonrió ante la charla de sus hermanas, tomando un sorbo de su té. Lord Charles, leyendo el periódico matutino, comentó, "Parece que habrá otro baile en la finca de los Thompson la próxima semana. La temporada social realmente está en pleno apogeo."

El corazón de Isabella se aceleró un poco. La finca de los Thompson era vecina a la de Lord

Alexander. Probablemente lo vería allí.

Como si leyera sus pensamientos, Cecily bromeó, "Izzy, has estado muy callada. ¿Soñando despierta con cierto Lord, quizás?"

Sonrojándose, Isabella replicó, "Simplemente estoy disfrutando de mi té, muchas gracias."

La mañana pasó agradablemente con los Whitlock disfrutando de la compañía mutua. Más tarde, mientras Isabella deambulaba por su vasta biblioteca, seleccionando una novela, un golpe resonó en el pasillo. Se acercó a la ventana y vio un carruaje familiar con el escudo de la familia Montague.

Lord Alexander.

Con el corazón palpitante, respiró hondo y fue a recibirlo. Al abrir la puerta, se encontró con sus penetrantes ojos azules y un ramo de las rosas más hermosas que había visto.

"Buenos días, Lady Isabella," saludó él, con una suave sonrisa en el rostro. "Espero no haber llegado demasiado temprano."

"Lord Alexander," respondió ella, con las mejillas sonrojadas. "Estás justo a tiempo."

Caminaron hasta la orilla del río que él había mencionado, y mientras hablaban, reían y compartían confidencias, ambos se dieron cuenta de que esto era solo el comienzo de un vínculo que se profundizaba.

Alexander vaciló por un momento, pareciendo reunir sus pensamientos. "Isabella," comenzó, con voz medida, "Hay algo que deseo expresar. Soy consciente de que es algo poco ortodoxo venir de manera tan inesperada. Pero después de ayer, viendo tu compasión, tu fortaleza, tu pura determinación... me sentí obligado a hablar contigo directamente."

Isabella levantó la vista, con sus claros ojos verdes buscando el significado en los suyos. "Adelante," instó suavemente.

Él tomó una respiración profunda. "Me he encariñado contigo, Isabella, más de lo que he sentido por cualquier otra persona en mi vida. Sé que nuestra relación ha sido breve, pero la intensidad de mis sentimientos me sorprende cada día."

Su corazón latía rápidamente, pero se obligó a mantenerse tranquila. "Lord Alexander," comenzó, con la voz ligeramente temblorosa, "Eres un hombre amable y considerado, y cualquier dama sería afortunada de tener tu atención. Pero mis reservas tienen poco que ver contigo y más con las expectativas de la sociedad y de tu familia."

Él dio un paso más cerca, con la mirada intensa. "Isabella, ¿de verdad crees que dejaría que las expectativas sociales o las opiniones de mi familia determinen los deseos de mi corazón? Vi cómo mi madre interactuaba contigo en el picnic. Ella puede tener reservas, pero mis sentimientos son míos. Mi corazón es mío."

Ella bajó la mirada, intentando procesar sus palabras. "No es tan sencillo," susurró.

Alexander le levantó suavemente la barbilla con sus dedos, asegurándose de que sus ojos se encontraran. "Para mí, sí lo es. Todo lo que necesito es una oportunidad, Isabella."

Un profundo silencio se instaló entre ellos, roto solo por el canto de los pájaros y el lejano murmullo del río. El peso de las decisiones, las presiones sociales y el futuro desconocido colgaba en la balanza.

Isabella tragó saliva. "Necesito tiempo para pensar," respondió finalmente.

Él asintió, su rostro mostrando comprensión y paciencia. "Tómate todo el tiempo que necesites. Solo sabe que mis intenciones son sinceras."

Mientras los dos regresaban a la residencia Whitlock, sus pasos sincronizados, el mundo a su alrededor parecía desdibujarse. Todo lo que importaba era el vínculo creciente entre ellos y las incertidumbres de los días venideros.

CAPÍTULO 14

Los siguientes días vieron a la casa de los Whitlock en un torbellino de compromisos sociales, pruebas de vestidos y ensayos para los próximos eventos. Sin embargo, a pesar de la alegría y el ajetreo, Isabella encontraba sus pensamientos constantemente volviendo a aquella sincera conversación con Lord Alexander junto al río.

Cecily, la hermana menor de Isabella, no era ajena a los frecuentes ensueños de Isabella. "Isa," bromeó una mañana durante el desayuno, "has estado en las nubes desde nuestro regreso del picnic. ¿No tendrá algo que ver con cierto lord?"

Las mejillas de Isabella se enrojecieron, haciendo que sus pecas se destacaran. "No digas tonterías," replicó, pero su voz carecía de convicción.

Margaret, la mayor de las tres, miró entre sus hermanas, su rostro maduro pensativo. "Sea o no sobre Lord Alexander, creo que deberías seguir tu corazón, Isabella. La felicidad es un tesoro raro, y si él te ofrece eso, los murmullos de la sociedad significan muy poco."

Su madre, Lady Catherine, ofreció una sonrisa cómplice, habiendo escuchado la conversación. "La vida está llena de elecciones, querida. Algunas simples, otras más complejas. Pero siempre he creído que si sigues tu corazón y permaneces fiel a ti misma, las cosas tienden a arreglarse."

Las sabias palabras permanecieron en la mente de Isabella mientras se preparaba para otro baile en la finca vecina esa noche. Se encontró preguntándose si Alexander estaría presente y, de ser así, qué sucedería entre ellos.

Esa noche, cuando las grandes puertas del salón de baile se abrieron para admitir a los Whitlock, un silencio se apoderó de los asistentes. La grandeza de la sala, bañada en un suave tono dorado por los innumerables candelabros, fue momentáneamente eclipsada por la entrada de las hermanas Whitlock, cada una luciendo radiante en sus vestidos.

Lord Alexander, situado cerca de la entrada con una copa en la mano, inmediatamente vio a Isabella. Sus ojos se encontraron, y un entendimiento tácito pasó entre ellos. Los eventos de los últimos días, los desafíos que ambos enfrentaban y las crecientes emociones se encapsularon en ese momento singular.

Lady Margaret, observando desde la distancia, notó el intercambio con una expresión tensa. Sus planes para su hijo seguían muy en pie, pero no podía evitar admitir, incluso para sí misma, que la conexión entre él e Isabella era innegable.

A medida que avanzaba la noche, Isabella y Lord Alexander se robaron un momento lejos de las miradas curiosas. Él le ofreció su brazo, y se dirigieron al balcón, alejándose del bullicio del salón de baile.

"Isabella," comenzó Alexander, "quise decir cada palabra que dije junto al río. Estoy dispuesto a enfrentar cualquier obstáculo, cualquier desafío, para probarte mi sinceridad."

Ella respiró hondo, su corazón latiendo con fuerza. "Alexander, he pensado mucho en todo."

Pero necesito saber, ¿estás listo para enfrentarte al mundo, incluso a tu familia, por nuestra felicidad?"

Con la mirada firme, él respondió, "Sin ninguna duda."

En ese momento de quietud bajo el manto de las estrellas, los dos llegaron a un entendimiento. Su viaje no sería fácil, pero era uno que estaban dispuestos a emprender juntos.

El corazón de Isabella se hinchó, lleno de emociones que había estado reprimiendo. "Alexander," murmuró, con la voz temblorosa, "Este no es el final de cuento de hadas que había imaginado. Es complicado, lleno de expectativas sociales y deberes familiares. Pero si estás a mi lado, creo que podemos crear nuestra propia historia."

Alexander le acarició el rostro con ternura, su toque cálido y reconfortante. "Isabella, la vida no siempre es como la imaginamos. Nos lanza giros inesperados, desafíos que pueden hacernos o deshacernos. Pero lo que es seguro son mis sentimientos por ti. Vamos a trazar nuestro camino, juntos."

La serenidad de la noche, salpicada por las suaves melodías del salón de baile, era el telón de fondo perfecto para su sincera conversación. En ese rincón apartado, hicieron planes para el futuro, susurrando dulces promesas y esperanzas.

Poco sabían que Cecily, siempre la traviesa, había tomado sobre sí misma asegurarse de que tuvieran algo de privacidad. Había derramado estratégicamente una bebida cerca de la entrada al balcón, disuadiendo así a otros invitados de aventurarse afuera y interrumpir a la pareja.

Margaret también había jugado su parte. Notando la mirada atenta de Lady Margaret hacia el balcón, se acercó a la mujer mayor, desviando su atención con un relato animado de una reciente visita a Londres.

Cuando el reloj marcó la medianoche, el encanto de la velada aún persistía. Isabella y Alexander, perdidos en su propio mundo, apenas notaron cómo el baile comenzaba a llegar a su fin. Solo el suave carraspeo de un sirviente que pasaba les recordó su entorno.

"¿Ya es tan tarde?" comentó Isabella, algo sorprendida.

Alexander rió suavemente, "El tiempo vuela cuando se está en buena compañía."

Regresaron al salón de baile, la música ahora una suave melodía que resonaba en el pasillo. Los invitados comenzaban a despedirse, y los Whitlock también se prepararon para marcharse.

Mientras la familia volvía en su carruaje, las miradas silenciosas intercambiadas entre Lord Charles y Lady Catherine lo decían todo. La felicidad de su hija era primordial, y apoyarían sus decisiones, viniera lo que viniera.

La noche terminó con la promesa de un nuevo comienzo, uno lleno de esperanza, amor y el desafío de desafiar las normas sociales. Era el comienzo de una aventura, y Isabella y Alexander estaban listos para enfrentarlo de frente, juntos.

...

Los días que siguieron estuvieron llenos de miradas robadas, citas secretas y cartas intercambiadas apresuradamente. Los rumores de la sociedad crecían, pero también lo hacía la confianza en los sentimientos de Isabella y Alexander el uno por el otro.

Lord Charles podía ver la creciente tensión. Su hija estaba visiblemente dividida entre su corazón y el opresivo peso de las normas sociales. Durante un tranquilo desayuno, levantó la vista de su periódico y dijo, "El amor es una gema rara, Isabella. Si lo has encontrado, no lo dejes ir a la ligera."

Isabella encontró su mirada, los ojos húmedos. "Papá, temo que si elijo a Alexander, podría traer dificultades innecesarias a nuestra familia."

Lady Catherine dejó su taza, su voz suave pero firme. "Tu felicidad, querida hija, es

primordial. Las dificultades van y vienen, pero el amor genuino es duradero."

Isabella sonrió, reconfortada por el apoyo incondicional de sus padres. Mientras tanto, Cecily y Margaret compartieron una mirada de complicidad, ambas percibiendo la tormenta creciente que se cernía en el horizonte.

Una semana después, Lady Margaret organizó otra velada, esta vez una cena grandiosa. La élite del ton fue invitada, y los Whitlock también recibieron su invitación. El motivo ulterior de Lady Margaret era claro; quería exhibir posibles pretendientes para Alexander, manteniéndolo alejado de Isabella.

La velada comenzó con conversaciones corteses, una comida suntuosa y música elegante llenando el aire. Lady Priscilla y Miss Felicity estaban en su elemento, tratando de captar la atención de Alexander. Pero Alexander, siempre el caballero, las trataba con cortesía, mientras sus ojos buscaban constantemente a Isabella.

Cuando se sirvió el postre, Alexander hizo su jugada. Se levantó, solicitando la atención de la sala. "Damas y caballeros, tengo un anuncio que hacer." Cayó un silencio expectante. "Muchos de ustedes han sido parte de mi vida desde la infancia. Algunos me han visto crecer, han apoyado a mi familia y han estado allí en los buenos y malos momentos."

El corazón de Lady Margaret latía rápidamente, temiendo lo que podría venir a continuación. Alexander continuó, "Es solo apropiado que esta noche, comparta con ustedes una decisión que moldeará el resto de mi vida."

Isabella, con el corazón latiendo con fuerza, apenas podía respirar. La mirada de Alexander encontró la suya. "He conocido a alguien que ha tocado mi corazón de maneras que nunca podría haber imaginado. Alguien que me desafía, que me hace querer ser un mejor hombre y que llena mi vida de alegría."

La habitación se llenó de respiraciones contenidas, esperando a que él terminara. "Lady Isabella Whitlock," declaró Alexander, "ha aceptado amablemente ser mi esposa."

Un suspiro colectivo llenó la sala. Lady Margaret parecía como si le hubieran abofeteado, su rostro pálido. Pero antes de que pudiera reaccionar, Lord Charles se levantó, su voz dominando la sala. "Lord Alexander, tienen nuestra bendición. No podríamos haber esperado una mejor pareja para nuestra Isabella."

El resto de la noche fue un torbellino de emociones, brindis, felicitaciones y Lady Margaret intentando mantener la compostura. Aunque la sociedad todavía murmuraba a puertas cerradas, el amor había triunfado esa noche, estableciendo el camino para el feliz para siempre de Isabella y Alexander.

...

Los días previos a la fiesta de compromiso de Isabella y Alexander estuvieron llenos de emoción y aprensión. Aunque la mayoría del ton felicitaba a la pareja, las corrientes subterráneas de desaprobación eran innegables.

Lady Margaret, fiel a su naturaleza, intentó controlar cada detalle de la fiesta de compromiso, desde la lista de invitados hasta los arreglos florales. A pesar de sus reservas sobre Isabella, había una parte de ella que reconocía la indudable felicidad en los ojos de su hijo.

El día de la fiesta de compromiso, la residencia Whitlock era un torbellino de actividad. Sastres y modistas se apresuraban con los últimos ajustes, mientras cocineros y panaderos llenaban la casa con el aroma de platos recién preparados.

Isabella, mirándose al espejo, sentía tanto júbilo como inquietud. Su vestido, de un brillante tono azul celeste, complementaba sus ojos, haciéndolos parecer aún más llamativos. Margaret y Cecily, resplandecientes en sus vestidos, se acercaron a ella.

"Estás radiante, Bella," susurró Margaret, usando el apodo de la infancia que solo los miembros cercanos de la familia usaban.

"Alexander no podrá apartar la vista de ti," bromeó Cecily con un guiño.

Un suave golpe sonó en la puerta, y Lord Charles entró, elegante en su atuendo de noche. Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la imagen de su hija mayor.

"Querida, eres una visión," dijo, tomando sus manos.

"Gracias, papá," respondió Isabella, intentando contener sus lágrimas.

A medida que los invitados empezaron a llegar, la noche se desarrolló con risas, música y baile. Alexander, luciendo elegante en su traje hecho a medida, no podía apartar la vista de Isabella. Compartieron un baile, perdidos en los ojos del otro, el mundo a su alrededor desvaneciéndose.

Lady Margaret, observándolos desde la distancia, sintió una punzada de culpa. Al ver a su hijo tan genuinamente feliz, cuestionó sus reservas anteriores. Acercándose a Lady Catherine, dijo, "Debo admitir, Catherine, tenía mis dudas. Pero al verlos juntos, es evidente que están verdaderamente enamorados."

Lady Catherine sonrió cálidamente. "Todo lo que queremos es la felicidad de nuestros hijos. Títulos, riquezas, normas sociales — todo eso se desvanece en comparación."

Al finalizar la noche, Isabella y Alexander se pararon juntos en el balcón, contemplando las estrellas.

"Tenemos un camino desafiante por delante," susurró Alexander, acercando a Isabella.

Isabella sonrió, su determinación inquebrantable. "Juntos, podemos enfrentar cualquier cosa."

Y mientras la noche se profundizaba, dos corazones, una vez mundos aparte, latían al unísono, listos para enfrentar los desafíos del futuro tomados de la mano.